UNE ✦ SACRA

Antigua Roma

Meditaciones

✦ ✦ ✦

Marco Aurelio

Traducción (edición 1.4)

Créditos

Autor	Marco Aurelio
Fecha	c. 170–180 d. C.
Idioma original	Griego antiguo
Versión	Traducción (edición 1.4)
Traducción	Traducción popular, a partir de la versión inglesa de George Long
Fuente	Project Gutenberg
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

Apuntes personales del emperador romano Marco Aurelio (121–180), escritos en griego, para sí mismo, en los últimos diez años de su vida, en buena parte en los campamentos de las guerras del Danubio.

El título griego de los manuscritos es "A sí mismo". En 12 libros de reflexiones breves, el emperador se recuerda los principios del estoicismo: solo depende de nosotros nuestro juicio sobre las cosas; todo cambia y pasa pronto; la muerte es natural; el hombre nació para vivir con los demás y para la justicia; hay que aceptar lo que trae la naturaleza del universo y hacer bien la propia parte.

El libro I es una lista de agradecimientos por lo que aprendió de su familia, sus maestros y los dioses.

El texto no se escribió para publicarse y solo apareció impreso en 1559. Llegó a ser uno de los libros de filosofía más leídos de Occidente.

Fuente: https://www.gutenberg.org/ebooks/15877

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com



Busto de Marco Aurelio, mármol romano del siglo II, en la Gliptoteca de Múnich.
Glyptothek, Munique — Wikimedia Commons · Alta resolución

Índice

Libro I

Libro II

Libro III

Libro IV

Libro V

Libro VI

Libro VII

Libro VIII

Libro IX

Libro X

Libro XI

Libro XII

LIBRO I

✦

I.1

De mi abuelo Vero [aprendí] las buenas costumbres y el dominio de mi temperamento.

I.2

De la reputación y el recuerdo de mi padre, la modestia y un carácter varonil.

I.3

De mi madre, la piedad y la beneficencia, y la abstención no solo de las malas acciones, sino incluso de los malos pensamientos; y, además, la sencillez en mi modo de vivir, muy alejado de las costumbres de los ricos.

I.4

De mi bisabuelo, no haber frecuentado las escuelas públicas, haber tenido buenos maestros en casa y saber que en tales cosas se debe gastar con generosidad.

I.5

De mi preceptor, no ser del partido de los verdes ni del de los azules en los juegos del Circo, ni partidario de los parmularios ni de los escutarios en los combates de gladiadores; de él también aprendí a soportar el trabajo, a necesitar poco, a trabajar con mis propias manos, a no entrometerme en los asuntos ajenos y a no prestar oídos fácilmente a las calumnias.

I.6

De Diogneto, no ocuparme de cosas triviales ni dar crédito a lo que decían los hacedores de milagros y los embaucadores sobre encantamientos, la expulsión de demonios y cosas semejantes; no criar codornices [para combatir] ni entregarme apasionadamente a tales cosas; tolerar la libertad de palabra; haberme familiarizado con la filosofía; haber escuchado primero a Baquio, luego a Tándasis y a Marciano; haber escrito diálogos en mi juventud; y haber deseado una cama de tablas y una piel, y todo lo demás de esta clase que pertenece a la disciplina griega.

I.7

De Rústico recibí la impresión de que mi carácter necesitaba mejora y disciplina; y de él aprendí a no dejarme arrastrar a rivalizar con los sofistas, ni a escribir sobre cuestiones especulativas, ni a pronunciar pequeños discursos de exhortación, ni a exhibirme como alguien que practica una gran disciplina o realiza actos benévolos para lucirse; a abstenerme de la retórica, la poesía y la escritura elegante; a no andar por casa con la ropa de salir ni hacer otras cosas semejantes; a escribir mis cartas con sencillez, como la carta que Rústico escribió desde Sinuessa a mi madre; y, con respecto a quienes me han ofendido de palabra o me han hecho algún daño, a estar dispuesto a apaciguarme y reconciliarme en cuanto hayan mostrado voluntad de reconciliación; a leer con atención y a no contentarme con una comprensión superficial de un libro; a no dar apresuradamente mi asentimiento a quienes hablan demasiado; y le debo el haber conocido los discursos de Epicteto, que me facilitó de su propia colección.

I.8

De Apolonio aprendí la libertad de voluntad y la firmeza inquebrantable de propósito; a no atender a nada más, ni siquiera por un momento, que a la razón; a ser siempre el mismo, en los dolores agudos, ante la pérdida de un hijo y en una larga enfermedad; a ver claramente en un ejemplo vivo que un mismo hombre puede ser a la vez muy resuelto y flexible, y enseñar sin irritarse; y a haber tenido ante mis ojos a un hombre que consideraba claramente su experiencia y su habilidad para exponer los principios filosóficos como el menor de sus méritos; y de él aprendí a recibir de los amigos lo que se considera favores, sin sentirme humillado por ellos ni dejarlos pasar inadvertidos.

I.9

De Sexto, una disposición benévola, el ejemplo de una familia gobernada de manera paternal y la idea de vivir conforme a la naturaleza; la seriedad sin afectación, el cuidado atento de los intereses de los amigos y la tolerancia hacia los ignorantes y quienes forman opiniones sin reflexionar: tenía la capacidad de adaptarse fácilmente a todos, de modo que su trato era más agradable que cualquier adulación; y, al mismo tiempo, quienes se relacionaban con él lo veneraban profundamente; tenía la facultad de descubrir y ordenar, de manera inteligente y metódica, los principios necesarios para la vida; nunca mostraba ira ni ninguna otra pasión, sino que estaba completamente libre de pasiones y era, además, sumamente afectuoso; sabía expresar su aprobación sin manifestaciones ruidosas y poseía muchos conocimientos sin ostentación.

I.10

De Alejandro el gramático, abstenerme de buscar faltas y no reprender con reproches a quienes empleaban alguna expresión bárbara, incorrecta o de sonido extraño; en cambio, introducir con habilidad la expresión misma que debía haberse usado, ya fuera al responder, al confirmar lo dicho, al participar en una indagación sobre el asunto mismo y no sobre la palabra, o mediante alguna otra sugerencia oportuna.

I.11

De Frontón aprendí a observar cómo son la envidia, la doblez y la hipocresía en un tirano, y que, en general, aquellos de nosotros a quienes llaman patricios carecen bastante de afecto paternal.

I.12

De Alejandro el platónico, no decir con frecuencia ni sin necesidad a nadie, ni escribir en una carta, que no tengo tiempo libre; ni excusar continuamente el descuido de los deberes que exige nuestra relación con quienes convivimos alegando ocupaciones urgentes.

I.13

De Cátulo, no ser indiferente cuando un amigo me reprocha algo, aunque lo haga sin razón, sino tratar de devolverlo a su disposición habitual; estar dispuesto a hablar bien de los maestros, como se cuenta de Domicio y Atenódoto; y amar de verdad a mis hijos.

I.14

De mi hermano Severo, amar a mis parientes, amar la verdad y amar la justicia; por él aprendí a conocer a Trásea, Helvidio, Catón, Dión y Bruto; y de él recibí la idea de un Estado en el que hay una misma ley para todos, un Estado administrado con respeto a la igualdad de derechos y a la igualdad de libertad de palabra, y la idea de un gobierno monárquico que respeta por encima de todo la libertad de los gobernados; de él aprendí también la constancia y la firmeza inquebrantable en mi aprecio por la filosofía; la disposición a hacer el bien, a dar a otros de buena gana, a alimentar buenas esperanzas y a creer que mis amigos me aman; y en él observé que no ocultaba sus opiniones sobre aquellos a quienes condenaba, y que sus amigos no necesitaban conjeturar lo que quería o no quería, pues estaba muy claro.

I.15

De Máximo aprendí el dominio de mí mismo y a no dejarme desviar por nada; la alegría en todas las circunstancias, también en la enfermedad; una justa mezcla de dulzura y dignidad en el carácter moral, y a hacer sin quejas lo que se me encomendaba.

Observé que todos creían que pensaba tal como hablaba y que nunca tenía mala intención en nada de lo que hacía; nunca mostraba asombro ni sorpresa, nunca tenía prisa ni aplazaba lo que debía hacer, ni se mostraba perplejo ni abatido, ni se reía para disimular su disgusto, ni, por otra parte, se dejaba llevar por las pasiones o la desconfianza.

Acostumbraba a realizar actos de beneficencia, estaba dispuesto a perdonar y se hallaba libre de toda falsedad; y daba la impresión de ser un hombre al que no se podía apartar de lo recto, más que de un hombre que se hubiera corregido. Observé también que nadie podía pensar que Máximo lo despreciaba, ni atreverse a considerarse mejor que él. Tenía además el arte de bromear de manera agradable.

I.16

En mi padre observé la suavidad de temperamento y la resolución inalterable en las cosas que había decidido tras la debida deliberación; la ausencia de vanagloria en aquello que los hombres llaman honores; el amor al trabajo y la perseverancia; la disposición a escuchar a quienes tenían algo que proponer para el bien común; la firmeza inquebrantable al dar a cada uno según sus méritos; y el conocimiento, adquirido por experiencia, de las ocasiones que exigían actuar con energía y de aquellas en que convenía aflojar.

Y observé que había vencido toda pasión por los muchachos; que no se consideraba superior a ningún otro ciudadano; que liberaba a sus amigos de toda obligación de cenar con él o de acompañarlo necesariamente cuando salía, y que quienes no habían podido acompañarlo por alguna circunstancia urgente siempre lo encontraban igual.

Observé también su costumbre de examinar con cuidado todos los asuntos que requerían deliberación, su persistencia y que nunca interrumpía una investigación por darse por satisfecho con las primeras apariencias; que su disposición era conservar a sus amigos y no cansarse pronto de ellos, sin ser tampoco excesivo en su afecto; estar satisfecho y alegre en toda ocasión; prever las cosas con mucha anticipación y atender hasta las más pequeñas sin ostentación; frenar de inmediato los aplausos populares y toda adulación; vigilar siempre cuanto era necesario para la administración del imperio, gestionar bien los gastos y soportar pacientemente las críticas que recibía por tal conducta; y no era supersticioso con respecto a los dioses, ni

buscaba ganarse a los hombres mediante regalos o intentando complacerlos, ni adulando al pueblo; antes bien, mostraba sobriedad en todo y firmeza, y nunca pensamientos ni acciones mezquinos, ni amor por la novedad.

Y las cosas que contribuyen de algún modo a la comodidad de la vida y que la fortuna proporciona en abundancia, las usaba sin arrogancia y sin excusarse; de modo que, cuando las tenía, las disfrutaba sin afectación y, cuando no las tenía, no las echaba de menos.

Nadie podía decir jamás de él que fuera un sofista, un esclavo insolente [criado en casa] o un pedante; todos lo reconocían como un hombre maduro, cabal, por encima de la adulación, capaz de administrar sus propios asuntos y los ajenos.

Además, honraba a los verdaderos filósofos y no reprochaba nada a quienes pretendían serlo, aunque tampoco se dejaba guiar fácilmente por ellos. Era también afable en la conversación y se hacía agradable sin ninguna afectación ofensiva.

Cuidaba razonablemente la salud de su cuerpo, sin un apego excesivo a la vida ni preocupación por su aspecto personal, pero tampoco con descuido, de modo que, gracias a su propia atención, rara vez necesitaba el arte del médico, medicinas o aplicaciones externas.

Estaba muy dispuesto a reconocer sin envidia a quienes poseían alguna capacidad particular, como la elocuencia, el conocimiento del derecho o de la moral, o cualquier otra; y les prestaba su ayuda para que cada uno gozara

de una reputación acorde con sus méritos; y siempre actuaba conforme a las instituciones de su país, sin hacer ostentación de ello.

Además, no era aficionado a los cambios ni inconstante, sino que le gustaba permanecer en los mismos lugares y ocuparse de las mismas cosas; y, después de sus ataques de dolor de cabeza, volvía de inmediato, fresco y vigoroso, a sus ocupaciones habituales.

Sus secretos no eran muchos, sino muy pocos y muy infrecuentes, y solo se referían a asuntos públicos; mostraba prudencia y economía en la celebración de espectáculos públicos, la construcción de edificios públicos, sus donaciones al pueblo y otras cosas semejantes, pues era un hombre que atendía a lo que debía hacerse y no a la reputación que se obtiene por los propios actos.

No se bañaba a horas inoportunas; no era aficionado a construir casas ni exigente con lo que comía, ni con la textura y el color de su ropa, ni con la belleza de sus esclavos. Su ropa procedía por lo general de Lorium, su villa en la costa, y de Lanuvio. Sabemos cómo se comportó con el recaudador de peajes de Túsculo que le pidió perdón; y así era toda su conducta.

No había en él nada áspero, implacable ni violento, ni, por así decirlo, nada llevado hasta el punto de sudar; examinaba cada cosa por separado, como si dispusiera de mucho tiempo, sin confusión, de manera ordenada, con energía y constancia.

Y se le podía aplicar lo que se cuenta de Sócrates: que era capaz tanto de abstenerse de aquellas cosas de las que muchos son demasiado débiles para privarse como de disfrutar de aquello que no pueden disfrutar sin exceso.

Pero tener la fuerza suficiente para soportar lo uno y ser moderado en lo otro es señal de un hombre que posee un alma perfecta e invencible, como la que él mostró durante la enfermedad de Máximo.

I.17

A los dioses les debo haber tenido buenos abuelos, buenos padres, una buena hermana, buenos maestros, buenos compañeros, buenos parientes y amigos, casi todo bueno.

Además, debo a los dioses no haberme precipitado a cometer ninguna ofensa contra ninguno de ellos, aunque tenía una disposición que, de haberse presentado la oportunidad, podría haberme llevado a hacer algo semejante; pero, gracias a su favor, nunca se dio una concurrencia de circunstancias que me pusiera a prueba.

Además, agradezco a los dioses no haber sido criado durante más tiempo con la concubina de mi abuelo, haber conservado la flor de mi juventud y no haber puesto a prueba mi virilidad antes del momento adecuado, sino incluso haberlo retrasado; haber estado sujeto a un gobernante y padre capaz de quitarme todo orgullo y de hacerme comprender que un hombre puede vivir en un palacio sin necesitar guardias, vestidos bordados, antorchas, estatuas y otras ostentaciones semejantes; y que está en manos de ese hombre acercarse mucho al modo de vivir de un particular, sin que por ello sus pensamientos sean más mezquinos ni sus acciones más descuidadas en lo relativo a las cosas que deben hacerse por el interés público de una manera digna de un gobernante.

Doy gracias a los dioses por haberme dado un hermano así, capaz, por su carácter moral, de impulsarme a vigilarme a mí mismo, y que al mismo tiempo me complacía con su respeto y afecto; porque mis hijos no han sido torpes ni deformes de cuerpo; porque no progresé más en retórica, poesía y

los demás estudios, a los que quizá me habría dedicado por completo si hubiera visto que avanzaba en ellos; porque me apresuré a colocar a quienes me criaron en la posición de honor que parecían desear, sin darles largas con la esperanza de hacerlo más adelante porque entonces aún eran jóvenes; porque conocí a Apolonio, Rústico y Máximo; porque recibí impresiones claras y frecuentes acerca de vivir conforme a la naturaleza y de qué clase de vida es esa, de modo que, por lo que dependía de los dioses, de sus dones, su ayuda y sus inspiraciones, nada me impedía vivir desde entonces conforme a la naturaleza, aunque todavía no lo consigo por mi propia culpa y por no atender a las advertencias de los dioses y, casi podría decir, a sus instrucciones directas; porque mi cuerpo ha resistido tanto tiempo en semejante modo de vida; porque nunca toqué a Benedicta ni a Teódoto, y porque, después de haber caído en pasiones amorosas, me curé, y, aunque con frecuencia me irritaba con Rústico, nunca hice nada de lo que tuviera que arrepentirme; porque, aunque mi madre estaba destinada a morir joven, pasó conmigo los últimos años de su vida; porque, siempre que quise ayudar a alguien en su necesidad o en cualquier otra ocasión, nunca se me dijo que carecía de los medios para hacerlo; y porque yo mismo nunca me vi en la misma necesidad de recibir algo de otro; porque tengo una esposa así, tan obediente, tan afectuosa y tan sencilla; porque dispuse de abundantes buenos maestros para mis hijos; y porque se me han mostrado en sueños remedios, tanto para otras dolencias como para la expectoración de sangre y los mareos...; y porque, cuando me incliné hacia la filosofía, no caí en manos de ningún sofista, no perdí el tiempo con escritores [de historias], ni resolviendo silogismos, ni me ocupé de

investigar los fenómenos del cielo; pues todas estas cosas requieren la ayuda de los dioses y de la fortuna.

Entre los cuados, junto al Granua.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II

✦

II.1

Empieza la mañana diciéndote: Me encontraré con el entrometido, el ingrato, el arrogante, el engañoso, el envidioso, el insociable. Todas estas cosas les suceden por su ignorancia de lo que es bueno y malo.

Pero yo, que he visto que la naturaleza del bien es hermosa y la del mal es fea, y que la naturaleza de quien obra mal es afín a la mía, no [solo] por ser de la misma sangre o semilla, sino porque participa de [la misma] inteligencia y de [la misma] porción de la divinidad, no puedo recibir daño de ninguno de ellos, pues nadie puede imponerme lo que es feo, ni puedo enojarme con mi semejante ni odiarlo.

Pues estamos hechos para cooperar, como los pies, como las manos, como los párpados, como las hileras de dientes superiores e inferiores. Actuar unos contra otros es, por tanto, contrario a la naturaleza; y enojarse y apartarse es actuar unos contra otros.

II.2

Sea lo que sea esto que soy, es un poco de carne y aliento, y la parte que gobierna. Aparta tus libros; deja de distraerte: no te está permitido; en cambio, como si estuvieras muriendo ahora, desprecia la carne: es sangre y huesos y una red, un entramado de nervios, venas y arterias.

Mira también el aliento, qué clase de cosa es: aire, y no siempre el mismo, sino expulsado a cada momento y aspirado de nuevo. La tercera es, pues, la parte que gobierna; piensa así: Eres un anciano; no permitas ya que esta parte sea esclava, que la muevan los hilos como a una marioneta hacia acciones insociables, ni que esté descontenta con tu suerte presente o retroceda ante el futuro.

II.3

Todo lo que procede de los dioses está lleno de providencia. Lo que procede de la fortuna no está separado de la naturaleza ni carece de entrelazamiento y conexión con las cosas ordenadas por la providencia. De allí fluye todo; y están además la necesidad y lo que beneficia al universo entero, del cual eres una parte.

Pero para cada parte de la naturaleza es bueno lo que trae la naturaleza del conjunto y lo que sirve para conservar esta naturaleza. Ahora bien, el universo se conserva tanto por los cambios de los elementos como por los cambios de las cosas compuestas de esos elementos. Que estos principios te basten; que sean siempre convicciones firmes.

Pero desecha la sed de libros, para que no mueras murmurando, sino alegre, sincera y profundamente agradecido a los dioses.

II.4

Recuerda cuánto tiempo llevas aplazando estas cosas y cuántas veces has recibido una oportunidad de los dioses y, aun así, no la aprovechas. Ahora debes comprender por fin de qué universo formas parte y de qué administrador del universo emana tu existencia, y que se te ha fijado un límite de tiempo que, si no lo aprovechas para despejar las nubes de tu mente, se irá, y tú te irás, y nunca volverá.

II.5

A cada momento, piensa con firmeza, como romano y como hombre, en hacer lo que tienes entre manos con perfecta y sencilla dignidad, con afecto, libertad y justicia, y en liberarte de todos los demás pensamientos.

Y te liberarás si realizas cada acto de tu vida como si fuera el último, dejando de lado toda negligencia y toda aversión apasionada a los mandatos de la razón, y toda hipocresía, amor propio y descontento con la porción que se te ha dado.

Ves qué pocas son las cosas que un hombre necesita hacer suyas para poder llevar una vida que transcurra en calma y sea semejante a la existencia de los dioses; pues los dioses, por su parte, nada más exigirán a quien observe estas cosas.

II.6

Hazte daño, hazte daño, alma mía; pero ya no tendrás la oportunidad de honrarte. La vida de cada hombre es suficiente. Pero la tuya está casi terminada, aunque tu alma no se respeta a sí misma, sino que pone tu felicidad en las almas de los demás.

II.7

¿Te distraen las cosas externas que te sobrevienen? Date tiempo para aprender algo nuevo y bueno, y deja de ir dando vueltas. Pero también debes evitar dejarte arrastrar en la otra dirección; pues también son frívolos quienes se han agotado en la vida con su actividad y, sin embargo, no tienen un objetivo al que dirigir cada movimiento y, en una palabra, todos sus pensamientos.

II.8

Rara vez se ha visto a un hombre ser desdichado por no observar lo que hay en la mente de otro; pero quienes no observan los movimientos de su propia mente han de ser necesariamente desdichados.

II.9

Esto debes tener siempre presente: cuál es la naturaleza del conjunto y cuál es mi naturaleza, cómo se relaciona esta con aquella, qué clase de parte es y de qué clase de conjunto, y que nadie te impide hacer y decir siempre lo que está de acuerdo con la naturaleza de la que formas parte.

II.10

Teofrasto, en su comparación de las malas acciones —una comparación como la que se haría de acuerdo con las nociones comunes de la humanidad—, dice, como verdadero filósofo, que las faltas cometidas por deseo son más censurables que las cometidas por ira.

Pues quien se deja llevar por la ira parece apartarse de la razón con cierto dolor y una contracción inconsciente; pero quien comete una falta por deseo, dominado por el placer, parece ser en cierto modo más intemperante y más afeminado en sus faltas.

Con razón, pues, y de una manera digna de la filosofía, dijo que la falta cometida con placer es más censurable que la cometida con dolor; y, en general, el uno se parece más a una persona que ha sufrido primero una injusticia y que, por el dolor, se ve impulsada a enojarse, mientras que el otro se mueve por su propio impulso a obrar mal, arrastrado por el deseo a hacer algo.

II.11

Puesto que es posible que abandones la vida en este mismo momento, regula cada acto y pensamiento en consecuencia. Pero marcharse de entre los hombres, si hay dioses, no es algo que deba temerse, pues los dioses no te harán caer en el mal; pero si en verdad no existen, o si no se preocupan por los asuntos humanos, ¿qué me importa vivir en un universo sin dioses o sin providencia?

Pero en verdad existen, y sí se preocupan por las cosas humanas, y han puesto al alcance del hombre todos los medios para que pueda evitar caer en verdaderos males. Y en cuanto a lo demás, si hubiera en ello algo malo, también habrían dispuesto que estuviera completamente en poder del hombre no caer en ello.

Ahora bien, lo que no hace peor a un hombre, ¿cómo puede hacer peor la vida de un hombre? Pero no es posible que la naturaleza del universo haya pasado por alto estas cosas por ignorancia, ni por tener el conocimiento pero carecer del poder de prevenirlas o corregirlas; tampoco es posible que haya cometido un error tan grande, por falta de poder o de habilidad, como para que el bien y el mal les sucedan indistintamente a los buenos y a los malos.

Pero ciertamente la muerte y la vida, el honor y el deshonor, el dolor y el placer, todas estas cosas les suceden por igual a los hombres buenos y a los malos, y son cosas que no nos hacen ni mejores ni peores. Por tanto, no son ni buenas ni malas.

II.12

Qué pronto desaparecen todas las cosas: en el universo, los cuerpos mismos; en el tiempo, su recuerdo. Cuál es la naturaleza de todas las cosas sensibles, y en particular de las que atraen con el cebo del placer, aterrorizan con el dolor o son pregonadas por una fama vaporosa; qué insignificantes, despreciables, sórdidas, perecederas y muertas son: todo esto corresponde observar a la facultad intelectual.

Observar también quiénes son aquellos cuyas opiniones y voces otorgan reputación; qué es la muerte y el hecho de que, si un hombre la mira en sí misma y, mediante el poder de abstracción de la reflexión, descompone en sus partes todas las cosas que en ella se presentan a la imaginación, entonces la considerará tan solo una operación de la naturaleza; y si alguien teme una operación de la naturaleza, es un niño.

Esta, sin embargo, no es solo una operación de la naturaleza, sino también algo que contribuye a sus propósitos. Observar también cómo se acerca el hombre a la Divinidad, mediante qué parte de sí mismo y cuándo esa parte del hombre se encuentra así dispuesta.

II.13

Nada es más desdichado que un hombre que lo recorre todo en círculo, escudriña las cosas que hay bajo la tierra, como dice el poeta, y busca mediante conjeturas lo que hay en las mentes de sus vecinos, sin advertir que basta con atender al espíritu que lleva dentro y venerarlo sinceramente.

Y venerar ese espíritu consiste en mantenerlo libre de pasión, de irreflexión y de descontento con lo que procede de los dioses y de los hombres. Pues las cosas que proceden de los dioses merecen veneración por su excelencia; y las que proceden de los hombres deben sernos queridas por nuestro parentesco; y a veces incluso, en cierto modo, despiertan nuestra compasión por la ignorancia de los hombres acerca del bien y del mal, defecto que no es menor que el que nos priva de la capacidad de distinguir lo blanco de lo negro.

II.14

Aunque fueras a vivir tres mil años y otras tantas veces diez mil años, recuerda siempre que ningún hombre pierde otra vida que la que ahora vive, ni vive otra que la que ahora pierde. Así, la más larga y la más corta vienen a ser lo mismo. Pues el presente es el mismo para todos, aunque lo que perece no sea lo mismo; y así, lo que se pierde parece ser un mero instante.

Pues un hombre no puede perder ni el pasado ni el futuro: lo que un hombre no tiene, ¿cómo puede alguien quitárselo? Debes, pues, tener presentes estas dos cosas: una, que todas las cosas desde la eternidad tienen formas semejantes y vuelven en círculo, y que no hay diferencia entre que un hombre vea las mismas cosas durante cien años, doscientos o un tiempo infinito; y la segunda, que quien vive más tiempo y quien morirá más pronto pierden exactamente lo mismo.

Pues el presente es lo único de lo que un hombre puede ser privado, si es verdad que es lo único que tiene y que un hombre no puede perder algo que no tiene.

II.15

Recuerda que todo es opinión. Pues lo que dijo el cínico Mónimo es evidente; y evidente es también la utilidad de lo dicho, si uno acepta lo que puede extraerse de ello en la medida en que sea verdadero.

II.16

El alma del hombre se hace violencia a sí misma, en primer lugar, cuando se convierte, hasta donde puede, en un absceso y, por así decirlo, en un tumor del universo. Pues enojarse por cualquier cosa que sucede es separarnos de la naturaleza, en alguna de cuyas partes están contenidas las naturalezas de todas las demás cosas.

En segundo lugar, el alma se hace violencia a sí misma cuando se aparta de algún hombre, o incluso se dirige hacia él con la intención de hacerle daño, como hacen las almas de quienes están enojados. En tercer lugar, el alma se hace violencia a sí misma cuando es dominada por el placer o por el dolor.

En cuarto lugar, cuando representa un papel y hace o dice algo sin sinceridad ni verdad. En quinto lugar, cuando permite que algún acto o movimiento propio carezca de objetivo, y hace algo sin reflexionar ni considerar qué es, siendo lo correcto que incluso las cosas más pequeñas se hagan con un fin; y el fin de los animales racionales es seguir la razón y la ley de la ciudad y la comunidad política más antiguas.

II.17

De la vida humana, el tiempo es un punto, la sustancia está en continuo cambio, la percepción es débil, la composición del cuerpo entero está sujeta a la putrefacción, el alma es un remolino, la fortuna es difícil de adivinar y la fama es algo carente de juicio.

Y, por decirlo todo en una palabra, cuanto pertenece al cuerpo es una corriente, y lo que pertenece al alma es sueño y vapor, y la vida es una guerra y la estancia de un extranjero, y después de la fama viene el olvido. ¿Qué es, pues, lo que puede guiar a un hombre? Una cosa, y solo una: la filosofía.

Pero esta consiste en mantener el espíritu que hay dentro del hombre libre de violencia y sin daño, por encima de los dolores y los placeres, sin hacer nada sin un propósito, ni tampoco con falsedad e hipocresía, sin sentir la necesidad de que otro hombre haga o deje de hacer algo; y, además, en aceptar cuanto sucede y cuanto le es asignado como procedente de allí, dondequiera que sea, de donde él mismo vino; y, por último, en esperar la muerte con ánimo alegre, por ser tan solo una disolución de los elementos de los que está compuesto todo ser vivo.

Pero si los elementos mismos no sufren daño alguno al transformarse continuamente unos en otros, ¿por qué habría un hombre de sentir temor ante el cambio y la disolución de todos los elementos? Pues esto está de acuerdo con la naturaleza, y nada que esté de acuerdo con la naturaleza es malo.

Esto en Carnunto.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III

✦

III.1

Debemos considerar no solo que nuestra vida se consume cada día y que queda una parte cada vez menor de ella, sino también otra cosa: que, si un hombre viviera más tiempo, es del todo incierto que su entendimiento siguiera siendo suficiente para comprender las cosas y conservara la capacidad de contemplación que busca adquirir el conocimiento de lo divino y de lo humano.

Pues, si comienza a caer en la senilidad, no le faltarán la transpiración, la nutrición, la imaginación, el apetito y las demás funciones semejantes; pero la capacidad de servirnos de nosotros mismos, de cumplir plenamente nuestro deber, de distinguir con claridad todas las apariencias, de considerar si ha llegado el momento de abandonar la vida, y todo lo demás que requiere necesariamente una razón disciplinada, todo eso ya se habrá extinguido.

Debemos apresurarnos, entonces, no solo porque cada día estamos más cerca de la muerte, sino también porque la concepción de las cosas y su comprensión cesan antes.

III.2

Debemos observar también que incluso las cosas que se derivan de las que se producen conforme a la naturaleza contienen algo agradable y atractivo. Por ejemplo, cuando se cuece el pan, algunas partes se agrietan en la superficie, y esas partes que se abren de ese modo, y presentan cierta forma contraria al propósito del arte del panadero, son bellas en cierto modo y despiertan de una manera peculiar el deseo de comer.

Asimismo, los higos, cuando están muy maduros, se abren; y en las aceitunas maduras, la propia circunstancia de estar cerca de pudrirse añade una belleza peculiar al fruto.

Y las espigas que se inclinan, las cejas del león, la espuma que sale de la boca de los jabalíes y muchas otras cosas, aunque distan de ser bellas si se examinan por separado, aun así, por ser consecuencia de las cosas que forma la naturaleza, contribuyen a adornarlas y agradan a la mente; de modo que, si un hombre tuviera sensibilidad y una comprensión más profunda de las cosas que se producen en el universo, apenas habría una de las que se derivan de ellas que no le pareciera dispuesta de algún modo para proporcionar placer.

Así, contemplará incluso las fauces abiertas de las fieras reales con tanto placer como las que pintores y escultores muestran mediante la imitación; y en una anciana y un anciano podrá ver cierta madurez y hermosura; y podrá mirar con ojos castos la belleza atractiva de los jóvenes; y se le presentarán muchas cosas semejantes, que no agradan a todos los hombres,

sino solo a quien se ha familiarizado verdaderamente con la Naturaleza y sus obras.

III.3

Hipócrates, después de curar muchas enfermedades, enfermó él mismo y murió. Los caldeos predijeron la muerte de muchos, y luego el destino los alcanzó también a ellos.

Alejandro, Pompeyo y Cayo César, después de destruir por completo ciudades enteras tantas veces, y de despedazar en batalla a muchas decenas de miles de soldados de caballería e infantería, también ellos abandonaron al fin la vida.

Heráclito, después de tantas especulaciones sobre la conflagración del universo, se llenó de agua por dentro y murió cubierto completamente de barro. Y los piojos acabaron con Demócrito; y otros piojos mataron a Sócrates. ¿Qué significa todo esto? Has embarcado, has hecho el viaje, has llegado a la orilla; desembarca.

Si es hacia otra vida, tampoco allí faltan dioses; pero si es hacia un estado sin sensaciones, dejarás de estar sujeto a dolores y placeres, y de ser esclavo del recipiente, que es tan inferior como superior es aquello que le sirve: pues lo uno es inteligencia y divinidad; lo otro, tierra y corrupción.

III.4

No desperdicies lo que te queda de vida pensando en los demás cuando no dirijas esos pensamientos a algún fin de utilidad común. Pues pierdes la oportunidad de hacer otra cosa cuando tienes pensamientos como estos: qué está haciendo tal persona, y por qué, y qué dice, y qué piensa, y qué está tramando, y cualquier otra cosa semejante que nos aparte de la observación de nuestra propia facultad rectora.

Debemos, por tanto, frenar en la sucesión de nuestros pensamientos todo lo que carezca de propósito y sea inútil, pero sobre todo la curiosidad excesiva y la malicia; y uno debe acostumbrarse a pensar solo en aquellas cosas sobre las que, si alguien le preguntara de repente: «¿Qué tienes ahora en el pensamiento?», pudiera responder de inmediato y con total franqueza: «Esto o aquello»; de modo que tus palabras dejen claro que todo en ti es sencillo y benévolo, y propio de un animal social, de alguien que no se preocupa en absoluto por pensamientos sobre el placer o los goces sensuales, ni alberga rivalidad, envidia, sospechas ni ninguna otra cosa que te hiciera sonrojar si dijeras que la tienes en la mente.

Pues el hombre que es así, y que ya no demora en contarse entre los mejores, es como un sacerdote y servidor de los dioses, y se sirve también de la [divinidad] que está implantada en él, que lo mantiene libre de la contaminación del placer, ileso ante cualquier dolor, intacto ante cualquier insulto, sin sentirse agraviado, combatiente en la lucha más noble, alguien a quien ninguna pasión puede vencer, profundamente impregnado de justicia, que acepta con toda su alma cuanto sucede y se le asigna como su

parte; y que no suele imaginar lo que otro dice, hace o piensa, salvo por gran necesidad y en interés general.

Pues solo hace objeto de su actividad lo que le pertenece; y piensa constantemente en lo que le ha sido asignado del conjunto de todas las cosas, procura que sus propios actos sean buenos y está convencido de que su propia porción es buena. Pues la suerte asignada a cada hombre va con él y lo lleva consigo.

Y recuerda también que todo animal racional es su pariente, y que cuidar de todos los hombres es conforme a la naturaleza humana; y uno debe atenerse a la opinión, no de todos, sino solo de aquellos que reconocidamente viven conforme a la naturaleza.

En cuanto a los que no viven así, siempre tiene presente qué clase de hombres son, tanto en casa como fuera de ella, tanto de noche como de día, cómo son y con qué hombres llevan una vida impura. Por eso no valora en absoluto los elogios que provienen de tales hombres, pues ni siquiera están satisfechos consigo mismos.

III.5

No trabajes de mala gana, ni sin tener en cuenta el interés común, ni sin la debida reflexión, ni con distracción; tampoco adornes tus pensamientos con un ornamento estudiado, ni seas hombre de muchas palabras ni te ocupes de demasiadas cosas.

Además, que la divinidad que hay en ti sea guardiana de un ser vivo, varonil y de edad madura, dedicado a los asuntos políticos, romano y gobernante, que ha ocupado su puesto como un hombre que espera la señal que lo llama a dejar la vida, y está dispuesto a partir, sin necesitar juramento ni testimonio de nadie.

Mantén también el buen ánimo, y no busques ayuda exterior ni la tranquilidad que otros proporcionan. Un hombre debe, pues, mantenerse erguido, sin que otros lo sostengan.

III.6

Si encuentras en la vida humana algo mejor que la justicia, la verdad, la templanza, la fortaleza y, en una palabra, algo mejor que la satisfacción de tu propia mente en las cosas que te permite hacer conforme a la recta razón y en la condición que se te asigna sin que tú la elijas; si, digo, ves algo mejor que esto, vuélvete hacia ello con toda tu alma y disfruta de lo que has encontrado como lo mejor.

Pero si nada parece mejor que la Divinidad que está implantada en ti, que ha sometido a sí todos tus apetitos, que examina con cuidado todas las impresiones y, como decía Sócrates, se ha desligado de las persuasiones de los sentidos, se ha sometido a los dioses y se preocupa por la humanidad; si encuentras que todo lo demás es menor y de menos valor que esto, no des lugar a ninguna otra cosa, pues, si una sola vez te desvías y te inclinas hacia ella, ya no podrás dar preferencia sin distracción a ese bien que es tu posesión propia y personal; pues no es justo que ninguna cosa de otra clase, como el elogio de la multitud, el poder o el disfrute del placer, entre en competencia con lo que es bueno desde el punto de vista racional y político [o práctico].

Todas estas cosas, aunque parezcan ajustarse [a las cosas mejores] en pequeña medida, de pronto se imponen y nos arrastran. Pero tú, digo, elige lo mejor con sencillez y libertad, y aférrate a ello.—Pero lo útil es lo mejor. —Bien, entonces, si te es útil como ser racional, mantente en ello; pero si solo te es útil como animal, dilo y sostén tu juicio sin arrogancia: cuida únicamente de hacer la indagación con un método seguro.

III.7

Nunca valores como provechoso para ti nada que te obligue a romper tu promesa, perder el respeto por ti mismo, odiar a alguien, sospechar, maldecir, actuar con hipocresía o desear algo que necesite paredes y cortinas: pues quien ha preferido a todo lo demás su propia inteligencia y su espíritu interior y el culto a su excelencia no representa ningún papel trágico, no gime, no necesitará ni soledad ni mucha compañía; y, lo principal de todo, vivirá sin perseguir ni huir de [la muerte]; y no le importa en absoluto si ha de tener el alma encerrada en el cuerpo durante más o menos tiempo: pues, aunque deba partir de inmediato, irá con tanta disposición como si fuera a hacer cualquier otra cosa que pueda hacerse con decencia y orden; cuidando solo de esto durante toda su vida: que sus pensamientos no se aparten de nada de lo que corresponde a un animal inteligente y miembro de una comunidad civil.

III.8

En la mente de quien se ha disciplinado y purificado no encontrarás materia corrupta, ni impureza, ni ninguna llaga cubierta por una piel nueva. Tampoco su vida queda incompleta cuando el destino lo alcanza, como podría decirse de un actor que abandona el escenario antes de concluir y terminar la obra. Además, no hay en él nada servil, ni afectado, ni demasiado ligado [a otras cosas], ni tampoco desligado [de otras cosas], nada digno de reproche, nada que busque un escondite.

III.9

Respeta la facultad que produce la opinión. De esta facultad depende por entero que exista en tu parte rectora alguna opinión incompatible con la naturaleza y la constitución del animal racional. Y esta facultad promete liberarse del juicio precipitado, amistad hacia los hombres y obediencia a los dioses.

III.10

Desecha, pues, todas las cosas y aférrate solo a estas pocas; y ten presente, además, que cada hombre vive únicamente este tiempo presente, que es un punto indivisible, y que todo el resto de su vida ya ha pasado o es incierto. Breve es, por tanto, el tiempo que vive cada hombre; y pequeño el rincón de la tierra donde vive; y breve también la más larga fama póstuma, sostenida únicamente por una sucesión de pobres seres humanos que morirán muy pronto, y que ni siquiera se conocen a sí mismos, mucho menos a quien murió hace tanto tiempo.

III.11

A las ayudas que se han mencionado, añádase todavía esta: haz para ti una definición o descripción de la cosa que se te presenta, para ver con claridad qué clase de cosa es en su sustancia, en su desnudez, en su totalidad completa, y dite su nombre propio y los nombres de las cosas de las que se ha compuesto y en las que se disolverá.

Pues nada eleva tanto la mente como poder examinar de manera metódica y verdadera cada objeto que se te presenta en la vida, y mirar siempre las cosas de modo que veas al mismo tiempo qué clase de universo es este, qué utilidad cumple cada cosa en él y qué valor tiene cada cosa respecto del conjunto y respecto del hombre, que es ciudadano de la ciudad más elevada, de la cual todas las demás ciudades son como familias; qué es cada cosa, de qué está compuesta y cuánto tiempo le corresponde por naturaleza durar a esta cosa que ahora me causa una impresión, y qué virtud necesito ante ella, como la dulzura, la virilidad, la verdad, la fidelidad, la sencillez, la satisfacción y las demás.

Por eso, en toda ocasión uno debería decir: esto viene de dios; y esto responde al reparto y al hilado del hilo del destino, y a semejantes coincidencias y azares; y esto viene de alguien de mi mismo linaje, un pariente y compañero que, sin embargo, no sabe lo que es conforme a su naturaleza.

Pero yo lo sé; por esta razón me comporto con él conforme a la ley natural de la convivencia, con benevolencia y justicia. Al mismo tiempo, sin embargo, en las cosas indiferentes intento determinar el valor de cada una.

III.12

Si trabajas en lo que tienes delante, siguiendo la recta razón con seriedad, vigor y calma, sin permitir que ninguna otra cosa te distraiga, sino manteniendo pura tu parte divina, como si estuvieras obligado a devolverla de inmediato; si te mantienes en esto, sin esperar nada, sin temer nada, satisfecho con tu actividad presente conforme a la naturaleza y con una verdad heroica en cada palabra y sonido que pronuncies, vivirás feliz. Y no hay hombre capaz de impedirlo.

III.13

Así como los médicos siempre tienen preparados sus instrumentos y cuchillos para los casos que requieren de pronto su habilidad, ten tú preparados principios para comprender las cosas divinas y humanas, y para hacerlo todo, incluso lo más pequeño, recordando el vínculo que une lo divino y lo humano entre sí. Pues no harás bien nada de lo que pertenece al hombre sin tener al mismo tiempo en cuenta las cosas divinas; ni a la inversa.

III.14

Deja de vagar al azar; pues ya no leerás tus propias memorias, ni los hechos de los antiguos romanos y helenos, ni las selecciones de libros que reservabas para tu vejez. Apresúrate, pues, hacia el fin que tienes delante y, desechando las esperanzas vanas, acude en tu propia ayuda, si te preocupas en algo por ti mismo, mientras esté en tu poder.

III.15

No saben cuántas cosas significan las palabras robar, sembrar, comprar, guardar silencio, ver lo que debe hacerse; pues esto no se realiza con los ojos, sino con otra clase de visión.

III.16

Cuerpo, alma, inteligencia: al cuerpo le corresponde la sensación; al alma, los apetitos; a la inteligencia, los principios. Recibir las impresiones de las formas mediante las apariencias corresponde incluso a los animales; ser movido por los hilos del deseo corresponde tanto a las fieras como a los hombres que se han convertido en mujeres, y a un Fálaris y un Nerón; y tener la inteligencia que guía hacia las cosas que parecen apropiadas corresponde también a quienes no creen en los dioses, traicionan a su patria y realizan sus actos impuros después de cerrar las puertas.

Si, pues, todo lo demás es común a todos los que he mencionado, queda lo que es propio del hombre bueno: estar complacido y satisfecho con lo que sucede y con el hilo que se hila para él; y no manchar la divinidad que está implantada en su pecho, ni perturbarla con una multitud de imágenes, sino conservarla tranquila, siguiéndola con obediencia como a un dios, sin decir nada contrario a la verdad ni hacer nada contrario a la justicia.

Y si todos los hombres se niegan a creer que lleva una vida sencilla, modesta y satisfecha, ni se enoja con ninguno de ellos ni se desvía del camino que conduce al final de la vida, al que uno debe llegar puro, tranquilo, dispuesto a partir y, sin ninguna coacción, perfectamente reconciliado con su suerte.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO IV

✦

IV.1

Lo que gobierna en nuestro interior, cuando está de acuerdo con la naturaleza, reacciona ante los acontecimientos de tal modo que siempre se adapta fácilmente a lo que es posible y se le presenta. Pues no necesita una materia determinada, sino que avanza hacia su propósito, aunque bajo ciertas condiciones; y convierte en materia para sí mismo lo que se le opone, como el fuego se apodera de lo que cae en él, que habría apagado una pequeña llama; pero cuando el fuego es fuerte, pronto hace suya la materia que se amontona sobre él, la consume y se eleva más gracias a esa misma materia.

IV.2

Que ningún acto se haga sin un propósito, ni de otro modo que conforme a los principios perfectos del arte.

IV.3

Los hombres buscan lugares donde retirarse: casas en el campo, costas y montañas; y tú también sueles desear mucho estas cosas. Pero esto es propio de los hombres más comunes, pues está en tu poder retirarte a tu interior siempre que quieras.

Porque en ningún lugar se retira un hombre con mayor quietud ni más libre de inquietudes que en su propia alma, sobre todo cuando tiene dentro pensamientos tales que, al contemplarlos, encuentra de inmediato una tranquilidad perfecta; y afirmo que la tranquilidad no es otra cosa que el buen orden de la mente.

Concédete, pues, constantemente este retiro y renuévate; y que tus principios sean breves y fundamentales, de modo que, en cuanto vuelvas a ellos, basten para limpiar por completo el alma y devolverte libre de todo descontento con las cosas a las que regresas. Pues ¿con qué estás descontento? ¿Con la maldad de los hombres?

Recuerda esta conclusión: los seres racionales existen unos para otros, soportar es parte de la justicia y los hombres obran mal involuntariamente; y considera cuántos, después de enemistades mutuas, sospechas, odios y luchas, han quedado tendidos muertos, reducidos a cenizas; y cálmate al fin.—Pero quizá estés descontento con lo que te ha sido asignado por el universo.—Recuerda esta alternativa: o hay providencia o átomos [concurrencia fortuita de las cosas]; o recuerda los argumentos con los que se ha demostrado que el mundo es una especie de comunidad política [y cálmate al fin].—Pero quizá las cosas corporales todavía se aferren a ti.—

Considera entonces, además, que la mente no se mezcla con el aliento, ya se mueva suave o violentamente, una vez que se ha apartado y ha descubierto su propio poder; y piensa también en todo lo que has oído y aceptado acerca del dolor y el placer [y cálmate al fin].—Pero quizá te atormente el deseo de eso que llaman fama.—Mira qué pronto se olvida todo, y contempla el caos del tiempo infinito a ambos lados de [el presente], la vaciedad de los aplausos, la inconstancia y la falta de juicio de quienes pretenden alabar, y la estrechez del espacio al que se limita la fama [y cálmate al fin].

Pues toda la tierra es un punto, y qué pequeño rincón de ella es esta morada tuya, y qué pocos hay en ella, y qué clase de personas son las que te alabarán.

Esto, pues, queda: recuerda retirarte a este pequeño territorio que te pertenece y, sobre todo, no te distraigas ni te fuerces, sino sé libre y mira las cosas como hombre, como ser humano, como ciudadano, como mortal. Pero entre las cosas que tengas más a mano y a las que puedas recurrir, que estén estas dos.

Una es que las cosas no tocan el alma, pues son externas y permanecen inmóviles; nuestras perturbaciones provienen solo de la opinión que está dentro. La otra es que todas estas cosas que ves cambian enseguida y dejarán de existir; y ten siempre presente cuántos de estos cambios has presenciado ya. El universo es transformación: la vida es opinión.

IV.4

Si nuestra parte intelectual es común, también es común la razón por la que somos seres racionales; si es así, también es común la razón que nos ordena qué hacer y qué no hacer; si es así, también hay una ley común; si es así, somos conciudadanos; si es así, somos miembros de alguna comunidad política; si es así, el mundo es, en cierto modo, un Estado.

Pues ¿de qué otra comunidad política común podría decirse que todo el género humano es miembro? Y de allí, de esta comunidad política común, proceden también nuestra propia facultad intelectual, nuestra facultad de razonar y nuestra capacidad para la ley; ¿o de dónde proceden?

Pues así como mi parte terrestre es una porción que se me ha dado de cierta tierra, y la parte acuosa procede de otro elemento, y la parte caliente e ígnea de alguna fuente particular (pues nada procede de lo que no es nada, como tampoco nada vuelve a la inexistencia), así también la parte intelectual procede de alguna fuente.

IV.5

La muerte es, como el nacimiento, un misterio de la naturaleza: una composición a partir de los mismos elementos y una descomposición en esos mismos elementos; y no es en absoluto algo de lo que ningún hombre deba avergonzarse, pues no es contraria a [la naturaleza de] un ser racional ni a la razón de nuestra constitución.

IV.6

Es natural que tales personas hagan estas cosas; es algo necesario; y si un hombre no quiere que sea así, tampoco permitirá que la higuera tenga savia. Pero ten siempre presente que dentro de muy poco tanto tú como él estarán muertos; y pronto ni siquiera quedarán sus nombres.

IV.7

Elimina tu opinión y desaparecerá la queja: "Me han hecho daño". Elimina la queja: "Me han hecho daño", y el daño desaparecerá.

IV.8

Lo que no hace a un hombre peor de lo que era tampoco empeora su vida ni le hace daño desde fuera ni desde dentro.

IV.9

La naturaleza de lo que es útil [universalmente] se ha visto obligada a hacer esto.

IV.10

Considera que todo lo que sucede, sucede justamente, y si observas con atención, verás que es así. No lo digo solo con respecto a la continuidad de la serie de las cosas, sino con respecto a lo justo, y como si lo hiciera alguien que asigna a cada cosa su valor. Sigue observando, pues, como has empezado; y todo lo que hagas, hazlo unido a esto: ser bueno, en el sentido en que se entiende propiamente que un hombre es bueno. Mantente fiel a esto en cada acción.

IV.11

No tengas de las cosas la misma opinión que quien te hace daño, ni la que él quiere que tengas, sino míralas como son en verdad.

IV.12

Un hombre debe tener siempre a mano estas dos reglas: una, hacer solo lo que la razón de la facultad que gobierna y legisla sugiera para beneficio de los hombres; la otra, cambiar de opinión si hay alguien presente que lo corrija y lo aparte de alguna opinión. Pero este cambio de opinión debe proceder únicamente de una convicción cierta, como la de que algo es justo o de provecho común, y otras semejantes, no porque parezca agradable o dé reputación.

IV.13

¿Tienes razón? La tengo.—¿Por qué, entonces, no la usas? Pues si ella cumple su propia tarea, ¿qué más deseas?

IV.14

Has existido como una parte. Desaparecerás en aquello que te produjo; o, más bien, serás recibido de nuevo en su principio seminal mediante una transmutación.

IV.15

Muchos granos de incienso sobre el mismo altar: uno cae antes, otro cae después; pero no hay ninguna diferencia.

IV.16

Dentro de diez días parecerás un dios a quienes ahora les pareces una bestia y un mono, si vuelves a tus principios y al culto de la razón.

IV.17

No actúes como si fueras a vivir diez mil años. La muerte se cierne sobre ti. Mientras vivas, mientras esté en tu poder, sé bueno.

IV.18

Cuántas inquietudes se evita quien no se fija en lo que su vecino dice, hace o piensa, sino solo en lo que él mismo hace, para que sea justo y puro; o, como dice Agatón, no mires a tu alrededor las costumbres depravadas de los demás, sino corre derecho por la línea sin desviarte de ella.

IV.19

Quien desea con vehemencia la fama póstuma no considera que cada uno de los que lo recuerden también morirá muy pronto; y luego también quienes los hayan sucedido, hasta que todo recuerdo se extinga al transmitirse entre hombres que admiran neciamente y perecen.

Pero supón que quienes te recordarán sean incluso inmortales, y que el recuerdo sea inmortal: ¿qué significa entonces para ti? Y no digo qué significa para los muertos, sino ¿qué significa para los vivos? ¿Qué es la alabanza, salvo en la medida en que tiene cierta utilidad? Pues ahora rechazas fuera de tiempo el don de la naturaleza, aferrándote a otra cosa ....

IV.20

Todo lo que es bello de algún modo es bello en sí mismo y en sí mismo encuentra su fin, sin que la alabanza forme parte de ello. Por tanto, la alabanza no hace que una cosa sea peor ni mejor. Afirmo esto también de las cosas que el común de la gente llama bellas, por ejemplo, las cosas materiales y las obras de arte.

Lo verdaderamente bello no necesita nada; no más que la ley, la verdad, la benevolencia o la modestia. ¿Cuál de estas cosas es bella porque la alaben, o se estropea porque la censuren? ¿Acaso una esmeralda se vuelve peor de lo que era si no la alaban? ¿O el oro, el marfil, la púrpura, una lira, un cuchillito, una flor, un arbusto?

IV.21

Si las almas siguen existiendo, ¿cómo las contiene el aire desde la eternidad?—Pero ¿cómo contiene la tierra los cuerpos de quienes han sido enterrados desde tiempos tan remotos?

Pues así como aquí la transformación de estos cuerpos después de cierta permanencia, sea cual sea, y su disolución dejan sitio a otros cadáveres, así también las almas que pasan al aire, después de subsistir durante algún tiempo, se transforman y se difunden, y adquieren una naturaleza ígnea al ser recibidas en la inteligencia seminal del universo, y de este modo dejan sitio a las nuevas almas que llegan a habitar allí.

Y esta es la respuesta que podría darse bajo la hipótesis de que las almas siguen existiendo. Pero no debemos pensar solo en el número de cuerpos que se entierran así, sino también en el número de animales que nosotros y los demás animales comemos a diario. ¡Cuántos se consumen y quedan así, en cierto modo, enterrados en los cuerpos de quienes se alimentan de ellos!

Y, no obstante, esta tierra los recibe gracias a los cambios [de estos cuerpos] en sangre y a sus transformaciones en el elemento aéreo o ígneo.

¿En qué consiste la investigación de la verdad en este asunto? En la división entre lo material y lo que es causa de la forma [lo formal],

IV.22

No te dejes arrastrar de un lado a otro, sino que en cada movimiento atiende a la justicia y, ante cada impresión, conserva la facultad de comprensión [o entendimiento].

IV.23

Todo lo que armoniza contigo armoniza conmigo, oh Universo. Nada llega para mí demasiado pronto ni demasiado tarde si llega a su debido tiempo para ti. Todo lo que traen tus estaciones es fruto para mí, oh Naturaleza: de ti proceden todas las cosas, en ti están todas las cosas, a ti vuelven todas las cosas. El poeta dice: Querida ciudad de Cécrope; ¿y no dirás tú: Querida ciudad de Zeus?

IV.24

Ocúpate de pocas cosas, dice el filósofo, si quieres estar tranquilo.—Pero considera si no sería mejor decir: haz lo necesario, y todo lo que exija la razón del ser que es social por naturaleza, y del modo en que lo exija. Pues esto trae no solo la tranquilidad que nace de obrar bien, sino también la que nace de hacer pocas cosas.

Porque, como la mayor parte de lo que decimos y hacemos es innecesaria, si un hombre la elimina, tendrá más tiempo libre y menos inquietud. Por ello, en cada ocasión uno debe preguntarse: ¿es esta una de las cosas innecesarias? Ahora bien, uno debe eliminar no solo los actos innecesarios, sino también los pensamientos innecesarios, pues así no vendrán después actos superfluos.

IV.25

Prueba cómo te sienta la vida del hombre bueno, la vida de quien está satisfecho con la porción del todo que le ha tocado, y satisfecho con sus propios actos justos y su disposición benévola.

IV.26

¿Has visto aquellas cosas? Mira también estas. No te alteres. Sé todo sencillez. ¿Alguien obra mal? Es a sí mismo a quien hace daño. ¿Te ha sucedido algo? Bien; desde el principio, todo lo que sucede te ha sido asignado e hilado por el universo. En una palabra, tu vida es breve. Debes aprovechar el presente con ayuda de la razón y la justicia. Sé moderado en tu descanso.

IV.27

O es un universo bien ordenado o un caos amontonado, pero sigue siendo un universo. ¿Puede existir cierto orden en ti y desorden en el Todo? ¿Y eso cuando todas las cosas están tan separadas, dispersas y vinculadas por afinidad?

IV.28

Un carácter negro, un carácter afeminado, un carácter obstinado, bestial, infantil, animal, estúpido, falso, grosero, fraudulento, tiránico.

IV.29

Si es un extraño al universo quien no sabe lo que hay en él, no es menos extraño quien no sabe lo que sucede en él. Es un fugitivo quien huye de la razón social; es ciego quien cierra los ojos del entendimiento; es pobre quien necesita de otro y no tiene por sí mismo todo lo útil para la vida.

Es un absceso en el universo quien se aparta y se separa de la razón de nuestra naturaleza común por estar descontento con lo que sucede, pues la misma naturaleza produce esto y también te ha producido a ti; es un fragmento desgajado del Estado quien arranca su propia alma de la de los seres racionales, que es una sola.

IV.30

Uno es filósofo sin túnica, y el otro sin libro; aquí hay otro medio desnudo: No tengo pan, dice, y me mantengo fiel a la razón; y no obtengo de mis conocimientos los medios para vivir, y me mantengo fiel [a mi razón].

IV.31

Ama el arte que has aprendido, por humilde que sea, y conténtate con él; y pasa el resto de la vida como quien ha confiado a los dioses, con toda su alma, todo lo que tiene, sin convertirte en tirano ni en esclavo de ningún hombre.

IV.32

Considera, por ejemplo, los tiempos de Vespasiano. Verás todas estas cosas: personas que se casan, crían hijos, enferman, mueren, guerrean, celebran banquetes, comercian, cultivan la tierra, adulan, son obstinadamente arrogantes, sospechan, conspiran, desean que algunos mueran, se quejan del presente, aman, amontonan tesoros, desean el consulado y el poder real.

Pues bien, aquella vida de esas personas ya no existe en absoluto. Pasa ahora a los tiempos de Trajano. De nuevo todo es igual. Su vida también ha desaparecido. Del mismo modo, contempla también las demás épocas y naciones enteras, y mira cuántos, después de grandes esfuerzos, cayeron pronto y se disolvieron en los elementos.

Pero piensa sobre todo en quienes tú mismo has conocido, que se distraían con cosas vanas y descuidaban hacer lo que correspondía a su propia constitución, mantenerse firmes en ello y estar satisfechos con ello. Y aquí es necesario recordar que la atención dedicada a cada cosa tiene su valor y su proporción adecuados. Pues así no quedarás descontento si no te dedicas a los asuntos menores más de lo conveniente.

IV.33

Las palabras que antes eran familiares están ahora anticuadas; así también los nombres de quienes fueron famosos en otros tiempos están ahora, en cierto modo, anticuados: Camilo, Cesón, Voleso, Leonato, y un poco después también Escipión y Catón, luego Augusto, luego también Adriano y Antonino.

Pues todas las cosas pasan pronto y se convierten en un simple relato, y el olvido completo las sepulta enseguida. Y digo esto de quienes han brillado de manera extraordinaria. En cuanto a los demás, apenas han exhalado su aliento, desaparecen y nadie habla de ellos. Y, para concluir el asunto, ¿qué es incluso un recuerdo eterno?

Una pura nada. ¿A qué debemos, pues, dedicar nuestros esfuerzos más serios? A esto solo: pensamientos justos, actos sociales, palabras que nunca mientan y una disposición que acepte de buena gana todo lo que sucede, como necesario, como habitual, como algo que fluye de un principio y una fuente de la misma clase.

IV.34

Entrégate de buena gana a Cloto [una de las Parcas], permitiéndole hilar tu hilo en lo que le plazca.

IV.35

Todo dura solo un día, tanto lo que recuerda como lo que es recordado.

IV.36

Observa constantemente que todas las cosas suceden mediante el cambio y acostúmbrate a considerar que la naturaleza del universo nada ama tanto como cambiar las cosas que existen y crear otras nuevas semejantes a ellas. Pues todo lo que existe es, en cierto modo, la semilla de lo que será. Pero tú solo piensas en las semillas que se echan en la tierra o en un vientre; y esta es una idea muy común.

IV.37

Pronto morirás, y todavía no eres sencillo, ni estás libre de perturbaciones, ni has dejado de sospechar que las cosas externas puedan dañarte, ni tienes buena disposición hacia todos; tampoco sitúas aún la sabiduría únicamente en actuar con justicia.

IV.38

Examina los principios que gobiernan a los hombres, incluso a los sabios: qué clase de cosas evitan y cuáles persiguen.

IV.39

Lo que es un mal para ti no reside en el principio rector de otro, ni tampoco en ninguna alteración o cambio de tu envoltura corporal. ¿Dónde está, entonces? Está en aquella parte de ti en la que reside la capacidad de formar opiniones sobre los males. Que esta capacidad no forme, pues, [tales] opiniones, y todo estará bien.

Y si lo que está más cerca de ella, el pobre cuerpo, sufre cortes, quemaduras, se llena de pus y podredumbre, que, aun así, permanezca tranquila la parte que forma opiniones sobre estas cosas; es decir, que juzgue que nada de lo que puede suceder por igual al hombre malo y al bueno es malo ni bueno.

Pues lo que sucede por igual a quien vive contra la naturaleza y a quien vive conforme a ella no es conforme a la naturaleza ni contrario a ella.

IV.40

Considera siempre el universo como un solo ser vivo, que tiene una sola sustancia y una sola alma; y observa cómo todas las cosas se refieren a una sola percepción, la percepción de este único ser vivo; cómo todas las cosas actúan con un solo movimiento; y cómo todas las cosas son causas que cooperan en todo lo que existe; observa también el continuo hilar del hilo y el entretejido de la trama.

IV.41

Eres una pequeña alma que lleva a cuestas un cadáver, como solía decir Epicteto (i. c. 19).

IV.42

No es un mal para las cosas sufrir cambios, ni es un bien para ellas subsistir como consecuencia del cambio.

IV.43

El tiempo es como un río formado por los acontecimientos que suceden, y una corriente impetuosa; pues, apenas se ha visto una cosa, es arrastrada, y otra llega en su lugar, y esta también será arrastrada.

IV.44

Todo lo que sucede es tan familiar y conocido como la rosa en primavera y el fruto en verano; pues así son la enfermedad, la muerte, la calumnia, la traición y todo lo demás que deleita a los necios o los aflige.

IV.45

En la serie de las cosas, las que siguen siempre encajan adecuadamente con las que han precedido; pues esta serie no es como una simple enumeración de cosas inconexas que solo tiene una secuencia necesaria, sino una conexión racional; y así como todas las cosas existentes están ordenadas juntas en armonía, las cosas que llegan a existir muestran no una mera sucesión, sino cierta relación maravillosa (vi. 38; vii. 9; vii. 75, nota).

IV.46

Recuerda siempre la afirmación de Heráclito: la muerte de la tierra es convertirse en agua, la muerte del agua es convertirse en aire, y la muerte del aire es convertirse en fuego, y a la inversa. Y piensa también en quien olvida adónde conduce el camino, y en que los hombres se enfrentan con aquello con lo que están en comunión más constante, la razón que gobierna el universo; y las cosas que encuentran a diario les parecen extrañas; y considera que no debemos actuar y hablar como si estuviéramos dormidos, pues incluso durante el sueño nos parece que actuamos y hablamos; y que no debemos, como niños que aprenden de sus padres, limitarnos a actuar y hablar como nos han enseñado.

IV.47

Si algún dios te dijera que morirás mañana, o con certeza pasado mañana, no te importaría mucho que fuera al tercer día o mañana, a menos que fueras de un ánimo extremadamente mezquino; ¡pues qué pequeña es la diferencia! Así pues, no consideres gran cosa morir después de tantos años como puedas nombrar en vez de mañana.

IV.48

Piensa continuamente en cuántos médicos han muerto después de fruncir tantas veces el ceño sobre los enfermos; y cuántos astrólogos después de predecir con grandes pretensiones la muerte de otros; y cuántos filósofos después de interminables discursos sobre la muerte o la inmortalidad; cuántos héroes después de matar a miles; y cuántos tiranos que han ejercido su poder sobre la vida de los hombres con terrible insolencia, como si fueran inmortales; y cuántas ciudades han muerto por completo, por así decirlo: Hélice, Pompeya, Herculano y otras innumerables.

Añade a la cuenta a todos los que has conocido, uno tras otro. Un hombre, después de enterrar a otro, ha quedado tendido muerto, y otro lo entierra; y todo esto en poco tiempo. Para concluir, observa siempre cuán efímeras y carentes de valor son las cosas humanas, y que lo que ayer era un poco de moco mañana será una momia o cenizas.

Pasa, pues, por este breve espacio de tiempo conforme a la naturaleza y termina tu viaje satisfecho, como cae una aceituna cuando está madura, bendiciendo a la naturaleza que la produjo y agradeciendo al árbol en el que creció.

IV.49

Sé como el promontorio contra el que rompen continuamente las olas, pero que permanece firme y amansa la furia del agua que lo rodea.

¿Soy desdichado porque me ha sucedido esto? No; soy dichoso, aunque me haya sucedido esto, porque sigo libre de dolor, sin que el presente me aplaste ni el futuro me dé miedo.

Pues algo así podría haberle sucedido a cualquier hombre; pero no todos habrían seguido libres de dolor en tal ocasión. ¿Por qué, entonces, aquello es una desgracia más de lo que esto es una buena fortuna? ¿Y llamas siempre desgracia de un hombre a lo que no es una desviación de la naturaleza humana? ¿Y te parece que una cosa es una desviación de la naturaleza humana cuando no es contraria a la voluntad de la naturaleza humana?

Bien, tú conoces la voluntad de la naturaleza. ¿Te impedirá entonces esto que ha sucedido ser justo, magnánimo, moderado, prudente, estar a salvo de opiniones irreflexivas y de la falsedad? ¿Te impedirá tener modestia, libertad y todo lo demás por cuya presencia la naturaleza humana obtiene todo lo que le es propio?

Recuerda también aplicar este principio en toda ocasión que te cause aflicción: no que esto sea una desgracia, sino que soportarlo noblemente es una buena fortuna.

IV.50

Es una ayuda común, pero aun así útil para despreciar la muerte, repasar a quienes se han aferrado tenazmente a la vida. ¿Qué más han ganado que quienes murieron pronto? Sin duda, al final yacen en alguna parte en sus tumbas: Cadiciano, Fabio, Juliano, Lépido o cualquier otro semejante a ellos, que acompañaron a muchos a la sepultura y después fueron llevados ellos mismos.

En conjunto, el intervalo es pequeño [entre el nacimiento y la muerte]; y considera con cuántas dificultades, en compañía de qué clase de personas y en qué cuerpo tan débil se recorre penosamente este intervalo. No consideres, pues, la vida como algo de valor. Mira la inmensidad del tiempo que queda detrás de ti, y el tiempo que tienes por delante, otro espacio sin límites.

En esta infinitud, ¿qué diferencia hay entre quien vive tres días y quien vive tres generaciones?

IV.51

Corre siempre por el camino corto; y el camino corto es el natural: por tanto, di y haz todo conforme a la razón más sana. Pues tal propósito libera al hombre de las inquietudes, de la guerra y de todo artificio y exhibición ostentosa.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO V

✦

V.1

Por la mañana, cuando te levantes sin ganas, ten presente este pensamiento: me levanto para hacer el trabajo de un ser humano. ¿Por qué, entonces, estoy descontento si voy a hacer aquello para lo que existo y para lo que fui traído al mundo? ¿O acaso fui hecho para esto, para quedarme entre las mantas y mantenerme caliente?

—Pero esto es más agradable.— ¿Existes, entonces, para disfrutar del placer, y en absoluto para actuar o esforzarte? ¿No ves las pequeñas plantas, los pajarillos, las hormigas, las arañas y las abejas trabajando juntos para poner en orden sus respectivas partes del universo? ¿Y tú no quieres hacer el trabajo de un ser humano, y no te apresuras a hacer lo que corresponde a tu naturaleza?

Pero también es necesario descansar. —Es necesario. No obstante, la Naturaleza también ha fijado límites para esto: ha fijado límites para comer y beber, y aun así tú los sobrepasas, vas más allá de lo suficiente; pero en tus actos no sucede lo mismo, sino que te quedas por debajo de lo que puedes hacer.

Así que no te amas a ti mismo, porque, si lo hicieras, amarías tu naturaleza y su voluntad. Pero quienes aman sus respectivos oficios se agotan trabajando en ellos sin lavarse ni comer; en cambio, tú valoras tu propia naturaleza menos de lo que el tornero valora el arte de tornear, o el bailarín el arte de bailar, o el amante del dinero su dinero, o el vanidoso su pequeña gloria.

Y tales hombres, cuando sienten un afecto intenso por algo, prefieren dejar de comer y de dormir antes que dejar de perfeccionar aquello que les importa. Pero ¿son los actos que conciernen a la sociedad más viles a tus ojos y menos dignos de tu esfuerzo?

V.2

Qué fácil es rechazar y borrar toda impresión que resulte molesta o inadecuada, y encontrarse de inmediato en completa tranquilidad.

V.3

Considera apropiada para ti toda palabra y toda acción que estén de acuerdo con la naturaleza; y no te dejes desviar por las censuras de nadie ni por sus palabras, sino que, si es bueno hacer o decir algo, no lo consideres indigno de ti. Pues esas personas tienen su propio principio rector y siguen su propio impulso; no prestes atención a esas cosas, sino sigue adelante, siguiendo tu propia naturaleza y la naturaleza común; y el camino de ambas es uno solo.

V.4

Paso por las cosas que suceden conforme a la naturaleza hasta que caiga y descanse, exhalando mi aliento en aquel elemento del que lo tomo cada día al respirar, y cayendo sobre aquella tierra de la que mi padre obtuvo la semilla, mi madre la sangre y mi nodriza la leche; de la que durante tantos años he recibido alimento y bebida; que me sostiene cuando la piso y abuso de ella para tantos fines.

V.5

Dices: los hombres no pueden admirar la agudeza de mi ingenio. —Que así sea; pero hay muchas otras cosas de las que no puedes decir: la naturaleza no me ha formado para ellas.

Muestra, pues, aquellas cualidades que están completamente en tu poder: sinceridad, seriedad, resistencia al trabajo, aversión al placer, satisfacción con tu suerte y con pocas cosas, benevolencia, franqueza, falta de apego a lo superfluo, rechazo de las frivolidades, magnanimidad. ¿No ves cuántas cualidades puedes mostrar de inmediato, para las que no tienes la excusa de una incapacidad o ineptitud natural, y aun así sigues voluntariamente por debajo de lo que debes? ¿O acaso la naturaleza te ha dotado tan mal que te obliga a quejarte, a ser mezquino, a adular, a encontrar defectos en tu pobre cuerpo, a intentar agradar a los hombres, a hacer grandes alardes y a tener la mente tan inquieta?

No, por los dioses; podrías haberte librado de estas cosas hace mucho tiempo. Solo si en verdad se te puede reprochar que eres algo lento y torpe para comprender, debes esforzarte también en esto, sin descuidarlo ni complacerte en tu torpeza.

V.6

Un hombre, cuando ha prestado un servicio a otro, está dispuesto a anotarlo en su cuenta como un favor concedido. Otro no está dispuesto a hacer esto, pero aun así, en su interior, considera al otro su deudor y sabe lo que ha hecho.

Un tercero, en cierto modo, ni siquiera sabe lo que ha hecho, sino que es como una vid que ha producido uvas y no busca nada más después de haber dado su fruto propio.

Como un caballo cuando ha corrido, un perro cuando ha atrapado la presa, una abeja cuando ha hecho la miel, así un hombre, cuando ha realizado una buena acción, no llama a otros para que vengan a verla, sino que pasa a otra acción, como una vid vuelve a producir uvas en su estación.

—¿Debe, entonces, un hombre ser de aquellos que, en cierto modo, actúan así sin advertirlo? —Sí. —Pero precisamente esto es necesario: advertir lo que uno hace; pues, podría decirse, es propio del animal social percibir que actúa de manera social, e incluso desear que su compañero en la sociedad también lo perciba.

—Es cierto lo que dices, pero no entiendes bien lo que se dice ahora; y por esta razón te convertirás en uno de aquellos de quienes hablé antes, pues también ellos se dejan engañar por cierta apariencia de razón. Pero, si decides comprender el sentido de lo que se dice, no temas que por ello vayas a omitir ninguna acción social.

V.7

Una oración de los atenienses: llueve, llueve, querido Zeus, sobre los campos arados de los atenienses y sobre las llanuras. —En verdad, o no debemos orar en absoluto, o debemos hacerlo de esta manera sencilla y noble.

V.8

Así como debemos entenderlo cuando se dice que Esculapio le prescribió a este hombre montar a caballo, o bañarse en agua fría, o andar sin zapatos, también debemos entenderlo cuando se dice que la naturaleza del universo le prescribió a este hombre una enfermedad, o una mutilación, o una pérdida, o cualquier otra cosa semejante.

Pues, en el primer caso, «prescribió» significa algo así: le prescribió esto a este hombre como algo adecuado para procurarle salud; y, en el segundo caso, significa que lo que le sucede a cada hombre [o le corresponde] está, en cierto modo, determinado para él de acuerdo con su destino.

Pues esto es lo que queremos decir cuando afirmamos que las cosas se ajustan a nosotros, como los obreros dicen de las piedras labradas de los muros o las pirámides que se ajustan cuando las encajan unas con otras formando algún tipo de unión. Porque hay, en conjunto, un solo ajuste [armonía].

Y así como el universo está compuesto de todos los cuerpos para ser el cuerpo que es, también de todas las causas existentes se compone la necesidad [destino] para ser la causa que es. E incluso quienes son enteramente ignorantes entienden lo que quiero decir, pues dicen: ella [la necesidad, el destino] le trajo esto a tal persona.

—Esto, pues, le fue traído, y esto le fue prescrito. Recibamos, entonces, estas cosas, al igual que las que prescribe Esculapio. Muchas de sus

prescripciones son, por supuesto, desagradables, pero las aceptamos con la esperanza de recuperar la salud.

Considera que el perfeccionamiento y la realización de las cosas que la naturaleza común juzga buenas son de la misma índole que tu salud. Y así, acepta todo lo que suceda, aunque parezca desagradable, porque conduce a esto: a la salud del universo y a la prosperidad y felicidad de Zeus [el universo].

Pues él no habría hecho que le sucediera a ningún hombre lo que le ha sucedido si no fuera útil para el conjunto. Tampoco la naturaleza de cosa alguna, sea cual sea, produce nada que no sea adecuado para aquello que dirige.

Por dos razones, pues, es justo estar satisfecho con lo que te sucede: una, porque fue hecho para ti y prescrito para ti y, en cierto modo, se refería a ti, entretejido con tu destino desde las causas más antiguas; y la otra, porque incluso lo que le sucede individualmente a cada hombre es, para el poder que administra el universo, una causa de felicidad y perfección, e incluso de su propia continuidad.

Pues la integridad del conjunto queda mutilada si separas cualquier cosa de la unión y la continuidad, ya sea de las partes o de las causas. Y tú las separas, en la medida en que está en tu poder, cuando estás descontento e intentas, en cierto modo, apartar algo del camino.

V.9

No te disgustes, ni te desanimes, ni estés descontento si no logras hacerlo todo conforme a principios rectos; cuando hayas fallado, vuelve de nuevo, y conténtate si la mayor parte de lo que haces es conforme a la naturaleza humana, y ama aquello a lo que vuelves; y no vuelvas a la filosofía como si fuera una maestra, sino actúa como quienes tienen los ojos doloridos y se aplican un poco de esponja y huevo, o como otro se aplica un emplasto o se empapa de agua.

Pues así no dejarás de obedecer a la razón y hallarás descanso en ella. Y recuerda que la filosofía solo exige lo que tu naturaleza exige; pero tú quisieras alguna otra cosa que no está de acuerdo con la naturaleza.

—Se podría objetar: ¿qué hay más agradable que esto [que estoy haciendo]? Pero ¿no es esta precisamente la razón por la que el placer nos engaña? Y considera si la magnanimidad, la libertad, la sencillez, la ecuanimidad y la piedad no son más agradables.

Pues ¿qué es más agradable que la sabiduría misma, cuando piensas en la seguridad y el feliz curso de todas las cosas que dependen de la facultad de comprender y conocer?

V.10

Las cosas están envueltas en tal oscuridad que han parecido del todo incomprensibles a los filósofos, y no a unos pocos ni a filósofos corrientes; incluso a los propios estoicos les parecen difíciles de comprender. Y todo nuestro asentimiento es cambiante; pues ¿dónde está el hombre que nunca cambia?

Dirige, entonces, tus pensamientos a los objetos mismos y considera lo efímeros y poco valiosos que son, y que pueden estar en posesión de un miserable inmundo, de una prostituta o de un ladrón.

Luego vuelve la mirada hacia las costumbres de quienes viven contigo, y apenas es posible soportar siquiera al más agradable de ellos, sin mencionar que uno apenas puede soportarse a sí mismo.

En semejante oscuridad y suciedad, y en un fluir tan constante de la sustancia y del tiempo, del movimiento y de las cosas que se mueven, no puedo imaginar qué hay que merezca gran estima o siquiera ser objeto de una búsqueda seria.

Por el contrario, es deber del hombre consolarse y esperar la disolución natural, sin irritarse por la demora, y descansar solo en estos principios: uno, que no me sucederá nada que no sea conforme a la naturaleza del universo; y el otro, que está en mi poder no actuar nunca contra mi dios y mi genio, pues ningún hombre me obligará a hacerlo.

V.11

¿En qué estoy empleando ahora mi propia alma? En toda ocasión debo hacerme esta pregunta e indagar: ¿qué tengo ahora en esta parte de mí que llaman el principio rector? ¿Y de quién es el alma que tengo ahora: de un niño, de un joven, de una mujer débil, de un tirano, de un animal doméstico o de una bestia salvaje?

V.12

Qué clase de cosas son las que parecen buenas a la mayoría podemos aprenderlo incluso de esto. Pues, si un hombre concibiera ciertas cosas como verdaderamente buenas, tales como la prudencia, la templanza, la justicia y la fortaleza, después de haberlas concebido no soportaría escuchar nada que no estuviera en armonía con lo verdaderamente bueno.

Pero, si un hombre ha concebido primero como buenas las cosas que a la mayoría le parecen buenas, escuchará y aceptará de buena gana, como muy aplicable, lo que dijo el autor cómico. Así, incluso la mayoría percibe la diferencia.

Pues, si no fuera así, este dicho no ofendería ni sería rechazado [en el primer caso], mientras que lo aceptamos cuando se dice de la riqueza y de los medios que favorecen el lujo y la fama, como algo oportuno e ingenioso.

Sigue, pues, y pregunta si debemos valorar y considerar buenas aquellas cosas a las que, después de concebirlas por primera vez en la mente, podrían aplicarse acertadamente las palabras del autor cómico: que quien las posee, por pura abundancia, no tiene un lugar donde hacer sus necesidades.

V.13

Estoy compuesto de lo formal y lo material; y ninguno de los dos perecerá en la inexistencia, así como ninguno de los dos surgió de la inexistencia. Cada parte de mí, pues, se transformará en alguna parte del universo, y esta volverá a transformarse en otra parte del universo, y así para siempre.

Y como consecuencia de tal cambio existo yo también, y quienes me engendraron, y así para siempre en la otra dirección. Pues nada nos impide decirlo, aunque el universo sea administrado conforme a períodos definidos [de revolución].

V.14

La razón y el arte de razonar [filosofía] son facultades que se bastan a sí mismas y a sus propias obras. Parten, pues, de un primer principio que les es propio y avanzan hacia el fin que se les propone; y esta es la razón por la que tales actos se llaman Catorthoseis o actos rectos, palabra que significa que proceden por el camino correcto.

V.15

Ninguna de estas cosas que no pertenecen al hombre en cuanto hombre debería llamarse suya. No se le exigen al hombre, ni la naturaleza humana las promete, ni son los medios por los que la naturaleza humana alcanza su fin. Por tanto, ni el fin del hombre se encuentra en estas cosas, ni tampoco aquello que ayuda a cumplir ese fin; y lo que ayuda a alcanzar ese fin es lo bueno.

Además, si alguna de estas cosas perteneciera al hombre, no sería correcto que un hombre las despreciara y se opusiera a ellas; tampoco sería digno de alabanza quien mostrara que no las necesita, ni sería bueno quien se privara de alguna de ellas, si en verdad estas cosas fueran buenas.

Pero, en realidad, cuantas más de estas cosas, o de otras semejantes, se priva un hombre, o incluso cuando se ve privado de alguna de ellas, cuanto más pacientemente soporta la pérdida, en esa misma medida es un hombre mejor.

V.16

Como sean tus pensamientos habituales, así será también el carácter de tu mente; pues el alma se tiñe con los pensamientos. Tíñela, entonces, con una serie continua de pensamientos como estos: por ejemplo, que donde un hombre puede vivir, también puede vivir bien. Pero debe vivir en un palacio; pues bien, también puede vivir bien en un palacio.

Y considera, además, que cada cosa ha sido constituida para el propósito para el que ha sido constituida, y hacia él se dirige; y su fin está en aquello hacia lo que se dirige; y donde está el fin, allí están también la ventaja y el bien de cada cosa.

Ahora bien, el bien del animal racional es la sociedad; pues ya se ha mostrado antes que estamos hechos para la sociedad. ¿No está claro que lo inferior existe en beneficio de lo superior? Pero las cosas que tienen vida son superiores a las que no la tienen, y entre las que tienen vida, las superiores son las que poseen razón.

V.17

Buscar lo imposible es una locura; y es imposible que los malos no hagan algo de esta clase.

V.18

A ningún hombre le sucede nada que la naturaleza no lo haya formado para soportar. Las mismas cosas le suceden a otro y, ya sea porque no advierte que han sucedido, o porque quiere mostrar un gran ánimo, se mantiene firme y permanece ileso. Es una vergüenza, pues, que la ignorancia y la presunción sean más fuertes que la sabiduría.

V.19

Las cosas mismas no tocan el alma, ni en lo más mínimo; tampoco tienen entrada en el alma ni pueden hacerla girar o moverla; sino que el alma gira y se mueve por sí sola, y, cualesquiera que sean los juicios que considere apropiado formular, conforme a ellos hace que sean para ella las cosas que se le presentan.

V.20

En un sentido, el hombre es lo más cercano a mí, en la medida en que debo hacer el bien a los hombres y soportarlos. Pero, en la medida en que algunos hombres se convierten en obstáculos para mis actos propios, el hombre pasa a ser para mí una de las cosas indiferentes, al igual que el sol, el viento o una bestia salvaje.

Es cierto que estos pueden impedir mi acción, pero no son impedimentos para mis impulsos y mi disposición, que tienen la capacidad de actuar según las condiciones y de cambiar; pues la mente convierte y transforma todo impedimento para su actividad en una ayuda; y así, lo que es un impedimento se convierte en un impulso para la acción, y lo que es un obstáculo en el camino nos ayuda a avanzar por ese camino.

V.21

Venera lo mejor que hay en el universo; y esto es lo que se sirve de todas las cosas y las dirige todas. Y de igual manera venera también lo mejor que hay en ti mismo; y esto es de la misma índole que aquello. Pues también en ti mismo esto es lo que se sirve de todo lo demás, y por ello se dirige tu vida.

V.22

Lo que no hace daño al Estado no hace daño al ciudadano. Ante toda apariencia de daño, aplica esta regla: si el Estado no resulta dañado por esto, tampoco yo resulto dañado. Pero, si el Estado resulta dañado, no debes enfadarte con quien le hace daño. Muéstrale dónde está su error.

V.23

Piensa a menudo en la rapidez con que las cosas pasan y desaparecen, tanto las que existen como las que se producen. Pues la sustancia es como un río en continuo fluir, las actividades de las cosas cambian constantemente y las causas actúan con infinitas variaciones; y apenas hay algo que permanezca quieto.

Y considera esto que está cerca de ti: este abismo sin límites del pasado y del futuro en el que todas las cosas desaparecen. ¿Cómo, entonces, no es un necio quien se llena de orgullo por tales cosas o se atormenta por ellas y se hace desdichado? Pues solo lo afligen durante un tiempo, y un tiempo breve.

V.24

Piensa en la sustancia universal, de la que posees una porción muy pequeña; y en el tiempo universal, del que se te ha asignado un intervalo breve e indivisible; y en lo que está fijado por el destino, y en qué pequeña parte de ello eres tú.

V.25

¿Otro me hace daño? Que él se ocupe de ello. Tiene su propia disposición, su propia actividad. Yo tengo ahora lo que la naturaleza universal quiere ahora que tenga; y hago lo que mi naturaleza quiere ahora que haga.

V.26

Que la parte de tu alma que dirige y gobierna no se vea perturbada por los movimientos de la carne, ya sean de placer o de dolor; y que no se una a ellos, sino que se delimite a sí misma y limite esas afecciones a sus propias partes. Pero, cuando estas afecciones lleguen a la mente por esa otra conexión que existe naturalmente en un cuerpo que es un solo conjunto, entonces no debes esforzarte por resistir la sensación, pues es natural; pero que la parte rectora no añada por sí misma a la sensación la opinión de que es buena o mala.

V.27

Vive con los dioses. Y vive con los dioses quien les muestra constantemente que su propia alma está satisfecha con lo que se le ha asignado, y que hace todo lo que desea el genio que Zeus ha dado a cada hombre como guardián y guía, una porción de sí mismo. Y este es el entendimiento y la razón de cada hombre.

V.28

¿Te enfadas con aquel a quien le huelen las axilas? ¿Te enfadas con aquel a quien le huele mal la boca? ¿De qué te servirá ese enfado? Tiene esa boca, tiene esas axilas: es necesario que de tales cosas salga semejante emanación. Pero el hombre tiene razón, se dirá, y puede, si se esfuerza, descubrir en qué molesta; te felicito por tu descubrimiento.

Pues bien, tú también tienes razón: con tu facultad racional despierta su facultad racional; muéstrale su error, amonéstalo. Pues, si escucha, lo curarás, y no habrá necesidad de enfado. [Ni actor trágico ni prostituta.]

V.29

Como piensas vivir cuando hayas salido, ... así está en tu poder vivir aquí. Pero, si los hombres no te lo permiten, sal de la vida, aunque como si no estuvieras sufriendo ningún daño. La casa está llena de humo y la abandono. ¿Por qué piensas que esto es una molestia? Pero, mientras nada semejante me expulse, permanezco, soy libre y ningún hombre me impedirá hacer lo que elijo; y elijo hacer lo que está de acuerdo con la naturaleza del animal racional y social.

V.30

La inteligencia del universo es social. Por eso ha hecho las cosas inferiores en beneficio de las superiores y ha ajustado las superiores unas a otras. Ves cómo ha subordinado, coordinado y asignado a cada cosa su porción propia, y ha reunido en concordia unas con otras las cosas mejores.

V.31

¿Cómo te has comportado hasta ahora con los dioses, tus padres, hermanos, hijos, maestros, con quienes cuidaron de tu infancia, con tus amigos, parientes y esclavos? Considera si hasta ahora te has comportado con todos de tal manera que pueda decirse de ti:

«Nunca ha hecho daño a un hombre de obra ni de palabra».

Y recuerda tanto por cuántas cosas has pasado como cuántas has podido soportar, y que la historia de tu vida ya está completa y tu servicio ha terminado; y cuántas cosas hermosas has visto; y cuántos placeres y dolores has despreciado; y cuántas cosas llamadas honorables has desdeñado; y a cuántas personas malintencionadas has mostrado una disposición bondadosa.

V.32

¿Por qué las almas inexpertas e ignorantes perturban a quien tiene habilidad y conocimiento? ¿Qué alma, entonces, tiene habilidad y conocimiento? La que conoce el principio y el fin, y conoce la razón que impregna toda la sustancia y que, a lo largo de todo el tiempo, administra el universo en períodos fijos [revoluciones].

V.33

Pronto, muy pronto, serás cenizas o un esqueleto, y un nombre o ni siquiera un nombre; pero un nombre es sonido y eco. Y las cosas que tanto se valoran en la vida son vacías, podridas y triviales, y [como] perritos que se muerden unos a otros y niños pequeños que riñen, ríen y enseguida lloran. Pero la fidelidad, la modestia, la justicia y la verdad han huido

Hacia el Olimpo desde la vasta tierra.

HESÍODO, Trabajos, etc., v. 197.

¿Qué hay, entonces, que todavía te retenga aquí, si los objetos de los sentidos cambian fácilmente y nunca permanecen quietos, y los órganos de la percepción son torpes y reciben con facilidad impresiones falsas, y la pobre alma misma es una exhalación de la sangre?

Pero tener buena reputación en un mundo como este es algo vacío. ¿Por qué, entonces, no esperas con tranquilidad tu fin, ya sea la extinción o el paso a otro estado? Y, hasta que llegue ese momento, ¿qué es suficiente? Pues ¿qué otra cosa sino venerar a los dioses y bendecirlos, hacer el bien a los hombres y practicar la tolerancia y el dominio de ti mismo?

Pero, en cuanto a todo lo que está más allá de los límites de la pobre carne y el aliento, recuerda que no es tuyo ni está en tu poder.

V.34

Puedes pasar tu vida en un fluir sereno de felicidad si puedes seguir el camino correcto, y pensar y actuar de la manera correcta. Estas dos cosas son comunes tanto al alma de Dios como al alma del hombre y al alma de todo ser racional: no verse impedido por otro; y considerar que el bien consiste en la disposición hacia la justicia y en su práctica, y dejar que tu deseo encuentre en ello su término.

V.35

Si esto no es mi propia maldad ni un efecto de mi propia maldad, y el bien común no resulta perjudicado, ¿por qué me inquieto por ello, y qué daño hay para el bien común?

V.36

No te dejes arrastrar irreflexivamente por la apariencia de las cosas, sino presta ayuda [a todos] conforme a tu capacidad y a lo que sea apropiado para ellos; y, si han sufrido pérdidas en asuntos indiferentes, no imagines que esto es un daño, pues es un mal hábito. Pero, así como el anciano, al marcharse, pidió que le devolvieran la peonza de su hijo de crianza, recordando que era una peonza, haz tú también lo mismo en este caso.

Cuando estás alzando la voz en los Rostros, ¿has olvidado, hombre, qué son estas cosas? —Sí, pero son asuntos que preocupan mucho a esta gente. — ¿También tú, entonces, vas a volverte necio por estas cosas? Una vez fui un hombre afortunado, pero perdí mi fortuna, no sé cómo. —Pero ser afortunado significa que un hombre se ha asignado a sí mismo una buena fortuna; y una buena fortuna es una buena disposición del alma, buenas emociones, buenas acciones.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO VI

✦

VI.1

La sustancia del universo es obediente y dócil; y la razón que lo gobierna no tiene en sí misma ningún motivo para hacer el mal, pues no tiene malicia, ni hace mal a nada, ni nada recibe daño de ella. Todas las cosas se hacen y se perfeccionan conforme a esta razón.

VI.2

Que te sea indiferente tener frío o calor, si estás cumpliendo tu deber; tener sueño o haber dormido lo suficiente; que hablen mal de ti o que te alaben; estar muriendo o haciendo cualquier otra cosa. Pues este acto por el que morimos es uno de los actos de la vida; basta, entonces, también en este acto, con hacer bien lo que tenemos entre manos.

VI.3

Mira dentro. Que no se te escape ni la cualidad particular de ninguna cosa ni su valor.

VI.4

Todas las cosas que existen cambian pronto, y se reducirán a vapor, si es que toda la sustancia es una, o se dispersarán.

VI.5

La razón que gobierna conoce su propia disposición, lo que hace y la materia sobre la que trabaja.

VI.6

La mejor manera de vengarte es no llegar a ser como [quien hace el mal].

VI.7

Encuentra placer en una sola cosa y descansa en ella: pasar de un acto en beneficio de la comunidad a otro, pensando en Dios.

VI.8

El principio rector es lo que se impulsa y se dirige a sí mismo; y, mientras se hace tal como es y tal como quiere ser, también hace que todo lo que sucede le parezca tal como quiere.

VI.9

Conforme a la naturaleza del universo se realiza cada cosa; pues ciertamente ninguna cosa se realiza conforme a otra naturaleza, ya sea una que abarque a esta desde fuera, una que esté contenida en ella o una exterior e independiente de ella.

VI.10

El universo es o bien confusión, entrelazamiento mutuo de las cosas y dispersión, o bien unidad, orden y providencia. Si es lo primero, ¿por qué deseo permanecer en una combinación fortuita de cosas y en semejante desorden? ¿Y por qué me preocupa algo más que cómo acabaré convirtiéndome en tierra? ¿Y por qué me inquieto, si la dispersión de mis elementos ocurrirá haga lo que haga? Pero, si la otra suposición es verdadera, venero, me mantengo firme y confío en quien gobierna.

VI.11

Cuando las circunstancias te hayan obligado a alterarte de algún modo, vuelve pronto a ti mismo y no sigas fuera de tono más tiempo del que dure esa obligación; pues dominarás mejor la armonía si vuelves continuamente a ella.

VI.12

Si tuvieras al mismo tiempo una madrastra y una madre, cumplirías tus deberes con tu madrastra, pero aun así volverías constantemente a tu madre. Que la corte y la filosofía sean ahora para ti madrastra y madre: vuelve con frecuencia a la filosofía y descansa en ella, gracias a la cual te resulta tolerable lo que encuentras en la corte, y tú resultas tolerable en la corte.

VI.13

Cuando tenemos ante nosotros carne y otros alimentos semejantes, recibimos la impresión de que esto es el cuerpo muerto de un pez, y aquello el cuerpo muerto de un ave o de un cerdo; y también de que este falerno es solo un poco de jugo de uva, y este vestido de púrpura, algo de lana de oveja teñida con la sangre de un molusco: así son estas impresiones, que alcanzan las cosas mismas y penetran en ellas, de modo que vemos qué clase de cosas son.

De la misma manera debemos actuar durante toda la vida, y cuando haya cosas que nos parezcan especialmente dignas de aprobación, debemos dejarlas al descubierto, mirar su falta de valor y despojarlas de todas las palabras con que se las ensalza.

Pues la apariencia externa tiene un poder asombroso para desviar la razón, y cuando más seguro estás de ocuparte en cosas que merecen tu esfuerzo, es cuando más te engaña. Considera, pues, lo que dice Crates del propio Jenócrates.

VI.14

La mayoría de las cosas que admira la multitud pertenecen a la clase más general de objetos, los que se mantienen unidos por cohesión o por una organización natural, como las piedras, la madera, las higueras, las vides y los olivos.

Pero las que admiran los hombres un poco más razonables pertenecen a las cosas que se mantienen unidas por un principio vital, como los rebaños y las manadas. Las que admiran los hombres aún más instruidos son las cosas que se mantienen unidas por un alma racional; no, no obstante, un alma universal, sino racional en cuanto es un alma hábil en algún arte, experta en alguna otra cosa, o simplemente racional en cuanto posee cierto número de esclavos.

Pero quien valora un alma racional, un alma universal y apta para la vida política, no atiende a nada más que a esto; y, por encima de todo, mantiene su alma en un estado y una actividad conformes a la razón y a la vida en sociedad, y coopera con este fin con quienes son de su misma condición.

VI.15

Unas cosas se apresuran a entrar en la existencia, y otras se apresuran a salir de ella; y de lo que está naciendo, una parte ya se ha extinguido. Los movimientos y los cambios renuevan continuamente el mundo, del mismo modo que el curso ininterrumpido del tiempo renueva siempre la duración infinita de las edades.

En esta corriente en la que nada permanece, ¿qué hay entre las cosas que pasan de prisa a lo que un hombre pueda atribuir un gran valor? Sería como si un hombre se enamorara de uno de los gorriones que pasan volando, cuando este ya se ha perdido de vista. Algo semejante es la vida misma de cada hombre, como la exhalación de la sangre y la respiración del aire.

Pues lo mismo que es tomar aire una vez y devolverlo, cosa que hacemos a cada momento, es también devolver toda la capacidad de respirar que recibiste al nacer, ayer o anteayer, al elemento del que la tomaste por primera vez.

VI.16

No es algo que deba valorarse la transpiración, como en las plantas, ni la respiración, como en los animales domésticos y las fieras, ni recibir impresiones por las apariencias de las cosas, ni ser movido por los deseos como las marionetas por los hilos, ni reunirse en rebaños, ni nutrirse de alimentos; pues esto es igual que el acto de separar y expulsar la parte inútil de nuestra comida. ¿Qué merece, entonces, ser valorado? ¿Ser recibido con aplausos?

No. Tampoco debemos valorar el aplauso de las lenguas; pues la alabanza que viene de la multitud es un aplauso de lenguas. Supón, pues, que has renunciado a esa cosa sin valor llamada fama: ¿qué queda que merezca ser valorado? Esto, en mi opinión: moverte y contenerte conforme a tu propia constitución, fin al que conducen todas las ocupaciones y las artes.

Pues toda arte busca que la cosa que se ha hecho esté adaptada a la labor para la que fue hecha; y tanto el viticultor que cuida la vid como el domador de caballos y el adiestrador de perros buscan este fin. Pero la educación y la enseñanza de los jóvenes apuntan a algo. En esto reside, pues, el valor de la educación y de la enseñanza.

Y si esto está bien, no buscarás ninguna otra cosa. ¿No dejarás de valorar también muchas otras cosas? Entonces no serás libre, ni te bastarás para tu propia felicidad, ni estarás libre de pasiones. Pues necesariamente sentirás envidia, celos y sospechas de quienes pueden quitarte esas cosas, y conspirarás contra quienes poseen lo que tú valoras.

Necesariamente estará por completo perturbado el hombre que desee cualquiera de estas cosas; y, además, a menudo tendrá que reprochar a los dioses. Pero respetar y honrar tu propia mente hará que estés contento contigo mismo, en armonía con la sociedad y de acuerdo con los dioses, es decir, alabando todo lo que dan y han dispuesto.

VI.17

Arriba, abajo y por todas partes se encuentran los movimientos de los elementos. Pero el movimiento de la virtud no se encuentra en ninguno de ellos: es algo más divino y, avanzando por un camino apenas perceptible, sigue felizmente su marcha.

VI.18

¡Qué extraña es la manera de actuar de los hombres! No quieren alabar a quienes viven en su misma época y conviven con ellos; pero dan mucho valor a ser alabados por la posteridad, por aquellos a quienes nunca han visto ni verán jamás. Esto es casi lo mismo que si te afligieras porque quienes vivieron antes que tú no te alabaron.

VI.19

Si algo te resulta difícil de realizar, no pienses que es imposible para el ser humano; pero, si algo es posible para el ser humano y conforme a su naturaleza, piensa que tú también puedes alcanzarlo.

VI.20

Supón que, durante los ejercicios gimnásticos, un hombre te ha arañado con las uñas y te ha causado una herida al golpearte la cabeza. Pues bien, no mostramos señales de irritación, ni nos ofendemos, ni después sospechamos que sea un traidor; y, sin embargo, nos cuidamos de él, aunque sin tratarlo como enemigo ni mirarlo con sospecha, sino apartándonos tranquilamente de su camino.

Que tu conducta sea semejante en todos los demás ámbitos de la vida; pasemos por alto muchas cosas en quienes son como nuestros adversarios en el gimnasio. Pues está en nuestro poder, como he dicho, apartarnos de su camino y no sentir sospecha ni odio.

VI.21

Si alguien puede convencerme y mostrarme que no pienso o actúo correctamente, cambiaré con gusto; pues busco la verdad, que nunca ha dañado a nadie. Pero sí recibe daño quien permanece en su error y su ignorancia.

VI.22

Cumplo con mi deber; las demás cosas no me inquietan, pues son cosas sin vida, o cosas sin razón, o cosas que se han extraviado y no conocen el camino.

VI.23

En cuanto a los animales que no tienen razón y, en general, a todas las cosas y objetos, ya que tú tienes razón y ellos no, úsalos con un espíritu generoso y liberal. Pero con los seres humanos, como tienen razón, compórtate con espíritu de comunidad. Y en toda ocasión invoca a los dioses, y no te inquietes por el tiempo durante el cual harás esto; pues incluso tres horas empleadas así son suficientes.

VI.24

Alejandro el Macedonio y su mozo de cuadra quedaron en el mismo estado por la muerte; pues o bien fueron recibidos entre los mismos principios seminales del universo, o bien se dispersaron por igual entre los átomos.

VI.25

Considera cuántas cosas ocurren en cada uno de nosotros en un mismo instante indivisible: cosas que conciernen al cuerpo y cosas que conciernen al alma. Así no te sorprenderá que muchas más cosas, o más bien todas las cosas que llegan a existir en aquello que es uno y todo, y que llamamos Cosmos, existan en él al mismo tiempo.

VI.26

Si alguien te preguntara cómo se escribe el nombre Antonino, ¿pronunciarías cada letra forzando la voz? Y si se enojaran, ¿te enojarías tú también? ¿No seguirías con serenidad enumerando cada letra? Del mismo modo, recuerda también en esta vida que todo deber está compuesto de ciertas partes. Tu deber es atenderlas y, sin alterarte ni mostrar enojo hacia quienes se enojan contigo, seguir tu camino y terminar lo que tienes por delante.

VI.27

¡Qué cruel es no permitir que los hombres se esfuercen por alcanzar las cosas que les parecen adecuadas a su naturaleza y provechosas! Y, no obstante, en cierto modo no les permites hacerlo cuando te irritas porque actúan mal. Pues ciertamente se sienten impulsados hacia las cosas porque las suponen adecuadas a su naturaleza y provechosas para ellos. Pero no es así. Enséñales, entonces, y muéstraselo sin enojarte.

VI.28

La muerte es el cese de las impresiones que llegan por los sentidos, del tirón de los hilos que mueven los apetitos, de los movimientos discursivos de los pensamientos y del servicio a la carne.

VI.29

Es una vergüenza que el alma sea la primera en rendirse en esta vida, cuando tu cuerpo no se rinde.

VI.30

Cuida de no convertirte en un César, de no teñirte con ese tinte; pues estas cosas suceden. Consérvate, pues, sencillo, bueno, puro, serio, sin afectación, amigo de la justicia, adorador de los dioses, amable, afectuoso y enérgico en todas las acciones debidas. Esfuérzate por seguir siendo tal como la filosofía quiso hacerte. Venera a los dioses y ayuda a los hombres.

La vida es corta. Solo hay un fruto de esta vida terrenal: una disposición piadosa y actos en beneficio de la comunidad. Hazlo todo como discípulo de Antonino.

Recuerda su constancia en cada acto conforme a la razón, su ecuanimidad en todas las cosas, su piedad, la serenidad de su rostro, su dulzura, su desprecio por la fama vacía y sus esfuerzos por comprender las cosas; cómo nunca dejaba pasar nada sin haberlo examinado antes con el mayor cuidado y haberlo comprendido con claridad; cómo soportaba a quienes lo culpaban injustamente sin culparlos a su vez; cómo no hacía nada con prisa; cómo no escuchaba calumnias y con qué precisión examinaba las costumbres y las acciones; que no era dado a reprochar a la gente, ni era tímido, ni suspicaz, ni sofista; y con qué poco se contentaba en alojamiento, cama, vestido, comida y sirvientes; lo trabajador y paciente que era; cómo, gracias a su dieta frugal, podía resistir hasta la noche, sin necesitar siquiera aliviarse mediante evacuación alguna salvo a la hora acostumbrada; su firmeza y constancia en las amistades; cómo toleraba la libertad de palabra de quienes se oponían a sus opiniones; el placer que

sentía cuando alguien le mostraba algo mejor; y lo religioso que era sin superstición.

Imita todo esto para que, cuando llegue tu última hora, tengas la conciencia tan tranquila como él.

VI.31

Recobra el juicio sereno y vuelve a ti mismo; y, cuando hayas despertado del sueño y hayas comprendido que solo eran sueños lo que te inquietaba, mira ahora, estando despierto, estas cosas [las que te rodean] como mirabas aquellas [los sueños].

VI.32

Estoy compuesto de un pequeño cuerpo y un alma. Para este pequeño cuerpo todas las cosas son indiferentes, pues no puede percibir diferencias. Pero para el entendimiento solo son indiferentes aquellas cosas que no son obra de su propia actividad. En cambio, todas las cosas que son obra de su propia actividad están en su poder. Y de estas, no obstante, solo las que se realizan con referencia al presente; pues las actividades futuras y pasadas de la mente también son, por el momento, indiferentes.

VI.33

Ni la labor que hace la mano ni la del pie son contrarias a la naturaleza, mientras el pie haga la labor del pie y la mano la de la mano. Así, tampoco para un hombre, en cuanto hombre, es su labor contraria a la naturaleza, mientras haga las cosas propias de un hombre. Pero si la labor no es contraria a su naturaleza, tampoco es un mal para él.

VI.34

Cuántos placeres han disfrutado los ladrones, los parricidas y los tiranos.

VI.35

¿No ves cómo los artesanos se adaptan hasta cierto punto a quienes no conocen su oficio, pero aun así se aferran a la razón [los principios] de su arte y no toleran apartarse de ella? ¿No es extraño que el arquitecto y el médico tengan más respeto por la razón [los principios] de sus propias artes que el hombre por su propia razón, que comparte con los dioses?

VI.36

Asia y Europa son rincones del universo; todo el mar, una gota en el universo; el Athos, un pequeño terrón del universo; todo el tiempo presente es un punto en la eternidad. Todas las cosas son pequeñas, cambiantes, perecederas. Todas las cosas vienen de allí, de ese poder rector universal, ya sea que procedan directamente de él o como consecuencia.

Y, por tanto, las fauces abiertas del león, lo venenoso y toda cosa dañina, como una espina o el lodo, son productos derivados de lo grande y lo hermoso. No imagines, entonces, que son de una clase distinta de aquello que veneras, sino fórmate una opinión justa de la fuente de todo.

VI.37

Quien ha visto las cosas presentes lo ha visto todo: tanto lo que ha sucedido desde toda la eternidad como lo que sucederá por tiempo sin fin; pues todas las cosas son de una misma familia y de una misma forma.

VI.38

Considera con frecuencia la conexión de todas las cosas del universo y la relación que tienen entre sí. Pues, en cierto modo, todas las cosas están entrelazadas unas con otras, y de este modo todas son amigas entre sí; pues una cosa sigue a otra en orden, y esto ocurre en virtud del movimiento activo, de su acción conjunta y de la unidad de la sustancia.

VI.39

Adáptate a las cosas que te han tocado en suerte; y a los hombres entre quienes has recibido tu parte, ámalos, pero hazlo de verdad [sinceramente].

VI.40

Todo instrumento, herramienta o recipiente está bien si hace aquello para lo que fue hecho, aunque quien lo hizo no esté presente. Pero en las cosas que se mantienen unidas por la naturaleza está dentro, y permanece en ellas, el poder que las hizo; por eso es aún más apropiado venerar ese poder y pensar que, si vives y actúas según su voluntad, todo en ti está conforme a la inteligencia. Y así también, en el universo, las cosas que le pertenecen están conformes a la inteligencia.

VI.41

Cualquiera de las cosas que no están en tu poder que supongas buena o mala para ti, necesariamente hará que, si te sobreviene ese mal o la pérdida de ese bien, no culpes a los dioses y odies también a los hombres, a quienes sean causa de la desgracia o de la pérdida, o a quienes se sospeche que podrían serlo; y, en efecto, cometemos muchas injusticias porque hacemos diferencias entre estas cosas [porque no las consideramos indiferentes]. Pero si juzgamos buenas o malas solo aquellas cosas que están en nuestro poder, no queda motivo alguno para reprochar a Dios ni para adoptar una actitud hostil hacia el hombre.

VI.42

Todos trabajamos juntos hacia un mismo fin, unos con conocimiento e intención, y otros sin saber lo que hacen; como también los hombres cuando duermen, de quienes creo que Heráclito dice que son trabajadores y colaboradores en las cosas que suceden en el universo.

Pero los hombres colaboran de distintas maneras; y también colaboran mucho quienes censuran lo que sucede y quienes intentan oponerse a ello e impedirlo, pues el universo necesitaba incluso a hombres como estos.

Te queda, entonces, comprender entre qué clase de trabajadores te colocas; pues quien gobierna todas las cosas sin duda hará buen uso de ti y te recibirá entre alguna parte de los colaboradores y de aquellos cuyos trabajos conducen a un mismo fin. Pero no seas una parte como aquel verso pobre y ridículo de la obra teatral del que habla Crisipo.

VI.43

¿Acaso el sol se propone hacer el trabajo de la lluvia, o Esculapio el de la Portadora de frutos [la tierra]? ¿Y qué ocurre con cada una de las estrellas? ¿No son distintas y, sin embargo, trabajan juntas hacia un mismo fin?

VI.44

Si los dioses han decidido sobre mí y sobre las cosas que deben sucederme, han decidido bien, pues no es fácil siquiera imaginar una divinidad sin previsión; y, en cuanto a hacerme daño, ¿por qué habrían de desearlo? Pues ¿qué ventaja obtendrían de ello, para sí mismos o para el conjunto, que es el objeto especial de su providencia?

Pero si no han decidido sobre mí individualmente, sin duda han decidido al menos sobre el conjunto, y debo aceptar con gusto y estar contento con las cosas que suceden como consecuencia de esta disposición general.

Pero si no deciden sobre nada —lo cual es impío creer, o, si lo creemos, no les ofrezcamos sacrificios ni recemos ni juremos por ellos, ni hagamos ninguna otra cosa de las que hacemos como si los dioses estuvieran presentes y vivieran con nosotros—, si, en efecto, los dioses no deciden sobre ninguna de las cosas que nos conciernen, yo puedo decidir sobre mí mismo e investigar lo que es útil; y para cada hombre es útil lo que está conforme a su propia constitución y naturaleza.

Pero mi naturaleza es racional y social; y mi ciudad y mi patria, en cuanto soy Antonino, es Roma, pero, en cuanto soy un hombre, es el mundo. Por tanto, solo las cosas útiles para estas ciudades son útiles para mí.

VI.45

Todo lo que le sucede a cada hombre beneficia al conjunto universal: esto podría bastar. Pero además, si prestas atención, observarás también como verdad general que todo lo que es provechoso para un hombre lo es también para los demás. Pero entiéndase aquí la palabra provechoso en su sentido común, aplicada a las cosas de condición intermedia [ni buenas ni malas].

VI.46

Como te sucede en el anfiteatro y en lugares semejantes, donde la visión continua de las mismas cosas y su uniformidad hacen tedioso el espectáculo, así ocurre en toda la vida; pues todas las cosas, arriba y abajo, son las mismas y proceden de lo mismo. ¿Hasta cuándo, entonces?

VI.47

Piensa continuamente que han muerto hombres de toda clase, dedicados a toda clase de ocupaciones y de todas las naciones, de modo que tus pensamientos lleguen incluso hasta Filistión, Febo y Origanión. Vuelve ahora tus pensamientos hacia las otras clases [de hombres].

A ese lugar debemos ir, donde hay tantos grandes oradores y tantos nobles filósofos, Heráclito, Pitágoras, Sócrates; tantos héroes de tiempos pasados y tantos generales posteriores a ellos, y tiranos; además de estos, Eudoxo, Hiparco, Arquímedes y otros hombres de agudo talento natural, grandes inteligencias, amantes del trabajo, versátiles, seguros de sí mismos, que incluso se burlaban de la vida perecedera y efímera del hombre, como Menipo y quienes se le parecen.

Considera que todos ellos llevan mucho tiempo en el polvo. ¿Qué daño les causa esto, entonces? ¿Y qué daño a aquellos cuyos nombres son del todo desconocidos? Una sola cosa tiene aquí gran valor: pasar la vida en la verdad y la justicia, con una disposición benévola incluso hacia los mentirosos y los hombres injustos.

VI.48

Cuando quieras alegrarte, piensa en las virtudes de quienes viven contigo; por ejemplo, en la actividad de uno, la modestia de otro, la generosidad de un tercero y alguna otra buena cualidad de un cuarto. Pues nada alegra tanto como los ejemplos de las virtudes cuando se manifiestan en la conducta de quienes viven con nosotros y se presentan en abundancia, en la medida de lo posible. Por eso debemos tenerlos ante nosotros.

VI.49

Supongo que no estás descontento porque pesas solo tantas litras y no trescientas. No estés descontento, entonces, porque debas vivir solo tantos años y no más; pues, así como estás satisfecho con la cantidad de sustancia que se te ha asignado, conténtate también con el tiempo.

VI.50

Intentemos persuadirlos [a los hombres]. Pero actúa incluso contra su voluntad cuando los principios de la justicia conduzcan a ello. No obstante, si alguien se interpone en tu camino mediante la fuerza, recurre a la aceptación y a la tranquilidad, y al mismo tiempo aprovecha el obstáculo para ejercitar alguna otra virtud; y recuerda que tu intento estaba sujeto a una reserva [era condicional], que no deseabas hacer lo imposible. ¿Qué deseabas, entonces?

Un esfuerzo como este. Pero alcanzas tu objetivo si las cosas a las que te sentías impulsado [no] se realizan.

VI.51

Quien ama la fama considera que la actividad de otro hombre es su propio bien; y quien ama el placer, sus propias sensaciones; pero quien tiene entendimiento considera que sus propios actos son su propio bien.

VI.52

Está en nuestro poder no tener opinión sobre una cosa y no perturbarnos en el alma; pues las cosas mismas no tienen por naturaleza poder para formar nuestros juicios.

VI.53

Acostúmbrate a prestar atención cuidadosa a lo que dice otro y, en la medida de lo posible, a entrar en la mente de quien habla.

VI.54

Lo que no es bueno para el enjambre tampoco es bueno para la abeja.

VI.55

Si los marineros insultaran al timonel, o los enfermos al médico, ¿escucharían a alguien más? ¿O cómo podría el timonel garantizar la seguridad de quienes están en el barco, o el médico la salud de aquellos a quienes atiende?

VI.56

Cuántos de los que vinieron al mundo conmigo ya han salido de él.

VI.57

A quienes tienen ictericia la miel les sabe amarga, y a quienes han sido mordidos por perros rabiosos el agua les causa miedo; y para los niños pequeños la pelota es algo hermoso. ¿Por qué, entonces, me enojo? ¿Crees que una opinión falsa tiene menos poder que la bilis en quien tiene ictericia o que el veneno en quien ha sido mordido por un perro rabioso?

VI.58

Ningún hombre te impedirá vivir conforme a la razón de tu propia naturaleza; nada te sucederá que sea contrario a la razón de la naturaleza universal.

VI.59

¿Qué clase de personas son aquellas a quienes los hombres desean agradar, con qué fines y mediante qué clase de actos? Qué pronto cubrirá el tiempo todas las cosas, y cuántas ha cubierto ya.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO VII

✦

VII.1

¿Qué es la maldad? Es lo que has visto tantas veces. Y ante todo lo que suceda, ten presente que es lo que has visto tantas veces. Por todas partes encontrarás las mismas cosas, de las que están llenas las historias antiguas, las de las épocas intermedias y las de nuestros días; de ellas están llenas ahora las ciudades y las casas. No hay nada nuevo: todas las cosas son conocidas y pasajeras.

VII.2

¿Cómo pueden morir nuestros principios, a menos que se extingan las impresiones [pensamientos] que les corresponden? Pero está en tu poder avivar continuamente estos pensamientos hasta convertirlos en una llama. Puedo tener de cualquier cosa la opinión que debo tener. Si puedo, ¿por qué me inquieto?

Las cosas externas a mi mente no tienen relación alguna con ella.—Que este sea el estado de tus afectos, y te mantendrás erguido. Está en tu poder recobrar tu vida. Vuelve a mirar las cosas como solías mirarlas; pues en esto consiste recobrar tu vida.

VII.3

La vana actividad del espectáculo, las representaciones teatrales, los rebaños de ovejas, las manadas, los ejercicios con lanzas, un hueso arrojado a unos perritos, un trozo de pan a los estanques de peces, los afanes de las hormigas y su transporte de cargas, las carreras de los ratoncillos asustados, las marionetas movidas por hilos: [todo es semejante]. Tu deber, pues, en medio de tales cosas, es mostrar buen humor y no un aire orgulloso; comprender, sin embargo, que cada hombre vale tanto como valen las cosas de las que se ocupa.

VII.4

En una conversación debes atender a lo que se dice, y en cada movimiento debes observar lo que se está haciendo. En este último debes ver de inmediato a qué fin se dirige, mientras que en aquella debes prestar mucha atención a lo que se quiere decir.

VII.5

¿Es mi entendimiento suficiente para esto o no? Si es suficiente, lo empleo en la tarea como un instrumento dado por la naturaleza universal. Pero, si no es suficiente, o bien me retiro de la tarea y cedo el lugar a quien pueda hacerla mejor, a menos que haya alguna razón para que no deba hacerlo; o bien la hago lo mejor que puedo, tomando como ayuda al hombre que, con el auxilio de mi principio rector, pueda hacer lo que ahora sea conveniente y útil para el bien común.

Pues todo lo que pueda hacer, por mí mismo o con otro, debe dirigirse únicamente a esto: a lo que es útil y adecuado para la sociedad.

VII.6

Cuántos, después de haber sido celebrados por la fama, han sido entregados al olvido; y cuántos de los que celebraron la fama de otros llevan mucho tiempo muertos.

VII.7

No te avergüences de recibir ayuda; pues tu tarea es cumplir con tu deber como un soldado en el asalto a una ciudad. ¿Qué hacer, entonces, si por estar cojo no puedes subir solo a las almenas, pero con la ayuda de otro sí es posible?

VII.8

No dejes que las cosas futuras te inquieten, pues llegarás a ellas, si es necesario, llevando contigo la misma razón que ahora empleas para las cosas presentes.

VII.9

Todas las cosas están entrelazadas, y el vínculo es sagrado; apenas hay algo que no esté conectado con alguna otra cosa. Pues las cosas han sido coordinadas y se combinan para formar el mismo universo [orden].

Porque hay un solo universo compuesto de todas las cosas, y un solo dios que penetra todas las cosas, y una sola sustancia, y una sola ley, [una] razón común a todos los animales inteligentes, y una sola verdad; si es que también hay una sola perfección para todos los animales que son del mismo linaje y participan de la razón.

VII.10

Todo lo material desaparece pronto en la sustancia del conjunto; y todo lo formal [causal] es reabsorbido muy pronto en la razón universal; y el recuerdo de todo queda muy pronto sepultado en el tiempo.

VII.11

Para el animal racional, un mismo acto es conforme a la naturaleza y conforme a la razón.

VII.12

Mantente erguido, o deja que te enderecen.

VII.13

Así como ocurre con los miembros de los cuerpos que están unidos en uno solo, ocurre también con los seres racionales que existen separados, pues han sido constituidos para una misma cooperación. Y comprenderás esto con mayor claridad si te dices con frecuencia: soy un miembro melos del sistema de los seres racionales.

Pero si [usando la letra r] dices que eres una parte meros, todavía no amas a los hombres de corazón; hacer el bien todavía no te deleita por sí mismo; aún lo haces tan solo como algo decoroso, y no todavía como quien se hace un bien a sí mismo.

VII.14

Que desde fuera caiga lo que quiera sobre las partes que pueden sentir los efectos de esa caída. Pues las partes que lo hayan sentido se quejarán, si así lo quieren. Pero yo, a menos que piense que lo sucedido es un mal, no sufro daño. Y está en mi poder no pensarlo.

VII.15

Haga o diga cualquiera lo que quiera, yo debo ser bueno; como si el oro, la esmeralda o la púrpura dijeran siempre esto: haga o diga cualquiera lo que quiera, yo debo ser esmeralda y conservar mi color.

VII.16

La facultad rectora no se perturba a sí misma; quiero decir que no se asusta ni se causa dolor. Pero, si algún otro puede asustarla o causarle dolor, que lo haga. Pues la facultad misma no se desviará hacia tales estados por su propia opinión. Que el cuerpo se ocupe, si puede, de no sufrir nada, y que hable si sufre.

Pero el alma misma, que está sujeta al miedo y al dolor, y que tiene pleno poder para formarse una opinión sobre estas cosas, no sufrirá nada, pues nunca se desviará hacia semejante juicio. El principio rector, en sí mismo, no necesita nada, a menos que se cree una necesidad; por eso está libre de perturbaciones y de obstáculos, si no se perturba ni se obstaculiza a sí mismo.

VII.17

La eudaimonía [felicidad] es un buen espíritu, o una cosa buena. ¿Qué haces entonces aquí, imaginación? Vete, te lo ruego por los dioses, tal como viniste, pues no te necesito. Pero has venido según tu vieja costumbre. No estoy enojado contigo: solo vete.

VII.18

¿Hay alguien que tema el cambio? Pues ¿qué puede suceder sin cambio? ¿Qué hay, entonces, más agradable o más adecuado para la naturaleza universal? ¿Acaso puedes bañarte sin que la madera sufra un cambio? ¿Y puedes alimentarte sin que el alimento sufra un cambio? ¿Puede realizarse alguna otra cosa útil sin cambio? ¿No ves, entonces, que cambiar tú también es exactamente lo mismo, e igualmente necesario para la naturaleza universal?

VII.19

A través de la sustancia universal, como a través de un torrente impetuoso, son arrastrados todos los cuerpos, unidos por su naturaleza al conjunto y cooperando con él, como las partes de nuestro cuerpo entre sí. ¡Cuántos Crisipo, cuántos Sócrates, cuántos Epicteto ha devorado ya el tiempo! Y que el mismo pensamiento te venga a la mente con respecto a cada hombre y cada cosa.

VII.20

Solo una cosa me preocupa: que haga algo que la constitución del hombre no permite, o de una manera que no permite, o algo que no permite ahora.

VII.21

Cerca está el momento en que olvidarás todas las cosas; y cerca está el momento en que todos te olvidarán.

VII.22

Es propio del hombre amar incluso a quienes obran mal. Y esto sucede si, cuando obran mal, recuerdas que son tus semejantes, que obran mal por ignorancia y sin intención, y que pronto ambos moriréis; y, sobre todo, que quien obró mal no te ha hecho daño, pues no ha vuelto tu facultad rectora peor de lo que era antes.

VII.23

La naturaleza universal, con la sustancia universal, como si fuera cera, moldea ahora un caballo y, cuando lo ha deshecho, usa el material para un árbol, luego para un hombre, luego para alguna otra cosa; y cada una de estas cosas subsiste durante muy poco tiempo. Pero para la vasija no es una desgracia ser deshecha, como tampoco lo fue que se unieran sus partes.

VII.24

Un rostro ceñudo es enteramente contrario a la naturaleza; cuando se adopta a menudo, toda gracia se va apagando y, al final, queda tan completamente extinguida que ya no puede volver a encenderse. Procura deducir de este mismo hecho que es contrario a la razón. Pues, si hasta desaparece la conciencia de obrar mal, ¿qué razón hay para seguir viviendo?

VII.25

La naturaleza que gobierna el conjunto cambiará pronto todas las cosas que ves, y de su sustancia hará otras cosas, y luego otras más de la sustancia de estas, para que el mundo sea siempre nuevo.

VII.26

Cuando un hombre te haya hecho algún mal, considera de inmediato con qué opinión acerca del bien o del mal lo ha hecho. Pues, cuando lo hayas visto, sentirás compasión por él y no te sorprenderás ni te enojarás. Porque tú mismo consideras bueno lo mismo que él, o alguna otra cosa de la misma clase. Tu deber, entonces, es perdonarlo. Pero, si no consideras tales cosas buenas ni malas, estarás más dispuesto a tratar con benevolencia a quien se equivoca.

VII.27

No pienses tanto en lo que no tienes como en lo que tienes; pero, de las cosas que tienes, escoge las mejores y reflexiona después con cuánto afán las habrías buscado si no las tuvieras. Al mismo tiempo, no obstante, cuida de que el placer que te producen no te acostumbre a valorarlas en exceso, hasta el punto de inquietarte si alguna vez dejaras de tenerlas.

VII.28

Retírate a tu interior. El principio racional que gobierna tiene esta naturaleza: se siente satisfecho consigo mismo cuando hace lo justo, y así alcanza la tranquilidad.

VII.29

Borra la imaginación. Detén los tirones de los hilos. Limítate al presente. Comprende bien lo que te sucede a ti o a otro. Divide y distribuye cada objeto entre lo causal [formal] y lo material. Piensa en tu última hora. Que el mal que hace un hombre permanezca allí donde fue cometido.

VII.30

Dirige tu atención a lo que se dice. Que tu entendimiento penetre en las cosas que se están haciendo y en las que las hacen.

VII.31

Adórnate con sencillez y modestia, y con indiferencia hacia las cosas que están entre la virtud y el vicio. Ama a la humanidad. Sigue a Dios. El poeta dice que la ley lo gobierna todo— Y basta con recordar que la ley lo gobierna todo.

VII.32

Sobre la muerte: ya sea una dispersión, una disolución en átomos o una aniquilación, es extinción o cambio.

VII.33

Sobre el dolor: el dolor intolerable acaba con nosotros; pero el que dura mucho tiempo es tolerable; y la mente conserva su propia tranquilidad al retirarse a su interior, y la facultad rectora no empeora. Pero las partes que sufren daño por el dolor, que den su opinión sobre él, si pueden.

VII.34

Sobre la fama: mira las mentes [de quienes buscan la fama], observa cómo son, qué clase de cosas evitan y qué clase de cosas persiguen. Y considera que, así como los montones de arena apilados unos sobre otros ocultan las arenas anteriores, en la vida los acontecimientos que preceden quedan pronto cubiertos por los que vienen después.

VII.35

De Platón: El hombre que tiene una mente elevada y contempla todo el tiempo y toda la sustancia, ¿supones que puede pensar que la vida humana es algo grande? No es posible, dijo.—Entonces, semejante hombre pensará también que la muerte no es un mal.—Ciertamente no.

VII.36

De Antístenes: Es propio de un rey hacer el bien y recibir insultos.

VII.37

Es algo indigno que el rostro sea obediente y se regule y se serene según lo ordena la mente, y que la mente no se regule ni se serene por sí misma.

VII.38

No es justo que nos aflijamos por las cosas, Pues a ellas nada les importa.

VII.39

Da alegría a los dioses inmortales y a nosotros.

VII.40

La vida debe segarse como las espigas maduras. Un hombre nace; otro muere.

VII.41

Si los dioses no cuidan de mí y de mis hijos, Hay una razón para ello.

VII.42

Pues el bien está conmigo, y la justicia.

VII.43

Ni unirse a los lamentos ajenos, ni dejarse llevar por una emoción violenta.

VII.44

De Platón: Pero yo daría a este hombre una respuesta suficiente, que es esta: No hablas bien si piensas que un hombre que vale para algo debe calcular el riesgo de vivir o morir, y que no debe más bien atender solo a esto en todo lo que hace: si está haciendo lo justo o lo injusto, y las obras de un hombre bueno o de uno malo.

VII.45

Pues así es, hombres de Atenas, en verdad: dondequiera que un hombre se haya situado por pensar que era el mejor lugar para él, o haya sido situado por un jefe, allí, en mi opinión, debe permanecer y afrontar el peligro, sin dar más importancia a nada, ni a la muerte ni a ninguna otra cosa, que a la indignidad [de abandonar su puesto].

Véase Aristófanes, Los acarnienses, v. 661.

De la Apología, c. 16.

De la Apología, c. 16.

VII.46

Pero, buen amigo, reflexiona sobre si lo noble y lo bueno no son algo distinto de salvar y ser salvado; pues, en cuanto a que un hombre viva tal o cual tiempo, al menos uno que sea realmente un hombre, considera si esto no es algo que debe apartarse del pensamiento: y no debe haber apego a la vida; en cuanto a estas cuestiones, el hombre debe confiarlas a la Divinidad y creer lo que dicen las mujeres, que ningún hombre puede escapar de su destino, siendo la siguiente cuestión cómo puede vivir del mejor modo el tiempo que le queda por vivir.

VII.47

Contempla los recorridos de las estrellas como si las acompañaras; y considera constantemente los cambios de unos elementos en otros, pues tales pensamientos limpian la suciedad de la vida terrenal.

VII.48

Esta es una hermosa sentencia de Platón: Quien habla de los hombres debe mirar también las cosas terrenales como si las contemplara desde un lugar elevado; debe mirarlos en sus asambleas, ejércitos, trabajos agrícolas, matrimonios, tratados, nacimientos, muertes, el ruido de los tribunales de justicia, lugares desiertos, diversas naciones de bárbaros, fiestas, lamentaciones, mercados, una mezcla de todas las cosas y una combinación ordenada de contrarios.

VII.49

Considera el pasado: tantos grandes cambios de supremacía política; también puedes prever las cosas que vendrán. Pues sin duda tendrán una forma semejante, y no es posible que se aparten del orden de las cosas que suceden ahora; por eso, haber contemplado la vida humana durante cuarenta años es lo mismo que haberla contemplado durante diez mil años. Pues ¿qué más vas a ver?

VII.50

Lo que ha crecido de la tierra, a la tierra vuelve, Pero lo que ha brotado de semilla celestial, A las regiones celestiales regresa.

Esto es o una disolución del entrelazamiento de los átomos, o una dispersión semejante de los elementos que carecen de sensación.

VII.51

Con alimentos y bebidas y hábiles artes mágicas Desviando el curso del canal para escapar de la muerte. La brisa que el cielo ha enviado Debemos soportar, y trabajar sin quejarnos.

VII.52

Otro puede ser más experto en derribar a su adversario; pero no es más sociable, ni más modesto, ni está mejor preparado para afrontar todo lo que sucede, ni es más considerado con las faltas de sus semejantes.

VII.53

Donde pueda realizarse alguna tarea conforme a la razón que es común a dioses y hombres, allí no tenemos nada que temer; pues donde podemos obtener provecho mediante una actividad que tiene éxito y procede de acuerdo con nuestra constitución, allí no hay que sospechar ningún daño.

VII.54

En todas partes y en todo momento está en tu poder aceptar piadosamente tu condición presente, comportarte con justicia con quienes te rodean y aplicar tu habilidad a tus pensamientos actuales, para que nada se introduzca en ellos sin ser bien examinado.

VII.55

No mires a tu alrededor para descubrir los principios rectores de otros hombres, sino mira directamente a esto: a lo que te lleva la naturaleza, tanto la naturaleza universal mediante las cosas que te suceden como tu propia naturaleza mediante los actos que debes realizar. Pero todo ser debe hacer lo que es conforme a su constitución; y todas las demás cosas han sido constituidas en beneficio de los seres racionales, así como entre las cosas irracionales lo inferior existe en beneficio de lo superior, mientras que los seres racionales existen unos para otros.

El primer principio de la constitución del hombre es, pues, el social. Y el segundo es no ceder a las persuasiones del cuerpo, pues es función propia del impulso racional e inteligente fijarse sus propios límites y no dejarse dominar nunca por el impulso de los sentidos ni por el de los apetitos, pues ambos son animales; pero el impulso inteligente reclama la superioridad y no se permite ser dominado por los otros.

Y con buena razón, pues está formado por la naturaleza para servirse de todos ellos. Lo tercero en la constitución racional es estar libre de error y de engaño. Que el principio rector, aferrándose a estas cosas, siga adelante sin desviarse, y tendrá lo que le es propio.

VII.56

Considérate muerto, y considera terminada tu vida hasta el momento presente; y vive conforme a la naturaleza el tiempo restante que se te concede.

VII.57

Ama solo lo que te sucede y está hilado con el hilo de tu destino. Pues ¿qué es más adecuado?

VII.58

En todo lo que suceda, ten ante tus ojos a aquellos a quienes les ocurrieron las mismas cosas, y cómo se afligieron, las trataron como cosas extrañas y se quejaron de ellas: ¿y ahora dónde están?

En ninguna parte. ¿Por qué, entonces, eliges tú también actuar del mismo modo? ¿Y por qué no dejas estas agitaciones ajenas a la naturaleza a quienes las causan y a quienes se dejan arrastrar por ellas; y por qué no te concentras por completo en la manera correcta de utilizar las cosas que te suceden?

Pues entonces las utilizarás bien, y serán para ti un material [con el que trabajar]. Solo presta atención a ti mismo y decídete a ser un hombre bueno en cada acto que realices: y recuerda...

VII.59

Mira en tu interior. Dentro está la fuente del bien, y siempre seguirá brotando, si tú sigues cavando.

VII.60

El cuerpo debe mantenerse firme y no mostrar ninguna irregularidad en el movimiento ni en la postura. Pues lo que la mente muestra en el rostro al mantener en él la expresión de inteligencia y decoro, eso mismo debe exigirse también al cuerpo entero. Pero todas estas cosas deben observarse sin afectación.

VII.61

El arte de vivir se parece más al arte del luchador que al del bailarín, en esto: debe mantenerse dispuesto y firme para afrontar ataques repentinos e inesperados.

VII.62

Observa constantemente quiénes son aquellos cuya aprobación deseas y qué principios rectores poseen. Pues entonces ni culparás a quienes cometen faltas involuntariamente ni desearás su aprobación, si miras las fuentes de sus opiniones y apetitos.

VII.63

Toda alma, dice el filósofo, se ve privada de la verdad involuntariamente; por lo tanto, del mismo modo se ve privada de la justicia, la templanza, la benevolencia y todo lo semejante. Es sumamente necesario tener esto siempre presente, pues así serás más amable con todos.

VII.64

En todo dolor, ten presente este pensamiento: que no hay deshonra en él, ni vuelve peor a la inteligencia rectora, pues no daña a la inteligencia ni en cuanto racional ni en cuanto social.

En efecto, en el caso de la mayoría de los dolores, que te ayude esta observación de Epicuro: el dolor no es intolerable ni eterno, si tienes presente que tiene sus límites y si no le añades nada con la imaginación; y recuerda también esto: que no advertimos que muchas cosas que nos resultan desagradables son lo mismo que el dolor, como la somnolencia excesiva, el calor abrasador y la falta de apetito.

Cuando estés descontento por alguna de estas cosas, dite a ti mismo que estás cediendo al dolor.

VII.65

Cuida de no sentir hacia los inhumanos lo que ellos sienten hacia los hombres.

VII.66

¿Cómo sabemos que Telauges no era superior en carácter a Sócrates? Pues no basta con que Sócrates muriera de una manera más noble, discutiera con más habilidad con los sofistas y pasara la noche en el frío con mayor resistencia, ni con que, cuando le ordenaron detener a León de Salamina, considerara más noble negarse, ni con que caminara con aire arrogante por las calles, aunque en cuanto a este hecho cabe dudar mucho de que fuera cierto.

Debemos, en cambio, indagar qué clase de alma poseía Sócrates, y si era capaz de contentarse con ser justo con los hombres y piadoso con los dioses, sin afligirse inútilmente por la maldad de los hombres, sin hacerse esclavo de la ignorancia de nadie, sin recibir como extraño nada de lo que le tocara del conjunto universal, ni soportarlo como intolerable, ni permitir que su entendimiento compartiera las afecciones de la miserable carne.

VII.67

La naturaleza no ha mezclado [la inteligencia] con la composición del cuerpo hasta el punto de negarte el poder de fijar tus propios límites y someter a ti mismo todo lo que es tuyo; pues es muy posible ser un hombre divino sin que nadie te reconozca como tal. Ten siempre esto presente; y también otra cosa: que en verdad se necesita muy poco para vivir una vida feliz.

Y porque hayas perdido la esperanza de llegar a ser un dialéctico y un experto en el conocimiento de la naturaleza, no renuncies por ello a la esperanza de ser libre y modesto, sociable y obediente a Dios.

VII.68

Está en tu poder vivir libre de toda coacción, con la mayor tranquilidad de espíritu, aunque todo el mundo grite contra ti cuanto quiera, y aunque las fieras despedacen los miembros de esta materia amasada que ha crecido a tu alrededor.

Pues ¿qué impide que la mente, en medio de todo esto, se mantenga tranquila, conserve un juicio justo sobre todas las cosas que la rodean y haga un uso dispuesto de los objetos que se le presentan, de modo que el juicio pueda decir a la cosa que cae bajo su observación: Esto eres en sustancia [realidad], aunque en la opinión de los hombres puedas parecer de otra clase; y que el uso diga a lo que cae bajo su mano: Tú eres lo que yo buscaba; pues para mí lo que se presenta es siempre material para la virtud tanto racional como política y, en una palabra, para el ejercicio del arte que pertenece al hombre o a Dios?

Pues todo lo que sucede tiene relación con Dios o con el hombre, y no es nuevo ni difícil de manejar, sino material habitual y adecuado para trabajar.

VII.69

La perfección del carácter moral consiste en esto: en pasar cada día como si fuera el último, sin agitarse violentamente, sin caer en la apatía y sin actuar con hipocresía.

VII.70

Los dioses, que son inmortales, no se afligen por tener que tolerar continuamente, durante tanto tiempo, a los hombres tal como son, y a tantos de ellos malos; y, además, también cuidan de ellos de todas las maneras. Pero tú, que estás destinado a acabar tan pronto, ¿te cansas de soportar a los malos, y eso cuando tú eres uno de ellos?

VII.71

Es ridículo que un hombre no huya de su propia maldad, lo cual es posible, y que huya de la maldad de los demás, lo cual es imposible.

VII.72

Todo lo que la facultad racional y política [social] encuentra que no es inteligente ni social, lo juzga con razón inferior a ella misma.

VII.73

Cuando has hecho una buena acción y otro la ha recibido, ¿por qué buscas todavía una tercera cosa además de estas, como hacen los necios: tener la fama de haber hecho una buena acción u obtener algo a cambio?

VII.74

Ningún hombre se cansa de recibir lo que es útil. Pero es útil actuar conforme a la naturaleza. No te canses, pues, de recibir lo que es útil al hacerlo por los demás.

VII.75

La naturaleza del Todo se puso en movimiento para hacer el universo. Pero ahora, o todo lo que sucede viene por consecuencia o [continuidad], o incluso las cosas principales hacia las que el poder rector del universo dirige su propio movimiento no están gobernadas por ningún principio racional. Si recuerdas esto, estarás más tranquilo en muchas cosas.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO VIII

✦

VIII.1

Esta reflexión también contribuye a eliminar el deseo de una fama vacía: ya no está en tu poder haber vivido toda tu vida, o al menos desde tu juventud, como un filósofo; tanto para muchos otros como para ti mismo es evidente que estás lejos de la filosofía.

Has caído, pues, en el desorden, de modo que ya no te resulta fácil adquirir la reputación de filósofo; y tu forma de vida también se opone a ello. Si de verdad has visto dónde está la cuestión, desecha el pensamiento de cómo vas a parecer [a los demás], y conténtate con vivir el resto de tu vida como quiere tu naturaleza.

Observa, pues, lo que ella quiere, y no dejes que ninguna otra cosa te distraiga; porque has experimentado muchos extravíos sin haber encontrado la felicidad en ninguna parte: ni en los silogismos, ni en la riqueza, ni en la reputación, ni en el disfrute, ni en ningún otro lugar. ¿Dónde está entonces? En hacer lo que exige la naturaleza humana. ¿Cómo hará esto un hombre?

Si tiene principios de los que procedan sus afectos y sus actos. ¿Qué principios? Los que se refieren al bien y al mal: la creencia de que nada es bueno para el hombre si no lo hace justo, moderado, valiente y libre; y de que nada es malo si no produce lo contrario de lo que se ha mencionado.

VIII.2

Ante cada acto, pregúntate: ¿Qué relación tiene esto conmigo? ¿Me arrepentiré de ello? Dentro de poco estaré muerto, y todo habrá desaparecido. ¿Qué más busco, si lo que hago ahora es obra de un ser vivo inteligente, de un ser social y de alguien que está sujeto a la misma ley que Dios?

VIII.3

Alejandro, Cayo y Pompeyo, ¿qué son en comparación con Diógenes, Heráclito y Sócrates? Porque estos conocían las cosas, sus causas [formas] y su materia, y los principios rectores de estos hombres eran los mismos [o conformes con sus ocupaciones]. Pero en cuanto a los otros, ¡de cuántas cosas tenían que ocuparse y de cuántas eran esclavos!

VIII.4

[Considera] que los hombres seguirán haciendo las mismas cosas, aunque tú revientes.

VIII.5

Esto es lo principal: no te perturbes, porque todas las cosas suceden de acuerdo con la naturaleza del universo; y dentro de poco no serás nadie ni estarás en ninguna parte, como Adriano y Augusto. Después, fija la mirada firmemente en tu tarea y examínala; al mismo tiempo, recuerda que tu deber es ser un hombre bueno, y haz lo que exige la naturaleza humana sin desviarte; y habla como te parezca más justo, pero con buena disposición, modestia y sin hipocresía.

VIII.6

La naturaleza del universo tiene esta tarea: trasladar a aquel lugar las cosas que están en este, cambiarlas, retirarlas de aquí y llevarlas allá. Todas las cosas son cambio, pero no tenemos por qué temer nada nuevo. Todas las cosas [nos] son familiares; y su distribución sigue siendo la misma.

VIII.7

Toda naturaleza está contenta consigo misma cuando sigue bien su camino; y una naturaleza racional sigue bien su camino cuando en sus pensamientos no acepta nada falso ni incierto, cuando dirige sus movimientos únicamente a actos sociales, cuando limita sus deseos y aversiones a las cosas que están en su poder y cuando se satisface con todo lo que le asigna la naturaleza común.

Porque cada naturaleza particular es una parte de esta naturaleza común, como la naturaleza de la hoja es parte de la naturaleza de la planta; con la diferencia de que, en la planta, la naturaleza de la hoja forma parte de una naturaleza que carece de percepción y razón y está sujeta a obstáculos; pero la naturaleza del hombre forma parte de una naturaleza que no está sujeta a obstáculos y es inteligente y justa, pues da a cada cosa, en porciones iguales y según su valor, tiempos, sustancia, causa [forma], actividad y acontecimiento.

Pero examina esto sin buscar que una cosa, comparada con otra cosa individual, sea igual en todos los aspectos, sino tomando juntas todas las partes de una cosa y comparándolas con todas las partes juntas de otra.

VIII.8

No tienes tiempo [o capacidad] para leer. Pero tienes tiempo [o capacidad] para frenar la arrogancia; tienes tiempo para estar por encima del placer y del dolor; tienes tiempo para estar por encima del amor a la fama y para no irritarte con las personas necias e ingratas, e incluso para cuidar de ellas.

VIII.9

Que nadie vuelva a oírte criticar la vida de la corte ni tu propia vida.

VIII.10

El arrepentimiento es una especie de reproche a uno mismo por haber descuidado algo útil; pero lo bueno debe ser algo útil, y el hombre perfectamente bueno debe procurar alcanzarlo. Sin embargo, un hombre así nunca se arrepentiría de haber rechazado un placer sensual. Por tanto, el placer no es bueno ni útil.

VIII.11

Esta cosa, ¿qué es en sí misma, en su propia constitución? ¿Cuál es su sustancia y su materia? ¿Y cuál es su naturaleza causal [o forma]? ¿Y qué hace en el mundo? ¿Y cuánto tiempo subsiste?

VIII.12

Cuando te levantes del sueño de mala gana, recuerda que realizar actos sociales está de acuerdo con tu constitución y con la naturaleza humana, mientras que dormir también es común a los animales irracionales. Pero lo que está de acuerdo con la naturaleza de cada individuo es también más propiamente suyo, más adecuado a su naturaleza y, en efecto, también más agradable.

VIII.13

Constantemente y, si es posible, ante cada impresión que reciba el alma, aplícale los principios de la física, de la ética y de la dialéctica.

VIII.14

Con cualquier hombre que te encuentres, dite inmediatamente: ¿Qué opiniones tiene este hombre sobre el bien y el mal? Porque si tiene tales o cuales opiniones sobre el placer y el dolor y las causas de cada uno, y sobre la fama y la deshonra, la muerte y la vida, no me parecerá nada sorprendente ni extraño que haga tales o cuales cosas; y tendré presente que se ve obligado a actuar así.

VIII.15

Recuerda que, así como es vergonzoso sorprenderse de que la higuera produzca higos, también lo es sorprenderse de que el mundo produzca tales o cuales cosas que le es propio producir; y para el médico y el timonel es vergonzoso sorprenderse de que un hombre tenga fiebre o de que el viento sea desfavorable.

VIII.16

Recuerda que cambiar de opinión y seguir a quien corrige tu error es tan compatible con la libertad como persistir en tu error. Porque es tuya la actividad que se ejerce de acuerdo con tu propio impulso y juicio y, en efecto, también de acuerdo con tu propio entendimiento.

VIII.17

Si una cosa está en tu poder, ¿por qué la haces? Pero si está en poder de otro, ¿a quién culpas: a los átomos [el azar] o a los dioses? Ambas cosas son insensatas. No debes culpar a nadie. Porque, si puedes, corrige [lo que es la causa]; pero si no puedes hacerlo, corrige al menos la cosa misma; y si ni siquiera puedes hacer esto, ¿de qué te sirve buscar culpables? Pues nada debe hacerse sin un propósito.

VIII.18

Lo que ha muerto no queda fuera del universo. Si permanece aquí, también cambia aquí y se disuelve en sus propias partes, que son elementos del universo y de ti mismo. Y también estas cambian, y no se quejan.

VIII.19

Todo existe para algún fin: un caballo, una vid. ¿Por qué te sorprendes? Incluso el sol dirá: existo para algún propósito, y los demás dioses dirán lo mismo. ¿Para qué propósito existes tú, entonces? ¿Para disfrutar del placer? Mira si el sentido común admite esto.

VIII.20

La naturaleza ha tenido en cuenta en todo tanto el final como el comienzo y la duración, igual que el hombre que lanza una pelota al aire. ¿Qué bien supone entonces para la pelota que la lancen hacia arriba, o qué mal que baje o incluso que haya caído? ¿Y qué bien supone para la burbuja mantenerse entera, o qué mal reventar? Lo mismo puede decirse también de una luz.

VIII.21

Dale la vuelta [al cuerpo] y mira qué clase de cosa es; y qué clase de cosa se vuelve cuando envejece y cuando está enfermo.

Breve es la vida tanto de quien alaba como de quien recibe alabanzas, de quien recuerda como de quien es recordado; y todo esto en un rincón de esta parte del mundo; y ni siquiera aquí están todos de acuerdo, no, ni uno solo consigo mismo; y la tierra entera también es un punto.

VIII.22

Atiende al asunto que tienes delante, ya sea una opinión, un acto o una palabra.

Sufres esto con justicia, porque prefieres llegar a ser bueno mañana a ser bueno hoy.

VIII.23

¿Estoy haciendo algo? Lo hago con miras al bien de la humanidad. ¿Me sucede algo? Lo recibo y lo remito a los dioses y a la fuente de todas las cosas, de la que procede todo lo que sucede.

VIII.24

Tal como te parece el baño —aceite, sudor, suciedad, agua inmunda, todo repugnante—, así es cada parte de la vida y toda cosa.

VIII.25

Lucila vio morir a Vero, y después murió Lucila. Segunda vio morir a Máximo, y después murió Segunda. Epitincano vio morir a Diótimo, y después murió Epitincano. Antonino vio morir a Faustina, y después murió Antonino. Así es todo. Céler vio morir a Adriano, y después murió Céler.

Y aquellos hombres de ingenio agudo, ya fueran adivinos u hombres hinchados de orgullo, ¿dónde están? Por ejemplo, aquellos hombres de ingenio agudo, Cárax y Demetrio el platónico, y Eudemón, y cualquier otro semejante a ellos. Todos efímeros, muertos hace mucho.

Algunos ni siquiera fueron recordados durante un breve tiempo, otros se convirtieron en héroes de fábulas y otros desaparecieron incluso de las fábulas. Recuerda, pues, esto: ese pequeño compuesto que eres tú mismo debe disolverse, o tu pobre aliento debe extinguirse, o ser trasladado y colocado en otra parte.

VIII.26

Para un hombre es una satisfacción realizar las obras propias de un hombre. Ahora bien, es obra propia de un hombre ser benévolo con los de su especie, despreciar los movimientos de los sentidos, formarse un juicio justo de las apariencias plausibles y contemplar la naturaleza del universo y las cosas que suceden en él.

VIII.27

Hay tres relaciones [entre tú y las demás cosas]: la primera, con el cuerpo que te rodea; la segunda, con la causa divina de la que proceden todas las cosas para todos; y la tercera, con quienes viven contigo.

VIII.28

El dolor es un mal para el cuerpo —entonces que el cuerpo diga lo que piensa de él— o para el alma; pero está en poder del alma mantener su propia serenidad y tranquilidad y no pensar que el dolor es un mal. Porque todo juicio, movimiento, deseo y aversión está en el interior, y ningún mal llega tan alto.

VIII.29

Borra tus imaginaciones diciéndote a menudo: ahora está en mi poder no dejar que haya en esta alma ninguna maldad, ningún deseo ni perturbación alguna; al mirar todas las cosas, veo cuál es su naturaleza y uso cada una según su valor. Recuerda este poder que tienes por naturaleza.

VIII.30

Habla de manera adecuada tanto en el senado como con cualquier hombre, sea quien sea, sin afectación alguna; emplea un lenguaje sencillo.

VIII.31

La corte de Augusto, su esposa, su hija, sus descendientes, sus antepasados, su hermana, Agripa, sus parientes, sus allegados, sus amigos; Areo, Mecenas, los médicos y los sacerdotes que ofrecían sacrificios: toda la corte ha muerto.

Luego pasa a los demás, considerando la muerte de toda una estirpe, como la de los Pompeyos, [no la de un solo hombre]; y aquello que está escrito en las tumbas: el último de su estirpe. Después considera cuánto se esforzaron quienes los precedieron para dejar un sucesor; y luego, que necesariamente alguien tiene que ser el último. Considera aquí, de nuevo, la muerte de toda una estirpe.

VIII.32

Tu deber es ordenar bien tu vida en cada acto; y si cada acto cumple su cometido hasta donde sea posible, conténtate; y nadie puede impedirte que cada acto cumpla su cometido. Pero algo externo se interpondrá. Nada te impedirá actuar con justicia, moderación y consideración. Pero quizá se vea impedida alguna otra facultad de acción.

Bien, pero al aceptar el impedimento y conformarte con dirigir tus esfuerzos a lo que está permitido, se te presenta de inmediato otra oportunidad de actuar en lugar de la que fue impedida, y una que se adaptará a este orden del que estamos hablando.

VIII.33

Recibe [la riqueza o la prosperidad] sin arrogancia; y prepárate para dejarla ir.

VIII.34

Si alguna vez has visto una mano cortada, o un pie, o una cabeza, tirados en algún lugar aparte del resto del cuerpo, así se vuelve a sí mismo, en la medida en que puede, el hombre que no está contento con lo que sucede y se separa de los demás, o hace algo contrario a la vida en sociedad.

Supón que te has separado de la unidad natural —pues la naturaleza te hizo parte de ella, pero ahora te has apartado—; aun así, existe aquí esta hermosa disposición: está en tu poder volver a unirte. A ninguna otra parte le ha concedido Dios que, después de haberse separado y dividido, vuelva a reunirse.

Pero considera la bondad con la que ha distinguido al hombre, pues ha puesto en su poder no separarse en absoluto del universo; y cuando se ha separado, le ha permitido regresar, unirse y recuperar su lugar como parte.

VIII.35

Así como la naturaleza del universo ha dado a todo ser racional todas las demás facultades que posee, también hemos recibido de ella esta facultad. Porque, así como la naturaleza universal transforma y fija en su lugar predestinado todo lo que se interpone y se le opone, y convierte esas cosas en parte de sí misma, así también el animal racional puede hacer de cada obstáculo su propio material y usarlo para los fines que se haya propuesto.

VIII.36

No te perturbes pensando en la totalidad de tu vida. No dejes que tus pensamientos abarquen de una vez todas las diversas dificultades que puedas esperar que te sobrevengan; en cada ocasión pregúntate: ¿Qué hay en esto que sea intolerable e insoportable? Porque te avergonzará confesarlo. Después recuerda que ni el futuro ni el pasado te afligen, sino solo el presente. Pero este se reduce a muy poca cosa si lo delimitas y reprendes a tu mente cuando no sea capaz de resistir ni siquiera esto.

VIII.37

¿Acaso Pantea o Férgamo están ahora sentados junto a la tumba de Vero? ¿Acaso Caurias o Diótimo están sentados junto a la tumba de Adriano? Eso sería ridículo. Bien, supongamos que estuvieran allí sentados: ¿serían conscientes de ello los muertos? Y si los muertos fueran conscientes, ¿les agradaría?

Y si les agradara, ¿los haría eso inmortales? ¿No estaba dispuesto por el destino que también estas personas se convirtieran primero en ancianas y ancianos y después murieran? ¿Qué harían entonces aquellos después de que estos hubieran muerto? Todo esto es hedor y sangre en una bolsa.

VIII.38

Si puedes ver con agudeza, mira y juzga sabiamente, dice el filósofo.

VIII.39

En la constitución del animal racional no veo ninguna virtud que se oponga a la justicia; pero sí veo una virtud que se opone al amor al placer, y es la templanza.

VIII.40

Si eliminas tu opinión sobre lo que parece causarte dolor, tú mismo quedas en perfecta seguridad. ¿Quién es ese tú mismo? La razón. Pero yo no soy la razón. Sea así. Que entonces la razón misma no se perturbe. Pero si alguna otra parte de ti sufre, que tenga su propia opinión sobre sí misma.

VIII.41

Un impedimento para las percepciones de los sentidos es un mal para la naturaleza animal. Un impedimento para los movimientos [deseos] es igualmente un mal para la naturaleza animal. Y también hay otras cosas que son igualmente un impedimento y un mal para la constitución de las plantas.

Por tanto, lo que es un impedimento para la inteligencia es un mal para la naturaleza inteligente. Aplica, pues, todas estas cosas a ti mismo. ¿Te afectan el dolor o el placer de los sentidos? Los sentidos se ocuparán de eso. ¿Se ha opuesto algún obstáculo a tus esfuerzos por alcanzar un objetivo?

Si hacías ese esfuerzo de manera absoluta [incondicionalmente o sin reserva alguna], ciertamente ese obstáculo es un mal para ti considerado como animal racional. Pero si tomas [en consideración] el curso habitual de las cosas, todavía no has sufrido daño ni siquiera impedimento.

No obstante, las cosas propias del entendimiento no suele impedirlas ningún otro hombre, porque ni el fuego, ni el hierro, ni el tirano, ni el insulto lo afectan de ninguna manera. Cuando se ha hecho esfera, sigue siendo esfera.

VIII.42

No es adecuado que me cause dolor a mí mismo, pues nunca he causado dolor intencionalmente ni siquiera a otro.

VIII.43

A distintas personas les agradan distintas cosas; pero mi deleite es conservar sana la facultad rectora, sin apartarme de ningún hombre ni de ninguna de las cosas que les suceden a los hombres, sino mirando y recibiéndolo todo con ojos acogedores y usando cada cosa según su valor.

VIII.44

Procura asegurar para ti este tiempo presente; porque quienes persiguen más bien la fama póstuma no consideran que los hombres de tiempos posteriores serán exactamente como estos a quienes ahora no pueden soportar; y unos y otros son mortales. ¿Y qué te importa en modo alguno que esos hombres de tiempos posteriores emitan tal o cual sonido, o tengan tal o cual opinión sobre ti?

VIII.45

Tómame y arrójame donde quieras, porque allí mantendré tranquila mi parte divina, es decir, contenta, si puede sentir y actuar de acuerdo con su propia constitución. ¿Es este [cambio de lugar] razón suficiente para que mi alma sea infeliz y peor de lo que era, abatida, exaltada, encogida, asustada? ¿Y qué encontrarás que sea razón suficiente para esto?

VIII.46

Nada puede sucederle a un hombre que no sea un acontecimiento humano, ni a un buey que no esté de acuerdo con la naturaleza de un buey, ni a una vid que no esté de acuerdo con la naturaleza de una vid, ni a una piedra que no sea propio de una piedra. Si a cada cosa le sucede lo habitual y natural, ¿por qué habrías de quejarte? Porque la naturaleza común no trae nada que tú no puedas soportar.

VIII.47

Si algo externo te causa dolor, no es esa cosa la que te perturba, sino tu propio juicio sobre ella. Y está en tu poder borrar ahora ese juicio. Pero si algo de tu propia disposición te causa dolor, ¿quién te impide corregir tu opinión? E incluso si te duele no estar haciendo alguna cosa concreta que te parece correcta, ¿por qué no actúas en vez de quejarte?

Pero ¿se interpone algún obstáculo insuperable? Entonces no te aflijas, porque la causa de que no se haga no depende de ti. Pero no vale la pena vivir si esto no puede hacerse. Abandona entonces la vida contento, tal como muere quien está en plena actividad, y satisfecho también con las cosas que son obstáculos.

VIII.48

Recuerda que la facultad rectora es invencible cuando, recogida en sí misma, está satisfecha consigo misma si no hace nada que no elija hacer, incluso si se resiste por mera obstinación. ¿Qué será entonces cuando forme un juicio sobre algo con ayuda de la razón y de manera deliberada?

Por eso, la mente libre de pasiones es una ciudadela, pues el hombre no tiene nada más seguro a lo que pueda huir en busca de refugio y desde entonces ser inexpugnable. Quien no ha visto esto es un ignorante; pero quien lo ha visto y no huye a este refugio es desdichado.

VIII.49

No te digas nada más de lo que comunican las primeras apariencias. Supón que te han informado de que cierta persona habla mal de ti. Eso te han informado; pero que hayas sufrido daño, eso no te lo han informado. Veo que mi hijo está enfermo. Eso sí lo veo; pero que esté en peligro, eso no lo veo. Así pues, atente siempre a las primeras apariencias y no añadas nada tú mismo desde tu interior, y entonces nada te sucede. O, más bien, añade algo como un hombre que conoce todo lo que sucede en el mundo.

VIII.50

Un pepino está amargo. Tíralo. Hay zarzas en el camino. Apártate de ellas. Eso basta. No añadas: ¿Y por qué se hicieron tales cosas en el mundo? Porque un hombre que conozca la naturaleza se reirá de ti, como se reirían de ti un carpintero y un zapatero si te quejaras porque ves en su taller virutas y recortes de las cosas que fabrican.

Y, no obstante, ellos tienen lugares donde pueden arrojar esas virutas y recortes, mientras que la naturaleza universal no tiene espacio exterior; pero lo asombroso de su arte es que, aunque se ha delimitado a sí misma, transforma en sí misma todo lo que en su interior parece descomponerse, envejecer y ser inútil, y de esas mismas cosas vuelve a hacer otras nuevas, de modo que no necesita sustancia del exterior ni un lugar donde arrojar lo que se descompone. Se contenta, pues, con su propio espacio, su propia materia y su propio arte.

VIII.51

No seas lento en tus acciones, ni desordenado en tu conversación, ni errante en tus pensamientos; que no haya en tu alma lucha interior ni desbordamiento hacia fuera, ni estés tan ocupado en la vida que no tengas tiempo libre.

Supón que los hombres te matan, te cortan en pedazos, te maldicen. ¿Qué pueden hacer entonces estas cosas para impedir que tu mente siga siendo pura, sabia, moderada y justa?

Por ejemplo, si un hombre se pusiera junto a un manantial claro y puro y lo maldijera, el manantial no dejaría nunca de dar agua potable; y si arrojara en él barro o inmundicias, pronto los dispersaría y los arrastraría, y no quedaría contaminado en absoluto. ¿Cómo tendrás entonces una fuente perpetua [y no un mero pozo]? Formándote a cada hora en la libertad unida al contentamiento, la sencillez y la modestia.

VIII.52

Quien no sabe qué es el mundo no sabe dónde está. Y quien no sabe para qué existe el mundo no sabe quién es ni qué es el mundo. Pero quien haya fallado en cualquiera de estas cosas ni siquiera podría decir para qué existe él mismo. ¿Qué piensas entonces de quien [evita o] busca la alabanza de quienes aplauden, de hombres que no saben ni dónde están ni quiénes son?

VIII.53

¿Deseas que te alabe un hombre que se maldice a sí mismo tres veces por hora? ¿Querrías agradar a un hombre que no se agrada a sí mismo? ¿Se agrada a sí mismo un hombre que se arrepiente de casi todo lo que hace?

VIII.54

No dejes ya que solo tu respiración actúe en consonancia con el aire que te rodea; que también tu inteligencia esté ahora en armonía con la inteligencia que abarca todas las cosas. Porque la fuerza inteligente no está menos difundida por todas partes ni penetra menos todas las cosas para quien está dispuesto a atraerla hacia sí que la fuerza del aire para quien puede respirarla.

VIII.55

En general, la maldad no causa ningún daño al universo; y, en particular, la maldad [de un hombre] no causa daño a otro. Solo perjudica a quien tiene en su poder librarse de ella en cuanto lo elija.

VIII.56

Para mi propia voluntad libre, la voluntad libre de mi prójimo es tan indiferente como su pobre aliento y su carne. Porque, aunque estamos hechos especialmente los unos para los otros, la facultad rectora de cada uno tiene su propia función; de otro modo, la maldad de mi prójimo sería un daño para mí, cosa que Dios no ha querido, para que mi infelicidad no dependa de otro.

VIII.57

El sol parece derramarse hacia abajo y, en efecto, se difunde en todas las direcciones, pero no se vacía. Porque esta difusión es una extensión; por eso sus rayos se llaman extensiones [aktines], porque se extienden [apo tou ekteinesthai].

Pero se puede juzgar qué clase de cosa es un rayo si se mira la luz del sol que pasa por una abertura estrecha hacia una habitación oscura, pues se extiende en línea recta y, por así decirlo, se divide cuando encuentra un cuerpo sólido que se interpone y le corta el paso hacia el aire que hay más allá; pero allí la luz permanece fija y no se desliza ni cae.

Así debe ser, pues, el fluir y la difusión del entendimiento, y de ningún modo debe ser un vaciamiento, sino una extensión, y no debe chocar de manera violenta o impetuosa con los obstáculos que encuentra en su camino; tampoco debe caer, sino permanecer firme e iluminar lo que lo recibe. Porque un cuerpo se privará a sí mismo de la iluminación si no la admite.

VIII.58

Quien teme la muerte teme la pérdida de la sensación o una clase distinta de sensación. Pero si no tienes sensación alguna, tampoco sentirás ningún daño; y si adquieres otra clase de sensación, serás un ser vivo de otra clase y no dejarás de vivir.

VIII.59

Los hombres existen los unos para los otros. Enséñales, pues, o sopórtalos.

VIII.60

De una manera se mueve una flecha, y de otra la mente. La mente, en efecto, tanto cuando obra con cautela como cuando se ocupa de investigar, no por ello deja de avanzar en línea recta hacia su objetivo.

VIII.61

Entra en la facultad rectora de cada hombre; y deja también que todos los demás entren en la tuya.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO IX

✦

IX.1

Quien actúa injustamente actúa impíamente. Pues, ya que la naturaleza universal ha hecho a los animales racionales los unos para los otros, para que se ayuden mutuamente según sus méritos, pero de ningún modo para que se dañen unos a otros, quien transgrede su voluntad es claramente culpable de impiedad hacia la divinidad suprema.

Y también quien miente es culpable de impiedad hacia esa misma divinidad; pues la naturaleza universal es la naturaleza de las cosas que existen, y las cosas que existen guardan relación con todas las cosas que llegan a existir. Además, esta naturaleza universal recibe el nombre de verdad y es la causa primera de todas las cosas verdaderas.

Así pues, quien miente intencionadamente es culpable de impiedad, en cuanto actúa injustamente al engañar; y también quien miente sin intención, en cuanto está en desacuerdo con la naturaleza universal y perturba el orden al luchar contra la naturaleza del mundo; pues lucha contra ella quien se mueve por sí mismo hacia lo contrario a la verdad, ya que había recibido de la naturaleza unas facultades que, por haberlas descuidado, ahora no le permiten distinguir la falsedad de la verdad.

Y, en efecto, quien persigue el placer como un bien y evita el dolor como un mal es culpable de impiedad. Pues necesariamente un hombre así debe reprochar a menudo a la naturaleza universal que asigne a los malos y a los buenos cosas contrarias a sus méritos, porque con frecuencia los malos disfrutan del placer y poseen las cosas que lo procuran, mientras que a los buenos les corresponden el dolor y las cosas que lo causan.

Además, quien teme el dolor también temerá a veces algunas de las cosas que sucederán en el mundo, y aun esto es impiedad. Y quien persigue el placer no se abstendrá de la injusticia, y esto es claramente impiedad.

Ahora bien, respecto a las cosas hacia las cuales la naturaleza universal tiene la misma disposición —pues no habría hecho ambas si no tuviera la misma disposición hacia ambas—, quienes desean seguir a la naturaleza deben compartir su parecer y tener la misma disposición.

Así pues, respecto al dolor y al placer, o a la muerte y a la vida, o al honor y al deshonor, de los que la naturaleza universal se sirve por igual, quien no tenga la misma disposición actúa manifiestamente con impiedad.

Y digo que la naturaleza universal se sirve de ellos por igual en vez de decir que les suceden por igual a quienes se producen en una serie continua y a quienes vienen después de ellos en virtud de cierto movimiento original de la Providencia, conforme al cual esta avanzó desde cierto comienzo hasta este orden de las cosas, tras haber concebido ciertos principios de las cosas que iban a existir y haber determinado las fuerzas productoras de seres, de cambios y de sucesiones semejantes.

IX.2

La suerte más feliz para un hombre sería partir de entre los seres humanos sin haber probado la mentira, la hipocresía, el lujo ni el orgullo. Sin embargo, exhalar la vida cuando uno ya ha tenido bastante de estas cosas es, como suele decirse, la segunda mejor travesía. ¿Has decidido permanecer con el vicio y todavía no te ha inducido la experiencia a huir de esta peste?

Pues la destrucción del entendimiento es una peste, mucho más, en efecto, que cualquier corrupción y alteración de esta atmósfera que nos rodea. Porque esta corrupción es una peste para los animales en cuanto animales; pero aquella es una peste para los hombres en cuanto hombres.

IX.3

No desprecies la muerte, sino acéptala de buen grado, ya que también ella es una de las cosas que la naturaleza quiere. Pues, así como lo son ser joven y envejecer, crecer y alcanzar la madurez, tener dientes, barba y canas, engendrar, estar encinta y dar a luz, y todas las demás operaciones naturales que traen las estaciones de tu vida, así también lo es la disolución.

Esto, pues, concuerda con el carácter de un hombre reflexivo: no ser despreocupado, impaciente ni desdeñoso respecto a la muerte, sino esperarla como una de las operaciones de la naturaleza. Así como ahora esperas el momento en que el niño saldrá del vientre de tu esposa, prepárate también para el momento en que tu alma salga de esta envoltura.

Pero, si necesitas además un consuelo de tipo común que te llegue al corazón, lo que mejor te reconciliará con la muerte será observar las cosas de las que vas a ser apartado y las costumbres de aquellos con quienes tu alma ya no estará mezclada.

Pues de ningún modo es correcto resentirse contra los hombres, sino que es tu deber cuidar de ellos y soportarlos con dulzura; y, sin embargo, recordar que no partirás de entre hombres que compartan tus principios.

Pues esta es la única cosa, si alguna existe, que podría atraernos en sentido contrario y apegarnos a la vida: que se nos permitiera vivir con quienes tienen los mismos principios que nosotros.

Pero ahora ves cuán grande es la dificultad que nace de la discordancia entre quienes viven juntos, de modo que puedes decir: Ven pronto, muerte, no sea que también yo llegue a olvidarme de mí mismo.

IX.4

Quien obra mal obra mal contra sí mismo. Quien actúa injustamente actúa injustamente contra sí mismo, porque se hace malo.

IX.5

Con frecuencia actúa injustamente quien no hace cierta cosa; no solo quien la hace.

IX.6

Tu opinión presente fundada en el entendimiento, tu conducta presente dirigida al bien social y tu disposición presente de contentarte con todo lo que sucede: eso basta.

IX.7

Borra la imaginación; frena el deseo; extingue el apetito; mantén la facultad rectora dueña de sí misma.

IX.8

Entre los animales que no tienen razón se distribuye una sola vida; pero entre los animales racionales se distribuye una sola alma inteligente, del mismo modo que hay una sola tierra para todas las cosas de naturaleza terrestre, y todos los que tenemos la facultad de ver vemos por una sola luz, y todos los que tenemos vida respiramos un solo aire.

IX.9

Todas las cosas que participan de algo que les es común a todas se mueven hacia lo que es de su misma clase. Todo lo que es terrestre se vuelve hacia la tierra, todo lo que es líquido confluye, y todo lo que es de naturaleza aérea hace lo mismo, de modo que necesitan algo que los mantenga separados y la aplicación de fuerza.

El fuego, en efecto, se mueve hacia arriba por causa del fuego elemental, pero está tan dispuesto a encenderse junto con todo el fuego que hay aquí que incluso cualquier sustancia algo seca se inflama con facilidad, porque contiene una menor mezcla de aquello que dificulta la combustión.

Por tanto, también todo lo que participa de la naturaleza inteligente común se mueve del mismo modo hacia lo que es de su misma clase, o se mueve aún más. Pues, en la misma medida en que es superior en comparación con todas las demás cosas, también está más dispuesto a mezclarse y fundirse con lo que le es afín.

Así, entre los animales carentes de razón encontramos enjambres de abejas, rebaños de ganado, la crianza de las aves jóvenes y, en cierto modo, amores; pues también en los animales hay almas, y se ve que la fuerza que los reúne se ejerce en un grado superior y de una manera que nunca se ha observado en las plantas, las piedras ni los árboles.

Pero entre los animales racionales hay comunidades políticas y amistades, familias y reuniones de personas; y en las guerras, tratados y armisticios. Pero en las cosas que son aún superiores, aunque estén separadas unas de

otras, existe cierta unidad, como en las estrellas. Así, el ascenso a un grado superior puede producir una afinidad incluso entre cosas separadas.

Mira, pues, lo que sucede ahora: solo los animales inteligentes han olvidado este deseo y esta inclinación mutuos, y solo en ellos no se ve la propiedad de confluir. Pero aun así, aunque los hombres se esfuerzan por evitar [esta unión], quedan atrapados y retenidos por ella, pues su naturaleza es demasiado fuerte para ellos; y verás lo que digo con solo observar.

Por tanto, antes se encontrará algo terrestre que no esté en contacto con ninguna cosa terrestre que un hombre enteramente separado de los demás hombres.

IX.10

Tanto el hombre como Dios y el universo producen fruto; cada uno lo produce en las estaciones apropiadas. Y si el uso ha reservado especialmente estos términos para la vid y otras cosas semejantes, eso no importa. La razón produce fruto tanto para todos como para sí misma, y de ella se producen otras cosas de la misma clase que la propia razón.

IX.11

Si puedes, corrige mediante la enseñanza a quienes obran mal; pero, si no puedes, recuerda que para este fin se te ha dado la indulgencia. Y también los dioses son indulgentes con tales personas; e incluso, con ciertos fines, las ayudan a conseguir salud, riqueza y reputación: tan bondadosos son. Y también está en tu poder; o dime, ¿quién te lo impide?

IX.12

No trabajes como quien es desdichado, ni tampoco como quien desea que lo compadezcan o admiren; dirige tu voluntad a una sola cosa: ponerte en movimiento y contenerte, según lo exija la razón social.

IX.13

Hoy me he librado de toda inquietud, o más bien he expulsado toda inquietud, pues no estaba fuera, sino dentro de mí y en mis opiniones.

IX.14

Todas las cosas son iguales, conocidas por la experiencia, efímeras en el tiempo y sin valor en su materia. Todo es ahora tal como era en el tiempo de aquellos a quienes hemos enterrado.

IX.15

Las cosas están fuera de nosotros, por sí mismas, sin saber nada de sí mismas ni expresar juicio alguno. ¿Qué es, entonces, lo que juzga sobre ellas? La facultad rectora.

IX.16

El mal y el bien del animal racional y social residen en la actividad, no en la pasividad, del mismo modo que su virtud y su vicio residen en la actividad, no en la pasividad.

IX.17

Para la piedra que ha sido arrojada hacia arriba no es un mal caer, ni tampoco un bien haber sido elevada.

IX.18

Penetra en los principios rectores de los hombres y verás a qué jueces temes y qué clase de jueces son de sí mismos.

IX.19

Todas las cosas están cambiando; y tú mismo estás en continua transformación y, en cierto modo, en continua destrucción, y también el universo entero.

IX.20

Es tu deber dejar la acción injusta de otro allí donde está.

IX.21

El fin de la actividad, el cese del movimiento y de la opinión y, en cierto sentido, su muerte, no son un mal. Dirige ahora tus pensamientos a la consideración de tu vida: tu vida de niño, de joven, tu edad adulta, tu vejez, pues también en ellas cada cambio fue una muerte. ¿Hay algo que temer en esto?

Dirige ahora tus pensamientos a tu vida bajo el cuidado de tu abuelo, luego a tu vida bajo el cuidado de tu madre y después a tu vida bajo el cuidado de tu padre; y, al encontrar muchas otras diferencias, cambios y finales, pregúntate: ¿Hay algo que temer en esto? Del mismo modo, pues, tampoco el fin, el cese y el cambio de tu vida entera son algo que deba temerse.

IX.22

Apresúrate [a examinar] tu propia facultad rectora, la del universo y la de tu prójimo: la tuya, para que puedas hacerla justa; la del universo, para que recuerdes de qué eres parte; y la de tu prójimo, para que sepas si ha actuado por ignorancia o con conocimiento, y también para que consideres que su facultad rectora es afín a la tuya.

IX.23

Así como tú mismo eres parte integrante de un sistema social, que cada uno de tus actos sea también parte integrante de la vida social. Por tanto, cualquier acto tuyo que no se refiera, de manera inmediata o remota, a un fin social desgarra tu vida, no le permite ser una y tiene la naturaleza de un motín, como cuando en una asamblea popular un hombre, actuando por su cuenta, se aparta del acuerdo general.

IX.24

Riñas de niños pequeños y sus juegos, y pobres espíritus que llevan consigo cuerpos muertos [así es todo]; por eso lo que se muestra en la representación de las moradas de los muertos se presenta más claramente ante nuestros ojos.

IX.25

Examina la cualidad de la forma de un objeto, sepárala por completo de su parte material y después contémplala; determina luego el tiempo, el más largo, que una cosa de esta forma particular está hecha por naturaleza para durar.

IX.26

Has soportado infinitas dificultades por no contentarte con tu facultad rectora cuando hace aquello para lo que está constituida por naturaleza. Pero basta [de esto].

IX.27

Cuando otro te culpe o te odie, o cuando los hombres digan de ti algo dañino, acércate a sus pobres almas, penetra en su interior y mira qué clase de hombres son. Descubrirás que no hay razón para preocuparse de que estos hombres tengan esta o aquella opinión sobre ti. No obstante, debes estar bien dispuesto hacia ellos, pues por naturaleza son amigos. Y también los dioses los ayudan de todas las maneras, mediante sueños y señales, a conseguir aquellas cosas que valoran.

IX.28

Los movimientos periódicos del universo son los mismos, hacia arriba y hacia abajo de una era a otra. Y o bien la inteligencia universal se pone en movimiento para cada efecto particular, y, si es así, conténtate con lo que resulta de su actividad; o bien se pone en movimiento una sola vez y todo lo demás viene, en cierto modo, por sucesión; o bien los elementos indivisibles son el origen de todas las cosas.

En una palabra, si hay un dios, todo está bien; y si gobierna el azar, no te dejes gobernar tú también por él.

Pronto la tierra nos cubrirá a todos; después también la tierra cambiará, y las cosas que resulten del cambio seguirán cambiando para siempre, y estas a su vez para siempre. Pues, si un hombre reflexiona sobre los cambios y las transformaciones que se suceden como una ola tras otra, y sobre su rapidez, despreciará todo lo que es perecedero.

IX.29

La causa universal es como un torrente de invierno: todo lo arrastra consigo. Pero ¡qué poco valen todas estas pobres personas que se ocupan de asuntos políticos y que, según creen, hacen de filósofos! Todos unos charlatanes. Pues bien, hombre: haz lo que la naturaleza exige ahora.

Ponte en movimiento, si está en tu poder, y no mires a tu alrededor para ver si alguien lo observa; tampoco esperes la República de Platón: conténtate si la cosa más pequeña marcha bien, y considera que tal suceso no es poca cosa. Pues ¿quién puede cambiar las opiniones de los hombres?

Y sin un cambio de opiniones, ¿qué otra cosa hay sino la esclavitud de hombres que gimen mientras fingen obedecer? Ven ahora y háblame de Alejandro, Filipo y Demetrio de Falero. Ellos mismos juzgarán si descubrieron lo que exigía la naturaleza común y se ejercitaron conforme a ello. Pero, si actuaron como héroes de tragedia, nadie me ha condenado a imitarlos. Sencilla y modesta es la labor de la filosofía. No me desvíes hacia la insolencia y el orgullo.

IX.30

Mira desde lo alto las innumerables manadas de hombres y sus innumerables solemnidades, los viajes de infinita variedad entre tormentas y calmas, y las diferencias entre quienes nacen, viven juntos y mueren. Considera también la vida que otros vivieron en tiempos antiguos, la vida de quienes vivirán después de ti y la vida que ahora se vive entre las naciones bárbaras; cuántos ni siquiera conocen tu nombre, cuántos lo olvidarán pronto y cómo quienes quizá ahora te alaban muy pronto te culparán; y que ni el nombre póstumo tiene valor alguno, ni la reputación, ni ninguna otra cosa.

IX.31

Que haya libertad de perturbaciones respecto a las cosas que proceden de la causa externa; y que haya justicia en las cosas hechas en virtud de la causa interna, es decir, que haya movimiento y acción orientados a esto, a los actos sociales, pues esto concuerda con tu naturaleza.

IX.32

Puedes apartar muchas cosas inútiles entre las que te perturban, pues se encuentran completamente en tu opinión; y entonces ganarás para ti un amplio espacio al abarcar en tu mente el universo entero, contemplar la eternidad del tiempo y observar el rápido cambio de cada cosa particular, ¡qué breve es el tiempo desde el nacimiento hasta la disolución, y qué ilimitado el tiempo anterior al nacimiento, así como el tiempo igualmente infinito posterior a la disolución!

IX.33

Todo lo que ves perecerá pronto, y quienes hayan sido espectadores de su disolución también perecerán muy pronto. Y quien muera en la vejez más extrema será llevado a la misma condición que quien murió prematuramente.

IX.34

¿Cuáles son los principios rectores de estos hombres, en qué clase de cosas se ocupan y por qué clase de razones aman y honran? Imagina que ves sus pobres almas al descubierto. Cuando creen que hacen daño con sus reproches o bien con sus alabanzas, ¡qué idea!

IX.35

La pérdida no es otra cosa que cambio. Pero la naturaleza universal se deleita en el cambio, y en obediencia a ella todas las cosas se hacen ahora bien, han sido de forma semejante desde la eternidad y seguirán siendo así por un tiempo sin fin. ¿Qué dices, entonces: que todas las cosas han sido malas y siempre lo serán, y que en tantos dioses nunca se ha encontrado poder alguno para corregirlas, sino que el mundo ha sido condenado a quedar atado a un mal que nunca cesa?

IX.36

¡La podredumbre de la materia que es el fundamento de todo! Agua, polvo, huesos, suciedad; o también rocas de mármol, las callosidades de la tierra; y oro y plata, los sedimentos; y vestidos, tan solo pedazos de pelo; y tinte púrpura, sangre; y todo lo demás es de la misma clase. Y lo que tiene naturaleza de aliento también es otra cosa de la misma clase, que cambia de esto a aquello.

IX.37

Basta de esta vida miserable, de murmuraciones y de monerías. ¿Por qué estás perturbado? ¿Qué hay de nuevo en esto? ¿Qué te inquieta? ¿Es la forma de la cosa? Mírala. ¿O es la materia? Mírala. Pero, aparte de estas, no hay nada. En tu trato con los dioses, pues, hazte ahora por fin más sencillo y mejor. Da lo mismo que examinemos estas cosas durante cien años o durante tres.

IX.38

Si un hombre ha obrado mal, el daño es suyo. Pero quizá no haya obrado mal.

IX.39

O bien todas las cosas proceden de una sola fuente inteligente y se reúnen como en un solo cuerpo, y la parte no debe reprochar lo que se hace en beneficio del todo; o bien solo hay átomos, y nada más que mezcla y dispersión. ¿Por qué, entonces, estás perturbado? Dile a la facultad rectora: ¿Estás muerta, estás corrompida, estás haciendo de hipócrita, te has convertido en una bestia, formas rebaño y te alimentas con las demás?

IX.40

O los dioses no tienen poder o lo tienen. Si, pues, no tienen poder, ¿por qué les rezas? Pero, si tienen poder, ¿por qué no les rezas para que te den la facultad de no temer ninguna de las cosas que temes, de no desear ninguna de las cosas que deseas o de no afligirte por nada, en vez de rezar para que alguna de estas cosas no suceda o suceda?

Pues ciertamente, si pueden colaborar con los hombres, pueden colaborar para estos fines. Pero quizá digas que los dioses han puesto estas cosas en tu poder. Pues bien, ¿no es mejor usar lo que está en tu poder como un hombre libre que desear de manera servil y abyecta lo que no está en tu poder? ¿Y quién te ha dicho que los dioses no nos ayudan, incluso en las cosas que están en nuestro poder?

Comienza, pues, a rezar por tales cosas y verás. Uno reza así: ¿Cómo podré acostarme con esa mujer? Tú reza así: ¿Cómo no desearé acostarme con ella? Otro reza así: ¿Cómo me libraré de esto? Tú reza: ¿Cómo no desearé librarme? Otro dice: ¿Cómo no perderé a mi pequeño hijo? Tú di: ¿Cómo no temeré perderlo? En fin, orienta tus oraciones de este modo y mira lo que sucede.

IX.41

Epicuro dice: Durante mi enfermedad, mi conversación no trataba de mis sufrimientos corporales, ni hablaba, dice, de tales asuntos con quienes me visitaban; seguía conversando sobre la naturaleza de las cosas como antes, ateniéndome a este punto principal: cómo la mente, aun participando de los movimientos que tienen lugar en la pobre carne, puede estar libre de perturbaciones y conservar su bien propio.

Tampoco di, dice, a los médicos ocasión de adoptar semblantes solemnes, como si estuvieran haciendo algo grande, sino que mi vida siguió transcurriendo bien y felizmente.

Haz, pues, lo mismo que él, tanto en la enfermedad, si estás enfermo, como en cualquier otra circunstancia; pues no abandonar nunca la filosofía ante ningún acontecimiento que pueda sobrevenirnos, ni mantener conversaciones triviales con un ignorante o con alguien que desconozca la naturaleza, es un principio de todas las escuelas de filosofía; hay que atender únicamente a lo que estás haciendo ahora y al instrumento con que lo haces.

IX.42

Cuando te ofenda la conducta desvergonzada de algún hombre, pregúntate de inmediato: ¿Es posible, entonces, que no haya hombres desvergonzados en el mundo? No es posible. No exijas, pues, lo imposible. Porque también este hombre es uno de esos desvergonzados que necesariamente debe haber en el mundo.

Ten presentes las mismas consideraciones en el caso del bribón, del hombre desleal y de todo hombre que obre mal de cualquier manera. Pues, al mismo tiempo que recuerdes que es imposible que no existan hombres de esa clase, estarás más dispuesto a tratar con bondad a cada uno en particular.

También es útil percibir, en cuanto se presente la ocasión, qué virtud ha dado la naturaleza al hombre para oponerla a cada acto injusto. Pues le ha dado, como antídoto contra el hombre necio, la dulzura, y contra otra clase de hombre, alguna otra facultad.

Y en todos los casos te es posible corregir mediante la enseñanza al hombre que se ha extraviado; pues todo hombre que yerra no alcanza su objetivo y se ha desviado del camino. Además, ¿en qué has sido perjudicado?

Pues descubrirás que ninguno de aquellos contra quienes estás irritado ha hecho nada por lo que tu mente pueda volverse peor; pero lo que es malo y dañino para ti tiene su fundamento únicamente en la mente. ¿Y qué daño se hace o qué hay de extraño si el hombre que no ha recibido instrucción realiza los actos de un hombre sin instrucción?

Considera si no deberías más bien culparte a ti mismo por no haber esperado que un hombre así errara de tal manera. Pues tu razón te había dado los medios para suponer que era probable que cometiera ese error y, no obstante, lo has olvidado y te asombra que haya errado. Pero, sobre todo, cuando reproches a un hombre que sea desleal o ingrato, vuelve la mirada hacia ti mismo.

Pues la culpa es manifiestamente tuya, ya sea porque confiaste en que un hombre con tal disposición cumpliría su promesa, o porque, al hacerle un favor, no lo hiciste sin reservas ni de tal manera que recibieras de tu propio acto todo el beneficio.

Pues ¿qué más quieres cuando has prestado un servicio a un hombre? ¿No te basta con haber hecho algo conforme a tu naturaleza y buscas que te paguen por ello? Sería como si el ojo exigiera una recompensa por ver, o los pies por caminar.

Pues, así como estos miembros están formados para un fin particular y, al obrar según sus respectivas constituciones, obtienen lo que les es propio, del mismo modo, como el hombre está formado por naturaleza para realizar actos de benevolencia, cuando ha hecho algo benévolo o que de cualquier otra manera contribuya al interés común, ha actuado conforme a su constitución y obtiene lo que le es propio.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO X

✦

X.1

¿Nunca serás, entonces, alma mía, buena y sencilla, una y desnuda, más manifiesta que el cuerpo que te rodea? ¿Nunca disfrutarás de una disposición afectuosa y satisfecha? ¿Nunca estarás colmada y sin necesidad de ninguna clase, sin anhelar nada más ni desear cosa alguna, animada o inanimada, para disfrutar de los placeres? ¿Ni desearás tampoco tiempo para disfrutar más largamente, ni lugar, ni clima agradable, ni compañía de hombres con quienes puedas vivir en armonía? ¿Te bastará tu condición presente, te agradará todo lo que te rodea y te convencerás de que lo tienes todo, de que viene de los dioses, de que todo está bien para ti y estará bien cuanto a ellos les plazca y cuanto concedan para la conservación del ser vivo perfecto, bueno, justo y bello, que genera y mantiene unidas todas las cosas, y contiene y abraza todas las que se disuelven para producir otras semejantes? ¿Nunca llegarás a vivir en comunidad con dioses y hombres de tal manera que no les reproches nada en absoluto ni seas condenada por ellos?

X.2

Observa lo que exige tu naturaleza en cuanto estás gobernado únicamente por ella; luego hazlo y acéptalo, si con ello no empeora tu naturaleza en cuanto eres un ser vivo. Después debes observar lo que exige tu naturaleza en cuanto eres un ser vivo. Y todo esto puedes permitírtelo si con ello no empeora tu naturaleza en cuanto eres un animal racional. Pero el animal racional es, por consiguiente, también un animal político [social]. Sigue, pues, estas reglas y no te preocupes por nada más.

X.3

Todo lo que sucede ocurre de una manera que por naturaleza estás hecho para soportar, o de una manera que por naturaleza no estás hecho para soportar. Si, pues, te sucede de una manera que por naturaleza estás hecho para soportar, no te quejes, sino sopórtalo como por naturaleza estás hecho para hacerlo.

Pero si sucede de una manera que por naturaleza no estás hecho para soportar, no te quejes, pues perecerá después de haberte consumido. Recuerda, sin embargo, que por naturaleza estás hecho para soportar todo aquello que depende de tu propia opinión hacer soportable y tolerable, pensando que hacerlo conviene a tu interés o es tu deber.

X.4

Si un hombre está equivocado, instrúyelo con bondad y muéstrale su error. Pero si no puedes, cúlpate a ti mismo, o ni siquiera a ti mismo te culpes.

X.5

Cuanto pueda sucederte estaba preparado para ti desde toda la eternidad; y el entrelazamiento de las causas hilaba desde la eternidad el hilo de tu ser y de cuanto le acontece.

X.6

Ya sea el universo [una agrupación de] átomos, o la naturaleza [un sistema], quede establecido primero que soy parte del todo gobernado por la naturaleza; después, que estoy, en cierto modo, íntimamente emparentado con las partes que son de mi misma clase.

Pues, al recordar esto, en cuanto soy una parte, no estaré descontento con ninguna de las cosas que me correspondan del todo; porque nada perjudica a la parte si beneficia al todo.

Pues el todo no contiene nada que no le sea provechoso; y todas las naturalezas tienen, en efecto, este principio común, pero la naturaleza del universo tiene además este otro: que ninguna causa externa puede obligarla siquiera a generar algo perjudicial para sí misma. Recordando, pues, que soy parte de semejante todo, estaré satisfecho con cuanto suceda.

Y, en cuanto estoy, en cierto modo, íntimamente emparentado con las partes que son de mi misma clase, no haré nada contrario a la vida social, sino que me dirigiré más bien hacia los seres que son de mi misma clase y encaminaré todos mis esfuerzos al interés común, apartándolos de lo contrario.

Ahora bien, si estas cosas se hacen así, la vida debe transcurrir felizmente, tal como puedes observar que es feliz la vida de un ciudadano que mantiene una conducta provechosa para sus conciudadanos y está satisfecho con cuanto el Estado le asigne.

X.7

Las partes del todo, es decir, todo cuanto está comprendido por naturaleza en el universo, deben necesariamente perecer; pero entiéndase esto en el sentido de que deben experimentar cambios.

Ahora bien, si esto es por naturaleza tanto un mal como una necesidad para las partes, el todo no seguiría existiendo en buen estado, al estar sus partes sujetas al cambio y constituidas de manera que perezcan de diversas formas.

Pues ¿acaso la propia Naturaleza se propuso hacer daño a las cosas que son partes de ella misma, someterlas al mal y hacer que necesariamente caigan en él, o se han producido tales resultados sin que ella lo supiera? Ambas suposiciones son, en verdad, increíbles.

Pero incluso si alguien prescindiera del término Naturaleza [como poder eficiente] y hablara de estas cosas como naturales, aun entonces sería ridículo afirmar a la vez que las partes del todo están por naturaleza sujetas al cambio y sorprenderse o disgustarse como si ocurriera algo contrario a la naturaleza, sobre todo cuando las cosas se disuelven en aquello de lo que cada una está compuesta.

Pues hay, o bien una dispersión de los elementos de los que todo se ha formado, o bien un cambio de lo sólido a lo terroso y de lo gaseoso a lo aéreo, de modo que estas partes son reincorporadas a la razón universal, ya sea que esta se consuma por el fuego en ciertos períodos o se renueve mediante cambios eternos.

Y no imagines que la parte sólida y la gaseosa te pertenecen desde el momento de tu engendramiento. Pues todo esto recibió sus añadidos apenas ayer y anteayer, por así decirlo, de los alimentos y del aire que se inspira. Esto, pues, que ha recibido [esos añadidos] es lo que cambia, no aquello que tu madre dio a luz.

Pero supón que esto [que tu madre dio a luz] te vincula muy estrechamente con aquella otra parte que tiene la cualidad peculiar [del cambio]: esto, en realidad, no constituye objeción alguna a lo dicho.

X.8

Cuando hayas asumido estos nombres: bueno, modesto, veraz, racional, hombre ecuánime y magnánimo, procura no cambiar estos nombres; y, si los pierdes, vuelve pronto a ellos.

Y recuerda que el término Racional pretendía significar una atención capaz de discernir cada cosa por separado y la ausencia de negligencia; que la Ecuanimidad es la aceptación voluntaria de las cosas que te asigna la naturaleza común; y que la Magnanimidad es la elevación de la parte inteligente por encima de las sensaciones placenteras o dolorosas de la carne, y por encima de esa pobre cosa llamada fama, de la muerte y de todas las cosas semejantes.

Si, pues, te mantienes en posesión de estos nombres, sin desear que los demás te llamen por ellos, serás otra persona y comenzarás otra vida. Pues seguir siendo como has sido hasta ahora y dejarte despedazar y manchar en una vida semejante es propio de un hombre muy necio y demasiado apegado a su vida, semejante a esos luchadores medio devorados por las fieras que, aunque cubiertos de heridas y sangre, todavía suplican que los conserven hasta el día siguiente, aun cuando serán expuestos en el mismo estado a las mismas garras y mordeduras.

Afírmate, por tanto, en la posesión de estos pocos nombres; y, si puedes permanecer en ellos, permanece como si hubieras sido trasladado a ciertas islas de los Bienaventurados.

Pero si adviertes que te apartas de ellos y no logras conservarlos, retírate con valor a algún rincón donde puedas mantenerlos, o incluso abandona de inmediato la vida, sin pasión, sino con sencillez, libertad y modestia, después de haber hecho al menos esta única cosa [loable] en tu vida: haber salido de ella de ese modo.

Para recordar estos nombres, no obstante, te ayudará mucho recordar a los dioses y que no desean ser adulados, sino que todos los seres racionales se hagan semejantes a ellos; y recordar que lo que hace la labor de una higuera es una higuera, que lo que hace la labor de un perro es un perro, que lo que hace la labor de una abeja es una abeja y que lo que hace la labor de un hombre es un hombre.

X.9

Los mimos, la guerra, el asombro, el torpor y la esclavitud borrarán a diario esos santos principios tuyos. ¡Cuántas cosas imaginas sin estudiar la naturaleza y cuántas descuidas!

Pero es tu deber observar y hacerlo todo de tal manera que, al mismo tiempo, se perfeccione la capacidad de afrontar las circunstancias, se ejercite la facultad contemplativa y se mantenga la confianza que procede del conocimiento de cada cosa por separado, sin exhibirla, pero tampoco ocultarla.

Pues ¿cuándo disfrutarás de la sencillez, cuándo de la seriedad y cuándo del conocimiento de cada cosa por separado, tanto de lo que es en su sustancia como del lugar que ocupa en el universo, del tiempo que está hecha para existir, de las cosas que la componen, de a quién puede pertenecer y de quiénes pueden darla y quitarla?

X.10

Una araña se enorgullece cuando ha atrapado una mosca; otro, cuando ha atrapado una pobre liebre; otro, cuando ha capturado un pececillo en una red; otro, cuando ha capturado jabalíes; otro, cuando ha capturado osos; y otro, cuando ha capturado sármatas. ¿No son estos unos ladrones, si examinas sus opiniones?

X.11

Adquiere la manera contemplativa de ver cómo todas las cosas se transforman unas en otras, atiende constantemente a ello y ejercítate en esta parte [de la filosofía]. Pues nada es tan adecuado para producir magnanimidad.

Un hombre así se ha desprendido del cuerpo y, al ver que debe marcharse de entre los hombres y dejarlo todo aquí, sin que nadie sepa cuán pronto, se entrega por entero a obrar justamente en todas sus acciones y, en todo lo demás que sucede, se abandona a la naturaleza universal.

En cuanto a lo que cualquiera diga o piense de él o haga en su contra, ni siquiera piensa en ello, pues está satisfecho con estas dos cosas: actuar con justicia en lo que ahora hace y estar contento con lo que ahora le corresponde; deja de lado toda ocupación que lo distraiga y lo agite, y no desea otra cosa que recorrer el camino recto conforme a la ley y, al recorrerlo, seguir a Dios.

X.12

¿Qué necesidad hay de un temor receloso, si está en tu poder averiguar lo que debe hacerse? Y, si lo ves claro, sigue ese camino contento, sin volverte atrás; pero si no lo ves claro, detente y busca a los mejores consejeros. Si otras cosas se te oponen, avanza según tus fuerzas y con la debida reflexión, manteniéndote en lo que parece justo.

Pues lo mejor es alcanzar este objetivo y, si fracasas, que tu fracaso sea al intentarlo. Quien sigue la razón en todas las cosas está tranquilo y activo al mismo tiempo, y también alegre y sereno.

X.13

Pregúntate en cuanto despiertes del sueño si te supondrá alguna diferencia que otro haga lo que es justo y correcto. No supondrá ninguna diferencia.

Supongo que no has olvidado que quienes se dan aires arrogantes al alabar o censurar a los demás son como son en la cama y en la mesa, y que no has olvidado lo que hacen, lo que evitan, lo que persiguen, cómo hurtan y cómo roban, no con las manos y los pies, sino con su parte más valiosa, mediante la cual se producen, cuando un hombre lo decide, la fidelidad, la modestia, la verdad, la ley y un buen espíritu [felicidad].

X.14

A la que todo lo da y todo lo recupera, a la naturaleza, el hombre instruido y modesto le dice: Da lo que quieras; recupera lo que quieras. Y lo dice sin orgullo, con obediencia y complacido con ella.

X.15

Breve es lo poco que te queda de vida. Vive como en una montaña. Pues no hay diferencia entre vivir allí o aquí, si en todas partes del mundo se vive como en un Estado [comunidad política]. Déjame ver, que conozcan a un hombre verdadero que vive conforme a la naturaleza. Si no pueden soportarlo, que lo maten. Pues eso es mejor que vivir así [como viven los hombres].

X.16

Deja ya de hablar de cómo debe ser un hombre bueno, y sé así.

X.17

Contempla constantemente la totalidad del tiempo y la totalidad de la sustancia, y considera que todas las cosas individuales, en cuanto a su sustancia, son una semilla de higo y, en cuanto al tiempo, el giro de una barrena.

X.18

Mira todo lo que existe y observa que ya está en disolución y en cambio, y, por así decirlo, en putrefacción o dispersión, o que todo está constituido por naturaleza para morir.

X.19

Considera cómo son los hombres cuando comen, duermen, engendran, hacen sus necesidades y demás. Después, qué clase de hombres son cuando se muestran autoritarios y arrogantes, o se enfurecen y reprenden desde su posición elevada. Pero hace poco, de cuántos eran esclavos y por qué cosas; y considera en qué condición estarán dentro de poco.

X.20

Es para el bien de cada cosa lo que la naturaleza universal le trae a cada una. Y es para su bien en el momento en que la naturaleza lo trae.

X.21

«La tierra ama la lluvia»; y «el solemne éter ama»; y el universo ama producir cuanto está a punto de existir. Digo, pues, al universo: Amo como tú amas. ¿Y no se dice también que «esto o aquello ama [suele] producirse»?

X.22

O vives aquí y ya te has acostumbrado a ello, o te marchas y esa fue tu propia voluntad, o estás muriendo y has cumplido tu deber. Pero fuera de estas cosas no hay nada. Ten, pues, buen ánimo.

X.23

Que siempre te resulte evidente que este pedazo de tierra es como cualquier otro, y que todas las cosas de aquí son iguales a las de la cima de una montaña, la orilla del mar o cualquier lugar donde decidas estar. Pues encontrarás precisamente lo que dice Platón: Habitar dentro de los muros de una ciudad como en un redil de pastor en una montaña. [Las tres últimas palabras se omiten en la traducción.]

X.24

¿Qué es ahora para mí mi facultad rectora? ¿Y qué naturaleza le estoy dando ahora? ¿Y para qué fin la estoy usando ahora? ¿Carece de entendimiento? ¿Está desligada y separada de la vida social? ¿Se ha fundido y mezclado con la pobre carne, de manera que se mueve junto con ella?

X.25

Quien huye de su amo es un fugitivo; pero la ley es el amo, y quien quebranta la ley es un fugitivo. Y también quien se aflige, se enfada o tiene miedo está descontento porque ha ocurrido, ocurre u ocurrirá alguna de las cosas dispuestas por quien gobierna todas las cosas, y él es la Ley y asigna a cada hombre lo que le corresponde. Por tanto, quien teme, se aflige o se enfada es un fugitivo.

X.26

Un hombre deposita semilla en un vientre y se marcha; después, otra causa la toma, trabaja sobre ella y forma un niño. ¡Qué cosa surge de semejante materia! A su vez, el niño hace pasar alimento por la garganta, y después otra causa lo toma y produce percepción y movimiento y, en fin, vida, fuerza y otras cosas: ¡cuántas y qué extrañas!

Observa, pues, las cosas que se producen de una manera tan oculta y contempla su poder, tal como vemos el poder que lleva las cosas hacia abajo y hacia arriba, sin los ojos, pero con no menos claridad.

X.27

Considera constantemente cómo todas las cosas, tal como son ahora, también fueron en tiempos pasados; y considera que volverán a ser las mismas. Pon ante tus ojos dramas enteros y escenarios de la misma forma, todo cuanto hayas aprendido por tu experiencia o por la historia más antigua; por ejemplo, toda la corte de Adriano, toda la corte de Antonino y toda la corte de Filipo, Alejandro y Creso; pues todos aquellos eran dramas como los que vemos ahora, solo que con actores diferentes.

X.28

Imagina a todo hombre que se aflige por algo o está descontento como un cerdo al que sacrifican y que patalea y chilla.

Como este cerdo es también quien, en su cama, lamenta en silencio las ataduras que nos sujetan. Y considera que solo al animal racional le es dado seguir voluntariamente lo que sucede; pero seguirlo sin más es una necesidad impuesta a todos.

X.29

En cada una de las cosas que hagas, detente y pregúntate si la muerte es algo terrible porque te priva de esto.

X.30

Cuando te ofenda la falta de alguien, vuelve de inmediato la atención hacia ti y reflexiona sobre cómo cometes tú errores semejantes; por ejemplo, al pensar que el dinero es un bien, o el placer, o un poco de reputación y cosas por el estilo. Pues, al atender a esto, olvidarás pronto tu ira, si añades también esta consideración: que ese hombre actúa obligado; pues ¿qué otra cosa podría hacer? O, si puedes, líbralo de esa obligación.

X.31

Cuando hayas visto a Sátiro el socrático, piensa en Eutiques o en Himeneo; cuando hayas visto a Éufrates, piensa en Eutiquión o en Silvano; cuando hayas visto a Alcifrón, piensa en Tropeóforo; cuando hayas visto a Jenofonte, piensa en Critón o en Severo; y cuando te hayas mirado a ti mismo, piensa en cualquier otro César, y haz lo mismo en el caso de cada uno.

Luego ten presente este pensamiento: ¿Dónde están, pues, aquellos hombres? En ninguna parte, o nadie sabe dónde. Pues así mirarás continuamente las cosas humanas como humo y como nada en absoluto, sobre todo si reflexionas al mismo tiempo que lo que una vez ha cambiado nunca volverá a existir en la duración infinita del tiempo.

Pero tú, ¡en qué breve espacio de tiempo transcurre tu existencia! ¿Y por qué no te conformas con pasar este breve tiempo de una manera ordenada? ¿Qué materia y oportunidad [para tu actividad] estás evitando?

Pues ¿qué otra cosa son todas estas cosas sino ejercicios para la razón, cuando esta ha observado con cuidado y ha examinado en su naturaleza las cosas que suceden en la vida? Persevera, pues, hasta que hayas hecho tuyas estas cosas, como el estómago fortalecido hace suyo todo, como el fuego ardiente convierte en llama y luz todo cuanto se arroja a él.

X.32

Que no esté en poder de nadie decir con verdad de ti que no eres sencillo o que no eres bueno; que sea un mentiroso quien piense algo semejante de ti; y esto está completamente en tu poder. Pues ¿quién te impedirá ser bueno y sencillo? Decide únicamente no vivir más a menos que seas así. Pues tampoco la razón permite [que vivas] si no eres así.

X.33

¿Qué es lo que, con esta materia [nuestra vida], puede hacerse o decirse de la manera más conforme a la razón? Pues, sea lo que sea, está en tu poder hacerlo o decirlo, y no pongas la excusa de que algo te lo impide.

No dejarás de lamentarte hasta que tu mente se encuentre en tal disposición que hacer las cosas conformes a la constitución del hombre, en la materia que se te ofrece y se te presenta, sea para ti lo que el lujo es para quienes disfrutan del placer; pues el hombre debe considerar un disfrute todo cuanto está en su poder hacer conforme a su propia naturaleza.

Y está en su poder hacerlo en todas partes. Ahora bien, a un cilindro no le es dado moverse por todas partes por su propio movimiento, ni tampoco al agua, ni al fuego, ni a ninguna otra cosa gobernada por la naturaleza o por un alma irracional, pues son muchas las cosas que los frenan y se interponen en su camino.

Pero la inteligencia y la razón pueden atravesar todo cuanto se les opone, de la manera para la que están hechas por naturaleza y según elijan. Pon ante tus ojos esta facilidad con la que la razón atravesará todas las cosas, como el fuego hacia arriba, como una piedra hacia abajo, como un cilindro por una superficie inclinada, y no busques nada más.

Pues todos los demás obstáculos o bien afectan únicamente al cuerpo, que es una cosa muerta, o bien, salvo por la opinión y la rendición de la propia razón, no aplastan ni causan daño alguno; pues, si lo hicieran, quien lo sufriera se volvería malo de inmediato.

Ahora bien, en todas las cosas que tienen una determinada constitución, cualquier daño que les suceda hace que aquello que lo sufre empeore en consecuencia; pero, en un caso semejante, un hombre se vuelve mejor, si puede decirse así, y más digno de alabanza al hacer buen uso de estos sucesos.

Y recuerda, finalmente, que nada perjudica a quien es verdaderamente ciudadano si no perjudica al Estado; y tampoco perjudica nada al Estado si no perjudica a la ley [el orden]; y ninguna de las cosas llamadas desgracias perjudica a la ley. Por tanto, lo que no perjudica a la ley tampoco perjudica al Estado ni al ciudadano.

X.34

A quien está penetrado de principios verdaderos le basta incluso el precepto más breve, y cualquier precepto común, para recordarle que debe estar libre de aflicción y de miedo. Por ejemplo:

«Hojas, algunas esparce el viento por el suelo;

así es la estirpe de los hombres».

Hojas son también tus hijos; y hojas son también quienes claman como si fueran dignos de crédito y prodigan sus alabanzas, o, por el contrario, maldicen, o censuran y se burlan en secreto; y hojas son, del mismo modo, quienes recibirán y transmitirán a los tiempos futuros la fama de un hombre.

Pues todas estas cosas «se producen en la estación de la primavera», como dice el poeta; luego el viento las derriba; luego el bosque produce otras hojas en su lugar. Pero una existencia breve es común a todas las cosas y, sin embargo, las evitas y las persigues todas como si fueran eternas.

Un poco de tiempo y cerrarás los ojos; y a quien te haya acompañado hasta la tumba pronto lo llorará otro.

X.35

El ojo sano debe ver todas las cosas visibles y no decir: Deseo cosas verdes; pues esa es la condición de un ojo enfermo. Y el oído y el olfato sanos deben estar dispuestos a percibir todo cuanto puede oírse y olerse. Y el estómago sano debe ser respecto a todos los alimentos como el molino respecto a todas las cosas que está hecho para moler.

Del mismo modo, el entendimiento sano debe estar preparado para todo lo que suceda; pero el que dice: Que vivan mis queridos hijos y que todos los hombres alaben cuanto yo haga, es un ojo que busca cosas verdes o unos dientes que buscan cosas blandas.

X.36

No hay hombre tan afortunado que no tenga a su lado, cuando esté muriendo, a algunos que se alegren de lo que va a suceder. Supón que fuera un hombre bueno y sabio: ¿no habrá al menos alguien que se diga: Por fin podremos respirar libremente, al vernos libres de este maestro? Es verdad que no fue duro con ninguno de nosotros, pero yo percibía que nos condenaba tácitamente.

Esto es lo que se dice de un hombre bueno. Pero, en nuestro propio caso, ¡cuántas otras cosas hay por las que muchos desean librarse de nosotros! Considera esto, pues, cuando estés muriendo, y partirás más contento al reflexionar así: Me marcho de una vida en la que incluso mis compañeros, por quienes tanto me he esforzado, he rezado y me he preocupado, desean ellos mismos que me vaya, esperando quizá obtener con ello alguna pequeña ventaja. ¿Por qué, entonces, habría un hombre de aferrarse a permanecer aquí más tiempo?

Sin embargo, no te marches por ello con menos bondad hacia ellos, sino conservando tu propio carácter, amistoso, benévolo y apacible, y, por otra parte, sin sentirte arrancado; antes bien, como cuando un hombre muere de una muerte tranquila y la pobre alma se separa fácilmente del cuerpo, así también debe ser tu partida de entre los hombres, pues la naturaleza te unió y te asoció a ellos. ¿Pero disuelve ella ahora esa unión?

Bien, me separo como de parientes, sin que me arrastren mientras me resisto, sino sin coacción; pues también esto es una de las cosas conformes a la naturaleza.

X.37

Acostúmbrate, en lo posible, cuando alguien haga cualquier cosa, a preguntarte: ¿Con qué fin hace esto este hombre? Pero empieza por ti mismo y examínate primero.

X.38

Recuerda que lo que mueve los hilos es aquello que está oculto dentro: esto es el poder de persuasión, esto es la vida, esto, si puede decirse así, es el hombre. Al contemplarte a ti mismo, nunca incluyas el recipiente que te rodea ni estos instrumentos que están sujetos a su alrededor. Pues son semejantes a un hacha y solo difieren en que crecen unidos al cuerpo.

En efecto, sin la causa que las mueve y las detiene, estas partes no tienen más utilidad que la lanzadera del tejedor, la pluma del escritor o el látigo del conductor.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO XI

✦

XI.1

Estas son las propiedades del alma racional: se ve a sí misma, se analiza a sí misma y se hace tal como elige ser; ella misma disfruta del fruto que produce —pues de los frutos de las plantas y de aquello que en los animales corresponde a los frutos disfrutan otros—; alcanza su propio fin, dondequiera que se fije el límite de la vida.

No sucede como en una danza, en una obra teatral y en otras cosas semejantes, donde la acción entera queda incompleta si algo la interrumpe; en cada parte, y dondequiera que se la detenga, hace pleno y completo lo que se le ha propuesto, de modo que puede decir: Tengo lo que me pertenece.

Y, además, recorre el universo entero y el vacío que lo rodea, contempla su forma, se extiende por la infinitud del tiempo, abarca y comprende la renovación periódica de todas las cosas, y comprende que quienes vengan después de nosotros no verán nada nuevo, ni quienes nos precedieron vieron nada más; de algún modo, quien tiene cuarenta años, si posee algo de entendimiento, ha visto, en virtud de la uniformidad que prevalece, todo lo que ha sido y todo lo que será.

También es una propiedad del alma racional el amor al prójimo, la verdad y la modestia, y no valorar nada más que a sí misma, lo cual también es una propiedad de la Ley. Así, la recta razón no difiere en absoluto de la razón de la justicia.

XI.2

Darás poco valor al canto agradable, a la danza y al pancracio si divides la melodía de la voz en sus distintos sonidos y te preguntas acerca de cada uno si te domina; pues la vergüenza te impedirá confesarlo. Y, en cuanto a la danza, si haces lo mismo con cada movimiento y postura; e igualmente en cuanto al pancracio.

Así pues, en todas las cosas, salvo en la virtud y en los actos de virtud, recuerda examinar sus distintas partes y, mediante esta división, llegar a valorarlas poco; y aplica esta regla también a tu vida entera.

XI.3

¡Qué alma es aquella que está preparada, si en cualquier momento debe separarse del cuerpo, y dispuesta tanto a extinguirse como a dispersarse o a seguir existiendo! Pero que esta disposición proceda del propio juicio del hombre, no de la mera obstinación, como entre los cristianos, sino de manera reflexiva, con dignidad y de un modo que pueda persuadir a otro, sin espectáculo trágico.

XI.4

¿He hecho algo por el interés general? Entonces ya he recibido mi recompensa. Ten siempre esto presente y nunca dejes [de hacer ese bien].

XI.5

¿Cuál es tu arte? Ser bueno. ¿Y cómo se logra esto bien sino mediante principios generales, unos acerca de la naturaleza del universo y otros acerca de la constitución propia del ser humano?

XI.6

Al principio se llevaron las tragedias al escenario como un medio de recordar a los hombres las cosas que les suceden, que es conforme a la naturaleza que las cosas sucedan así y que, si les deleita lo que se muestra en el escenario, no deberían afligirse por lo que ocurre en el escenario más grande. Pues ven que estas cosas deben cumplirse de ese modo y que incluso las soportan quienes gritan: «¡Oh, Citerón!». Y, en efecto, los autores dramáticos dicen bien algunas cosas, entre las cuales destaca la siguiente:

«Si los dioses nos descuidan a mí y a mis hijos,

esto también tiene su razón».

Y también:

«No debemos irritarnos ni inquietarnos por lo que sucede».

Y:

«Recoge la cosecha de la vida como la espiga fecunda del trigo».

Y otras cosas semejantes.

Después de la tragedia se introdujo la comedia antigua, que tenía una libertad de expresión propia de un maestro y que, por su misma franqueza al hablar, servía para recordar a los hombres que se guardaran de la insolencia; y con este propósito también Diógenes solía tomar cosas de estos escritores.

Pero, en cuanto a la comedia media, que vino después, observa qué era; y también con qué objeto se introdujo la comedia nueva, que poco a poco decayó hasta convertirse en un mero artificio de imitación. Todos saben que incluso estos escritores dicen algunas cosas buenas; pero el plan entero de esa poesía y dramaturgia, ¿a qué fin apunta?

XI.7

¡Qué claro resulta que no hay otra condición de vida tan adecuada para filosofar como esta en la que ahora te encuentras!

XI.8

Una rama separada de la rama contigua necesariamente queda separada también del árbol entero. Así también, un hombre, cuando se separa de otro hombre, se ha apartado de toda la comunidad social.

En cuanto a la rama, otro la corta; pero el hombre se separa por su propio acto de su prójimo cuando lo odia y se aleja de él, y no sabe que al mismo tiempo se ha separado de todo el sistema social.

No obstante, tiene ciertamente este privilegio concedido por Zeus, quien formó la sociedad: está en nuestro poder volver a unirnos a lo que está cerca de nosotros y volver a ser una parte que contribuye a formar el todo. Pero, si esta clase de separación sucede a menudo, hace difícil que lo que se aparta vuelva a unirse y sea restituido a su condición anterior.

Finalmente, la rama que desde el principio creció junto con el árbol y ha seguido compartiendo una misma vida con él no es como aquella que, después de ser cortada, se injerta de nuevo; pues esto se parece a lo que quieren decir los jardineros cuando afirman que crece con el resto del árbol, pero que no tiene la misma disposición que él.

XI.9

Así como quienes intentan interponerse en tu camino cuando procedes conforme a la recta razón no podrán desviarte de la acción que te corresponde, tampoco permitas que te aparten de tus sentimientos benévolos hacia ellos.

Mantente igualmente en guardia en ambos aspectos: no solo en la firmeza del juicio y de la acción, sino también en la mansedumbre hacia quienes intentan estorbarte o molestarte de otro modo.

Pues irritarse con ellos también es una debilidad, igual que desviarse del propio curso de acción y ceder por miedo; ambos desertan por igual de su puesto: el hombre que lo hace por miedo y el que se distancia de quien es por naturaleza su pariente y amigo.

XI.10

No hay naturaleza que sea inferior al arte, pues las artes imitan las naturalezas de las cosas. Pero, si esto es así, aquella naturaleza que es la más perfecta y la más abarcadora de todas no puede quedar por debajo de la destreza del arte. Ahora bien, todas las artes hacen las cosas inferiores por causa de las superiores; por tanto, la naturaleza universal también lo hace.

Y, en efecto, de aquí nace la justicia, y en la justicia tienen su fundamento las demás virtudes; pues no se observará la justicia si nos preocupamos por las cosas intermedias [cosas indiferentes], o si nos dejamos engañar fácilmente y somos descuidados e inconstantes (v. 16. 30; vii. 55).

XI.11

Si no vienen a ti las cosas cuya búsqueda y rechazo te perturban, aun así, de algún modo, tú vas hacia ellas. Deja, pues, que tu juicio acerca de ellas repose, y ellas permanecerán quietas, y no se te verá ni buscándolas ni evitándolas.

XI.12

La forma esférica del alma mantiene su figura cuando no se extiende hacia ningún objeto, ni se contrae hacia dentro, ni se dispersa, ni se hunde, sino que está iluminada por una luz mediante la cual ve la verdad: la verdad de todas las cosas y la verdad que hay en ella misma.

XI.13

Supongamos que alguien me desprecia. Que él mismo se ocupe de eso. Yo me ocuparé de que no se me descubra haciendo o diciendo nada que merezca desprecio. ¿Alguien me odiará? Que él se ocupe de eso.

Yo seré amable y benévolo con todos, y estaré dispuesto a mostrarle incluso a él su error, sin reproches ni haciendo alarde de mi paciencia, sino con nobleza y sinceridad, como el gran Foción, a menos que él solo lo aparentara. Pues las [partes] interiores deben ser así, y los dioses deben ver al hombre sin descontento por nada ni quejas.

Porque ¿qué mal hay para ti si ahora haces lo que concuerda con tu propia naturaleza y estás satisfecho con lo que en este momento corresponde a la naturaleza del universo, puesto que eres un ser humano colocado en tu puesto para que, de algún modo, se haga lo que beneficia a todos?

XI.14

Los hombres se desprecian unos a otros y se adulan unos a otros; quieren elevarse unos por encima de otros y se humillan unos ante otros.

XI.15

¡Qué poco recto y sincero es quien dice: He decidido tratarte de manera justa! ¿Qué haces, hombre? No hay motivo para dar ese aviso. Pronto se mostrará en los actos. La voz debería estar claramente escrita en la frente.

Tal como es el carácter de un hombre, así lo muestra de inmediato en sus ojos, del mismo modo que quien es amado lee enseguida todo en los ojos de quienes lo aman. El hombre honrado y bueno debería ser exactamente como un hombre de olor fuerte, de modo que quien esté a su lado, en cuanto se le acerque, tenga que olerlo, quiera o no.

Pero la sencillez fingida es como un palo torcido. Nada es más vergonzoso que una amistad de lobo [amistad falsa]. Evita esto por encima de todo. Los buenos, sencillos y benévolos muestran todas estas cosas en los ojos, y no hay lugar a equivocarse.

XI.16

En cuanto a vivir de la mejor manera, el alma tiene ese poder si es indiferente a las cosas que son indiferentes. Y será indiferente si contempla cada una de estas cosas por separado y todas juntas, y si recuerda que ninguna de ellas produce en nosotros una opinión sobre sí misma ni viene hacia nosotros; estas cosas permanecen inmóviles, y somos nosotros mismos quienes formulamos los juicios acerca de ellas y, por así decirlo, los escribimos en nosotros mismos, estando en nuestro poder no escribirlos y, si acaso estos juicios se han introducido imperceptiblemente en nuestra mente, borrarlos; y si recordamos también que esta atención solo durará poco tiempo, y después la vida llegará a su fin.

Además, ¿qué dificultad hay en hacer esto? Pues, si estas cosas son conformes a la naturaleza, alégrate de ellas y te resultarán fáciles; pero, si son contrarias a la naturaleza, busca lo que concuerda con tu propia naturaleza y esfuérzate por alcanzarlo, aunque no te traiga renombre; pues a todo hombre le está permitido buscar su propio bien.

XI.17

Considera de dónde ha venido cada cosa, de qué se compone, en qué se transforma, qué clase de cosa será cuando se haya transformado y que no sufrirá ningún daño.

XI.18

[Si alguien te ha ofendido, considera primero]: Cuál es mi relación con los hombres y que estamos hechos los unos para los otros; y, desde otro punto de vista, fui hecho para estar al frente de ellos, como un carnero al frente del rebaño o un toro al frente de la manada. Pero examina el asunto desde los primeros principios, a partir de esto: si todas las cosas no son meros átomos, es la naturaleza la que ordena todas las cosas; si esto es así, las cosas inferiores existen por causa de las superiores, y estas, las unas por causa de las otras.

Segundo, considera qué clase de hombres son en la mesa, en la cama y en otras situaciones; y, en particular, a qué presiones están sometidos respecto de sus opiniones; y, en cuanto a sus actos, considera con qué orgullo hacen lo que hacen.

Tercero, que, si los hombres hacen rectamente lo que hacen, no debemos disgustarnos; pero, si no obran rectamente, es evidente que lo hacen involuntariamente y por ignorancia. Pues, así como toda alma se ve privada de la verdad contra su voluntad, también se ve privada contra su voluntad de la capacidad de tratar a cada hombre según sus méritos. Por eso los hombres se sienten dolidos cuando los llaman injustos, ingratos y codiciosos y, en una palabra, personas que hacen mal a su prójimo.

Cuarto, considera que tú también haces muchas cosas mal y que eres un hombre como los demás; y, aunque te abstengas de ciertas faltas, sigues teniendo la disposición a cometerlas, aunque, ya sea por cobardía, por

preocupación por tu reputación o por algún otro motivo igualmente mezquino, te abstengas de esas faltas.

Quinto, considera que ni siquiera sabes si los hombres están obrando mal o no, pues muchas cosas se hacen atendiendo de cierta manera a las circunstancias. Y, en pocas palabras, un hombre debe aprender mucho para poder juzgar correctamente los actos de otro.

Sexto, considera, cuando estés muy irritado o afligido, que la vida del hombre es solo un instante y que, al cabo de poco tiempo, todos estaremos tendidos, muertos.

Séptimo, que no son los actos de los hombres los que nos perturban, pues esos actos tienen su fundamento en sus principios rectores, sino nuestras propias opiniones. Elimina, pues, esas opiniones y decídete a desechar tu juicio de que un acto es algo penoso, y tu ira desaparecerá. ¿Cómo eliminaré entonces esas opiniones?

Reflexionando que ninguna mala acción de otro te deshonra; pues, a menos que solo lo vergonzoso sea malo, tú también tendrás necesariamente que hacer muchas cosas malas y convertirte en ladrón y en todo lo demás.

Octavo, considera cuánto más dolor nos causan la ira y la irritación provocadas por esos actos que los actos mismos por los que nos enfadamos e irritamos.

Noveno, considera que una buena disposición es invencible si es auténtica y no una sonrisa fingida ni una actuación. Pues ¿qué te hará el hombre más

violento si sigues tratándolo con bondad y, cuando se presenta la ocasión, lo amonestas suavemente y corriges con calma sus errores en el mismo momento en que intenta hacerte daño, diciendo: Así no, hijo mío; estamos constituidos por naturaleza para otra cosa; a mí ciertamente no me harás daño, pero tú te estás haciendo daño a ti mismo, hijo mío?

Y muéstrale con delicadeza y mediante principios generales que esto es así, y que ni siquiera las abejas hacen lo que él hace, ni ningún animal formado por naturaleza para vivir en grupo.

Y debes hacerlo sin dobles sentidos ni reproches, sino con afecto y sin rencor en el alma; y no como si le estuvieras dando una lección, ni tampoco para que algún espectador te admire, sino cuando esté solo, y si hay otros presentes...

Recuerda estas nueve reglas como si las hubieras recibido como un regalo de las Musas, y comienza por fin a ser un hombre mientras vivas. Pero debes evitar por igual adular a los hombres e irritarte con ellos, pues ambas cosas son contrarias a la vida en sociedad y conducen al daño.

Y ten presente esta verdad cuando la ira te agite: dejarse llevar por la pasión no es propio de un hombre; la amabilidad y la mansedumbre, así como concuerdan más con la naturaleza humana, también son más propias de un hombre; y quien posee estas cualidades posee fuerza, vigor y valor, y no el hombre sujeto a arrebatos de pasión y descontento.

Pues, en la misma medida en que la mente de un hombre se acerca a la libertad de toda pasión, también se acerca a la fuerza; y, así como la sensación de dolor es una característica de la debilidad, también lo es la ira.

Pues quien cede al dolor y quien cede a la ira están ambos heridos y ambos se someten.

Pero, si quieres, recibe también un décimo regalo del guía de las Musas [Apolo], y es este: esperar que los hombres malos no obren mal es una locura, pues quien lo espera desea un imposible. Pero permitir que los hombres se comporten así con otros y esperar que no te hagan ningún mal a ti es irracional y tiránico.

XI.19

Hay cuatro desviaciones principales de la facultad superior contra las que debes estar constantemente en guardia y que, cuando las hayas detectado, debes borrar y decir en cada ocasión lo siguiente: Este pensamiento no es necesario; esto tiende a destruir la unión social; esto que vas a decir no procede de tus verdaderos pensamientos.

Pues debes considerar entre las cosas más absurdas que un hombre no hable conforme a lo que realmente piensa. Pero la cuarta se da cuando tengas que reprocharte algo, pues esto es una prueba de que la parte más divina que hay en ti está siendo dominada y cede ante la parte menos honorable y perecedera, el cuerpo, y ante sus placeres groseros.

XI.20

Tu parte aérea y todas las partes ígneas que están mezcladas en ti, aunque por naturaleza tienden a subir, se mantienen aquí sometidas en la masa compuesta [el cuerpo], obedeciendo a la disposición del universo. Y también toda la parte terrestre y la acuosa que hay en ti, aunque tienden a bajar, se mantienen elevadas y ocupan una posición que no es la natural para ellas.

De este modo, pues, las partes elementales obedecen al conjunto universal; una vez fijadas en algún lugar, permanecen allí por fuerza hasta que el conjunto universal vuelva a dar la señal de disolución. ¿No es entonces extraño que solo tu parte inteligente sea desobediente y esté descontenta con su propio lugar?

Y, no obstante, no se le impone ninguna fuerza, sino solo aquellas cosas que concuerdan con su naturaleza; aun así, no se somete, sino que se deja llevar en dirección contraria. Pues el movimiento hacia la injusticia, la intemperancia, la ira, la aflicción y el miedo no es otra cosa que el acto de quien se desvía de la naturaleza.

Y también, cuando la facultad rectora está descontenta con algo que sucede, abandona su puesto; pues está constituida para la piedad y la reverencia hacia los dioses no menos que para la justicia. Porque estas cualidades también están comprendidas bajo el término general de satisfacción con la constitución de las cosas y, de hecho, son anteriores a los actos de justicia.

XI.21

Quien no tiene un único objetivo, siempre el mismo, en la vida no puede ser uno y el mismo durante toda su vida. Pero lo que he dicho no basta, a menos que se añada también cuál debe ser ese objetivo.

Pues, así como no hay una misma opinión acerca de todas las cosas que, de una forma u otra, la mayoría considera buenas, sino solo acerca de algunas cosas determinadas, es decir, las que conciernen al interés común, también debemos proponernos un objetivo de carácter común [social] y político.

Pues quien dirige todos sus esfuerzos a ese objetivo hará que todos sus actos sean semejantes y así será siempre el mismo.

XI.22

Piensa en el ratón de campo y en el ratón de ciudad, y en la alarma y el temor del ratón de ciudad.

XI.23

Sócrates solía dar a las opiniones de la mayoría el nombre de lamias: espantajos para asustar a los niños.

XI.24

Los lacedemonios solían disponer asientos a la sombra para los extranjeros en sus espectáculos públicos, pero ellos se sentaban en cualquier lugar.

XI.25

Sócrates se excusó ante Pérdicas por no ir a verlo, diciendo: Es porque no quisiera perecer del peor de todos los modos; es decir, no quisiera recibir un favor y después ser incapaz de devolverlo.

XI.26

En los escritos de los [efesios] figuraba este precepto: pensar constantemente en alguno de los hombres de tiempos pasados que practicaron la virtud.

XI.27

Los pitagóricos nos invitan a mirar al cielo por la mañana para recordar aquellos cuerpos que continuamente hacen las mismas cosas y realizan su trabajo de la misma manera, y también para recordar su pureza y desnudez. Pues ninguna estrella lleva velo.

XI.28

Considera qué clase de hombre era Sócrates cuando se vistió con una piel, después de que Jantipa hubiera tomado su manto y salido, y qué dijo Sócrates a sus amigos, que se avergonzaban de él y se apartaban al verlo vestido así.

XI.29

Ni al escribir ni al leer podrás establecer reglas para otros antes de haber aprendido tú mismo a obedecerlas. Mucho más ocurre así en la vida.

XI.30

Eres un esclavo: la libertad de palabra no es para ti.

XI.31

Y mi corazón rio en mi interior. Odisea, ix. 413.

XI.32

Y maldecirán la virtud, pronunciando palabras duras. HESÍODO, Los trabajos y los días, 184.

XI.33

Buscar un higo en invierno es un acto de loco: así es quien busca a su hijo cuando ya no le está permitido (Epicteto, iii. 24, 87).

XI.34

Cuando un hombre besa a su hijo, decía Epicteto, debe susurrarse: «Mañana quizá morirás». Pero esas son palabras de mal augurio. «Ninguna palabra es de mal augurio —decía Epicteto— si expresa alguna obra de la naturaleza; o, si lo es, también es de mal augurio hablar de la siega de las espigas» (Epicteto, iii. 24, 88).

XI.35

La uva verde, el racimo maduro, la uva seca son todos cambios, no hacia la nada, sino hacia algo que todavía no existe (Epicteto, iii. 24).

XI.36

Nadie puede arrebatarnos el libre albedrío (Epicteto, iii. 22, 105).

XI.37

Epicteto también decía que el hombre debe descubrir un arte [o unas reglas] con respecto a dar su asentimiento; y, en cuanto a sus impulsos, debe cuidar que se ajusten a las circunstancias, que sean compatibles con los intereses sociales y que tengan en cuenta el valor del objeto; y, en cuanto al deseo sensual, debe mantenerse completamente alejado de él; y, en cuanto al rechazo [aversión], no debe mostrarlo respecto de ninguna de las cosas que no están en nuestro poder.

XI.38

La disputa, pues, decía, no trata de un asunto cualquiera, sino de estar loco o no.

XI.39

Sócrates solía decir: ¿Qué quieren, almas de hombres racionales o irracionales? Almas de hombres racionales. ¿De qué hombres racionales, sensatos o insensatos? Sensatos. ¿Por qué entonces no las buscan? Porque ya las tenemos. ¿Por qué entonces luchan y riñen?

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO XII

✦

XII.1

Todas aquellas cosas a las que deseas llegar por un camino tortuoso puedes tenerlas ahora, si no te las niegas a ti mismo. Y esto significa que no debes prestar atención a todo el pasado, debes confiar el futuro a la providencia y dirigir el presente únicamente de acuerdo con la piedad y la justicia.

De acuerdo con la piedad, para que estés contento con la suerte que te ha sido asignada, pues la naturaleza la destinó para ti y a ti para ella. De acuerdo con la justicia, para que siempre digas la verdad libremente y sin disimulo, y hagas las cosas que concuerdan con la ley y con el mérito de cada uno.

Y que no te lo impidan ni la maldad de otro, ni su opinión, ni su voz, ni tampoco las sensaciones de la pobre carne que ha crecido a tu alrededor; pues la parte pasiva se ocupará de esto.

Si, pues, sea cual sea el momento en que estés cerca de tu partida, desatiendes todo lo demás y respetas únicamente tu facultad rectora y la divinidad que hay en ti, y si no temes porque alguna vez debas dejar de vivir, sino que temes no haber comenzado nunca a vivir de acuerdo con la naturaleza, entonces serás un hombre digno del universo que te ha producido, y dejarás de ser un extraño en tu tierra natal, de asombrarte ante las cosas que suceden a diario como si fueran algo inesperado y de depender de esto o de aquello.

XII.2

Dios ve las mentes [principios rectores] de todos los hombres despojadas de su vestidura material, de su corteza y de sus impurezas. Pues solo con su parte intelectual toca únicamente la inteligencia que ha fluido y derivado de él mismo hacia estos cuerpos. Y si tú también te acostumbras a hacer esto, te librarás de muchas de tus preocupaciones.

Pues quien no presta atención a la pobre carne que lo envuelve, sin duda no se inquietará por ocuparse del vestido, la vivienda, la fama y otras cosas externas y apariencias semejantes.

XII.3

Son tres las cosas de las que estás compuesto: un pequeño cuerpo, un pequeño aliento [vida], una inteligencia. De ellas, las dos primeras son tuyas en la medida en que es tu deber cuidarlas; pero solo la tercera es propiamente tuya.

Por consiguiente, si separas de ti mismo, es decir, de tu entendimiento, cuanto los demás hacen o dicen, y cuanto tú mismo has hecho o dicho, y todas las cosas futuras que te inquietan porque pueden suceder, y cuanto en el cuerpo que te envuelve o en el aliento [vida], que por naturaleza está unido al cuerpo, se adhiere a ti con independencia de tu voluntad, y cuanto arrastra el torbellino externo que te rodea, de modo que la facultad intelectual, libre de las cosas del destino, pueda vivir pura y libre por sí misma, haciendo lo justo, aceptando lo que sucede y diciendo la verdad; si separas, digo, de esta facultad rectora las cosas que se adhieren a ella por las impresiones de los sentidos, y las cosas del tiempo por venir y del tiempo pasado, y te haces semejante a la esfera de Empédocles,

"Toda redonda y reposando en su gozoso descanso;"

y si te esfuerzas por vivir únicamente lo que es realmente tu vida, es decir, el presente, entonces podrás pasar la parte de vida que te queda hasta el momento de tu muerte libre de perturbaciones, noblemente y obedeciendo a tu propio demon [al dios que hay en ti].

XII.4

Con frecuencia me he preguntado cómo es que cada hombre se ama a sí mismo más que a todos los demás hombres y, sin embargo, da menos valor a su propia opinión sobre sí mismo que a la opinión de los demás. Si, pues, un dios o un maestro sabio se presentara ante un hombre y le ordenara no pensar en nada ni proyectar nada que no expresara en cuanto lo concibiera, no podría soportarlo ni siquiera un solo día. Tanto más respetamos lo que nuestros vecinos pensarán de nosotros que lo que pensaremos de nosotros mismos.

XII.5

¿Cómo puede ser que los dioses, después de haber dispuesto todas las cosas bien y con benevolencia para la humanidad, hayan pasado por alto solo esto: que algunos hombres, hombres muy buenos, hombres que, por así decirlo, han tenido la mayor comunión con la divinidad y que, mediante actos piadosos y prácticas religiosas, han mantenido la mayor intimidad con ella, una vez muertos, nunca vuelvan a existir, sino que queden completamente extinguidos?

Pero si esto es así, ten la seguridad de que, si hubiera debido ser de otro modo, los dioses lo habrían hecho. Pues, si fuera justo, también sería posible; y, si fuera conforme a la naturaleza, la naturaleza lo habría dispuesto así.

Pero, ya que no es así, si en verdad no es así, convéncete de que no debía haber sido así: pues tú mismo ves que en esta investigación estás discutiendo con la Divinidad; y no discutiríamos de este modo con los dioses si no fueran sumamente excelentes y justos; pero, si esto es así, no habrían permitido que en la ordenación del universo se descuidara nada de manera injusta e irracional.

XII.6

Ejercítate incluso en las cosas que desesperas de lograr. Pues incluso la mano izquierda, que es ineficaz para todas las demás cosas por falta de práctica, sostiene la brida con más fuerza que la derecha, porque se ha ejercitado en ello.

XII.7

Considera en qué condición, tanto de cuerpo como de alma, debe estar un hombre cuando lo alcanza la muerte; y considera la brevedad de la vida, el abismo sin límites del tiempo pasado y futuro, la fragilidad de toda materia.

XII.8

Contempla los principios formativos [formas] de las cosas despojados de sus envolturas; los propósitos de las acciones; considera qué es el dolor, qué es el placer, y la muerte y la fama; quién es para sí mismo la causa de su inquietud; cómo ningún hombre es obstaculizado por otro; que todo es opinión.

XII.9

En la aplicación de tus principios debes ser como el luchador de pancracio, no como el gladiador; pues el gladiador deja caer la espada que usa y muere; pero el otro siempre tiene su mano y no necesita hacer más que usarla.

XII.10

Mira qué son las cosas en sí mismas, dividiéndolas en materia, forma y propósito.

XII.11

Qué poder tiene el hombre para no hacer nada salvo lo que Dios apruebe y para aceptar todo lo que Dios pueda darle.

XII.12

Con respecto a lo que sucede conforme a la naturaleza, no debemos culpar a los dioses, pues no hacen nada malo ni voluntaria ni involuntariamente, ni a los hombres, pues no hacen nada malo salvo involuntariamente. Por lo tanto, no debemos culpar a nadie (ii. 11, 12, 13; vii. 62; 18 viii. 17).

XII.13

Qué ridículo y qué extraño es quien se sorprende de cualquier cosa que sucede en la vida.

XII.14

O bien hay una necesidad fatal y un orden invencible, o una providencia bondadosa, o una confusión sin propósito y sin director. Si, pues, hay una necesidad invencible, ¿por qué te resistes? Pero, si hay una providencia que permite que se la haga propicia, hazte digno de la ayuda de la divinidad.

Pero, si hay una confusión sin quien la gobierne, conténtate con tener dentro de ti, en semejante tempestad, cierta inteligencia rectora. Y, aunque la tempestad te arrastre, que se lleve la pobre carne, el pobre aliento, todo lo demás; pues al menos la inteligencia no se la llevará.

XII.15

¿Acaso la luz de la lámpara brilla sin perder su esplendor hasta que se apaga? ¿Y se apagarán la verdad que hay en ti, la justicia y la templanza [antes de tu muerte]?

XII.16

Cuando un hombre parezca haber obrado mal, [di]: ¿Cómo sé, entonces, si este es un acto injusto? E incluso si ha obrado mal, ¿cómo sé que no se ha condenado a sí mismo? Y así, esto es como desgarrarse su propio rostro.

Considera que quien no quiere que el hombre malo obre mal es como el hombre que no quiere que la higuera produzca jugo en los higos, ni que los niños lloren, ni que el caballo relinche, ni que ocurra cualquier otra cosa que necesariamente debe ocurrir. Pues ¿qué debe hacer un hombre que tiene tal carácter? Si, pues, te irritas, cura la disposición de ese hombre.

XII.17

Si no es correcto, no lo hagas; si no es verdad, no lo digas. [Pues que tus esfuerzos sean—]

XII.18

En todo observa siempre qué es la cosa que te produce una impresión, y analízala dividiéndola en lo formal, lo material, el propósito y el tiempo dentro del cual debe terminar.

XII.19

Reconoce por fin que tienes en ti algo mejor y más divino que las cosas que causan las diversas emociones y, por así decirlo, tiran de ti mediante hilos. ¿Qué hay ahora en mi mente: miedo, sospecha, deseo o algo semejante?

XII.20

Primero, no hagas nada sin reflexión ni sin un propósito. Segundo, que tus actos no se orienten a otra cosa que a un fin social.

XII.21

Considera que dentro de poco no serás nadie ni estarás en ninguna parte, ni existirá ninguna de las cosas que ahora ves, ni ninguno de los que ahora viven. Pues todas las cosas están hechas por la naturaleza para cambiar, transformarse y perecer, a fin de que puedan existir otras en continua sucesión.

XII.22

Considera que todo es opinión, y que la opinión está en tu poder. Aparta, pues, cuando quieras, tu opinión y, como un marinero que ha doblado el promontorio, encontrarás calma, todo estable y una bahía sin olas.

XII.23

Cualquier actividad, sea cual sea, cuando ha cesado en su debido momento, no sufre ningún mal por haber cesado; tampoco quien ha realizado ese acto sufre ningún mal por el hecho de que el acto haya cesado.

Del mismo modo, pues, el conjunto que consta de todos los actos y que es nuestra vida, si cesa en su debido momento, no sufre ningún mal por haber cesado; tampoco quien ha terminado esta serie en su debido momento ha sido maltratado.

Pero el momento debido y el límite los fija la naturaleza, a veces, como en la vejez, la naturaleza particular del hombre, pero siempre la naturaleza universal, por el cambio de cuyas partes el universo entero se mantiene siempre joven y perfecto. Y todo lo que es útil para el conjunto universal es siempre bueno y oportuno.

Por lo tanto, el fin de la vida para todo hombre no es un mal, porque tampoco es vergonzoso, ya que es independiente de la voluntad y no se opone al interés general, sino que es bueno, ya que es oportuno, provechoso para el conjunto universal y conforme con él.

Pues así también es movido por la Divinidad quien se mueve de la misma manera que la Divinidad y se dirige en su mente hacia la misma cosa.

XII.24

Debes tener preparados estos tres principios: en las cosas que haces, no hagas nada sin reflexión ni de otro modo que como actuaría la justicia misma; pero, con respecto a lo que pueda sucederte desde fuera, considera que sucede o por azar o según la providencia, y no debes culpar al azar ni acusar a la providencia.

Segundo, considera qué es cada ser desde la semilla hasta el momento de recibir un alma, y desde la recepción del alma hasta su devolución, y de qué cosas está compuesto cada ser y en qué cosas se disuelve.

Tercero, si de pronto fueras elevado por encima de la tierra y miraras desde arriba las cosas humanas y observaras cuán grande es su variedad, y al mismo tiempo vieras también de una ojeada cuán grande es el número de seres que habitan por todas partes en el aire y en el éter, considera que, por muchas veces que fueras elevado, verías las mismas cosas, la misma forma y la misma brevedad de duración. ¿Son estas cosas motivo de orgullo?

XII.25

Desecha la opinión: estás a salvo. ¿Quién, entonces, te impide desecharla?

XII.26

Cuando te inquietas por algo, has olvidado esto: que todas las cosas suceden de acuerdo con la naturaleza universal; y has olvidado esto: que el acto injusto de un hombre no te afecta; y además has olvidado esto: que todo lo que sucede siempre sucedió así y sucederá así, y ahora sucede así en todas partes; has olvidado también cuán estrecho es el parentesco entre un hombre y todo el género humano, pues es una comunidad, no de un poco de sangre o de semilla, sino de inteligencia. Y has olvidado también esto: que la inteligencia de todo hombre es un dios y es una emanación de la Divinidad; y has olvidado esto: que nada es propiedad del hombre, sino que su hijo, su cuerpo y su propia alma proceden de la Divinidad; has olvidado esto: que todo es opinión; y, por último, has olvidado que todo hombre vive únicamente el tiempo presente y solo pierde este.

XII.27

Trae constantemente a tu memoria a quienes se han quejado mucho de cualquier cosa, a quienes más han destacado por la mayor fama, por sus desgracias, enemistades o fortunas de cualquier clase; luego piensa: ¿dónde están todos ellos ahora? Humo, ceniza y un relato, o ni siquiera un relato.

Y ten presente también todo lo semejante: cómo Fabio Catelino vivía en el campo, y Lucio Lupo en sus jardines, y Estertinio en Brias, y Tiberio en Capri, y Velio Rufo [o Rufo en Velia]; y, en fin, piensa en la búsqueda afanosa de cualquier cosa unida al orgullo; y en lo poco que vale todo aquello por lo que los hombres se esfuerzan con violencia; y en cuánto más filosófico es que un hombre, en las oportunidades que se le presentan, se muestre justo, moderado, obediente a los dioses, y que lo haga con toda sencillez: pues el orgullo que se enorgullece de su falta de orgullo es el más intolerable de todos.

XII.28

A quienes preguntan: ¿Dónde has visto a los dioses, o cómo comprendes que existen y por eso los adoras?, respondo: en primer lugar, se los puede ver incluso con los ojos; en segundo lugar, tampoco he visto mi propia alma y, sin embargo, la honro. Así, pues, con respecto a los dioses, por lo que experimento constantemente de su poder, comprendo que existen y los venero.

XII.29

La seguridad de la vida consiste en esto: examinar cada cosa por completo, qué es en sí misma, es decir, cuál es su materia y cuál su parte formal; practicar la justicia y decir la verdad con toda tu alma. ¿Qué queda, salvo disfrutar de la vida uniendo una cosa buena a otra sin dejar entre ellas ni siquiera los intervalos más pequeños?

XII.30

Hay una sola luz del sol, aunque la interrumpan muros, montañas e infinitas otras cosas. Hay una sola sustancia común, aunque esté distribuida entre innumerables cuerpos que tienen sus distintas cualidades. Hay una sola alma, aunque esté distribuida entre infinitas naturalezas y delimitaciones individuales [o individuos].

Hay una sola alma inteligente, aunque parezca estar dividida. Ahora bien, en las cosas que se han mencionado, todas las demás partes, como las que son aire y materia, carecen de sensación y no tienen comunidad entre sí; y, sin embargo, incluso estas partes las mantienen unidas el principio inteligente y la gravitación hacia lo mismo.

Pero el intelecto tiende de una manera peculiar hacia lo que es de su misma especie y se une con ello, y el sentimiento de comunión no se interrumpe.

XII.31

¿Qué deseas: seguir existiendo? Bien, ¿deseas tener sensaciones, movimiento, crecimiento, y luego dejar de crecer, usar el habla, pensar? ¿Qué hay entre todas estas cosas que te parezca digno de desearse? Pero, si es fácil dar poco valor a todas estas cosas, vuélvete hacia lo que queda, que es seguir a la razón y a Dios. Pero es incompatible con honrar a la razón y a Dios inquietarse porque, con la muerte, un hombre se verá privado de las otras cosas.

XII.32

¡Qué pequeña parte del tiempo ilimitado e insondable se le asigna a cada hombre, pues muy pronto queda absorbida en la eternidad! ¡Y qué pequeña parte de la sustancia entera, y qué pequeña parte del alma universal, y sobre qué pequeño terrón de toda la tierra te arrastras! Al reflexionar sobre todo esto, no consideres grande nada salvo actuar como te guía tu naturaleza y soportar lo que trae la naturaleza común.

XII.33

¿Cómo hace uso de sí misma la facultad rectora? Pues todo reside en esto. Pero todo lo demás, esté o no en poder de tu voluntad, no es más que ceniza sin vida y humo.

XII.34

Esta reflexión es la más adecuada para llevarnos a despreciar la muerte: que incluso quienes consideran el placer un bien y el dolor un mal también la han despreciado.

XII.35

Para el hombre que solo considera bueno lo que llega a su debido tiempo, y para quien es lo mismo haber realizado más o menos actos conformes con la recta razón, y a quien no le importa contemplar el mundo durante más o menos tiempo, para ese hombre tampoco la muerte es algo terrible.

XII.36

Hombre, has sido ciudadano de este gran Estado [el mundo]; ¿qué diferencia hay para ti entre haberlo sido durante cinco años [o tres]? Pues lo que es conforme a las leyes es justo para todos. ¿Dónde está, entonces, la dificultad, si quien te despide del Estado no es un tirano ni un juez injusto, sino la naturaleza, que te introdujo en él?

Es como si un pretor que ha contratado a un actor lo despidiera del escenario.—"Pero no he terminado los cinco actos, sino solo tres de ellos". —Dices bien, pero en la vida los tres actos son el drama entero; pues lo que ha de ser un drama completo lo determina quien fue antes la causa de su composición y ahora lo es de su disolución; pero tú no eres la causa de ninguna de las dos. Parte, pues, satisfecho, porque también está satisfecho quien te deja partir.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0